der Weg

EL SENDERO



REVISTA MENSUAL CULTURAL

AÑO 2 PRECIO $ 2.50 Nº 12

Correo Argentino Central — TARIFA REDUCIDA — Concesión N.° 3638

der Weg

DEZEMBER 1948



Adventlied

Gottes Weiser
Gehen leiser
Auf der kahlen Flur.

Licht verhüllt sich,
Sinn erfüllt sich,
Ahnst die Strahlen nur.

Bald im Leibe
Kommt vom Weibe
Rosenschön das Kind.

Hoch zu loben,
Hör sie proben,
Harfen schön im Wind.

Laß es schneien:
Wie im Maien
Blühn die Flocken lind.

Wie sie sich freuen,
Herzen erneuen,
Alle, die vom Himmel
sind.

J. M. Wehner

(ERSTVERÖFFENTLICHUNG)





der Weg

EL SENDERO

Registro Nacional Prop Intelec. N. 242.896
Queda hecho el depósito que señala la ley

INHALT DIESES HEFTES

MIRADA RETROSPECTIVA

Pensativos, nos detenemos otra vez, al finalizar el viejo año y llevamos la mirada escrutadora hacia el nuevo.

Recordamos lo dicho el año pasado, que no somos como el avestruz, negando la gravedad de la hora. Sin embargo, nuestro carácter siempre nos impulsa a querer apasionadamente lo bueno y constructivo, y más aún, a buscar y fomentar sus principios con nuestra mejor voluntad.

Desafortunadamente, tampoco este año nos ha traído resultado positivo alguno, salvo algunas escasas iniciativas. Para decirlo claramente: jamás nuestra madre patria se ha visto en situación tan malsana, tan confusa y carente de toda esperanza. Las fuerzas rectoras se han extraviado en un callejón sin salida, y por más que han llegado a enrostrarse abiertamente con epítetos insultantes, en *un* solo punto se hallan de acuerdo y de un modo asombroso: Impedir por todos los medios el surgimiento de una tercera fuerza, el nacimiento de la luz, de algo nuevo. Esta es la razón: hay muchos poderosos pescando en río revuelto y haciendo buena vida a costa de los pueblos sufrientes. Siempre es pernicioso el poder empleado con voluntad discrecional.

Uniendo el sentido común con la firme voluntad constructiva, se demuestra claramente dónde existe la falla cardinal: en el hecho de impedir por todos los medios, y aun los más denigrantes el fortalecimiento,

la independencia y la reconstrucción de Europa Central, y en primera instancia, de Alemania.

Ciertamente no es dable esperar la reconstrucción europea por el bolcheviquismo asiático, porque él es la negación de *todos* los valores humanos y espirituales, y no hará sino hundir, en un caos más sangriento aún, los dispersos restos de la civilización occidental. Norteamérica, empero, que despertara alguna vez muchas esperanzas, demuestra a diario, casi a toda hora, su total incompetencia para dar solución a los problemas de Europa. No obstante, es rechazada radicalmente la tercera posición, en consecuencia la más razonable, o sea, *entregar a los europeos los destinos de Europa.* Hoy, al cabo de casi cuatro años de la llamada "paz", los hombres que viven en "el campamento de concentración más vasto: Alemania", no tienen siquiera la libertad de morir, la única de las libertades pregonadas que aún subsistía, porque hasta el morir les ha sido impuesto con métodos.

De tal modo y a pesar de algunos comienzos bien intencionados, el balance muestra brutal y duramente el cuadro descripto anteriormente.

¿Qué queda por hacer ante semejante monstruosidad? ¿Desesperar? ¿Dejar que los acontecimientos sigan su curso? ¿Volver la mirada? ¡No, cien veces no!

Hoy más que nunca importa todo, y a cada uno de los hombres les concierne:

que sobreviva y mantenga su cuerpo sano a todo trance;

que espiritualmente no se hunda en el marasmo del presente;

que dé vida a hijos sanos, educándolos en la conciencia y con la responsabilidad de un porvenir mejor y más digno;

que trate de ennoblecer la viviente comunidad de su matrimonio, de sus hijos, de sus parientes y fieles amigos con aquel espíritu indispensable para la reconstrucción de Alemania y Europa, porque: de ese pequeño núcleo de vida y de convicciones renacerá el círculo grande del pueblo, y el más grande de Europa;

que se instruya con los ricos bienes heredados de su pueblo y de los demás pueblos europeos, más, no encerrándose sino abriéndose voluntariamente al reconocimiento de que el destino del mundo occidental no es meramente alemán, sino que se formará de la concordia de todas las fuerzas europeas que sean razonables, cultas, firmes y generosas;

que observe con ojos abiertos el curso del mundo, la evolución de los acontecimientos, el devenir y crecer del bien y del mal, y que aporte para la edificación de un mundo de razón las piedras elaboradas por el propio razonamiento;

que una su pensamiento y propósito con los de amigos de iguales convicciones, para que la evolución del futuro, preñada de graves destinos, no le encuentre solo, sino en buena compañía;

y finalmente, que el trabajo, la obra creadora, el rendimiento, la firmeza de carácter, sean su "mandato supremo" de la hora.

Es valor negativo la desesperación, sólo vale el profundo convencimiento que las fuerzas constructivas serán más fuertes que las destructivas; vale la fe, firme como una roca, de la fuerza y del vigor de occidente; vale el íntimo saber alentador que la vida es más fuerte que la muerte, la luz más fuerte que las tinieblas, los valores de carácter más fuertes que la corrupción. Si así lo queremos y lo demostramos por la vida y energía, si con voluntad resuelta nos oponemos al caos con la obra positiva.

Y así yace el porvenir que, a pesar de todo, es de los resueltos, creadores y firmes.

E. F.

Traducción de la introducción del Almanaque Sudamericano 1949, pág. 19.

Ein Gruß der Schriftleitung!

Wir treten nunmehr in den dritten Jahrgang unserer Zeitschrift. Dies sei uns Anlaß zu einigen Betrachtungen, die vielleicht auch von vielen bereits empfunden werden.

Am Anfang stehe der Dank. Er gelte in erster Linie denen, derer nur selten gedacht wird und die durch ihren persönlichen Einsatz und ihr technisches Können das regelmäßige Erscheinen des „Weg" ermöglichen: den Setzern, Druckern, Buchbindern, den Männern der Klischeeanstalt. Wer macht sich denn ein wirkliches Bild, wieviel Arbeit in einem Heft unseres „Weg" steckt, welche tausend Schwierigkeiten oft und immer wieder überwunden werden müssen, welche Hindernisse überwältigt, welche Dispositionen im letzten Augenblick umgeworfen, welche Auswege ausgeklügelt werden müssen! Wer weiß denn, wenn nicht aus eigener Anschauung, welch ein Maß an Arbeit, Ueberstunden und unbezahltem Einsatz in jedem Heft steckt! Welcher Leser denkt denn an Papierknappheit, durchgearbeitete Nächte, nicht eingehaltene Termine, Berechnungsschwierigkeiten, Lektoratsbeurteilungen, Manuskriptsiebungen, Autorenverhandlungen, wer ahnt auch nur entfernt die Berge von Briefen, die täglich die Redaktionstür passieren, die Hunderte von dringenden Telefongesprächen, die Dutzende von hastenden Fahrten, die nächtelangen Verhandlungen, die stundenlangen stilistischen Durchfeilungen bei den geringen vorhandenen Möglichkeiten, wer ahnt denn, was es heißt, den „Weg" nicht „zusammenzutragen" sondern zu „ideeieren und zu erarbeiten". Darum Dank all den Treuen, die oft genug selbstlos und durch die Freude an der guten Leistung angetrieben, mehr, viel mehr tun, als ihre Pflicht ist und als ihnen jemals als Lohn ausgezahlt werden könnte!

Unser Dank gilt aber in gleichem Maße allen, die in treuer Verbundenheit zu uns gestanden haben und zu hervorragenden Werbern für unsere Sache wurden, er gilt dem weitgespannten Kreis unserer redaktionellen Mitarbeiter, namentlich auch den vielen bedeutenden Autoren Europas, die durch ihre Bereitschaft so sehr zum kulturellen und geistigen Schwergewicht unserer Veröffentlichungen beigetragen haben; er gilt unseren Inserenten, die uns so starke wirtschaftliche Hilfe zuteil werden ließen; er gilt unseren Vertretern, die sich vorbildlich für den Vertrieb und die Verbreitung des „Weg" einsetzten, und er gilt schließlich unseren vielen unnennbaren Freunden und „Weg"-Kameraden, die durch selbstlosen Einsatz, freudige Mitarbeit, durch wertvolle Vorschläge und Anregungen, Anteil am erfolgreichen Gelingen des Werkes haben, das, wie es aus all dem Gesagten deutlich hervorgeht, eine eindeutige Gemeinschaftsleistung ist.

Ein bedeutender europäischer Schriftsteller schrieb kürzlich: „Ob ich von Deutschland oder von Ihrem „Weg" rede, ist ein und dasselbe!" Dieses Wort hat uns sehr gefreut, aber noch mehr verpflichtet. Der Einsatz für das Höhere, Größere ist es, der uns nicht müde werden läßt und der den pulsenden Willen unsres Handelns gebiert. Wir stehen im Dienst eines großen Wiederaufbaues, dem unser ganzer Einsatz gilt, und wir wissen, daß wir dies nicht mit Phrasendrescherei tun können oder mit zeterndem Lamento, auch nicht mit wutverzerrtem Anklagegeschrei oder mit erniedrigender Tendenz, sondern einzig mit Zielbewußtsein, offener Klarheit, ehrfürchtiger Lebensbejahung, Wertbewußtsein und Würde. Wir glauben nicht an den „Untergang des Abendlandes", denn sonst brauchten wir nicht mehr zu reden, aber wir sehen die giftenden Ströme, die leicht dorthin führen könnten; wir glauben nicht an die Gewalt der Unvernunft, denn sonst müßten wir verstummen, aber wir erkennen ihre radikalen Machtansprüche; wir glauben nicht an einen Sieg des Ungeistes von Zersetzung und Verneinung aller historischen und geistigen Werte, denn sonst müßten wir resignieren; und wir glauben auch nicht daran, daß das Verhältnis zwischen „Siegern und Besiegten" lange Zeit so dauern wird, sondern wir spüren heute schon das Herannahen unheilschwangerer Ereignisse, die die ganze Unvernunft und Unverantwortlichkeit der totalen Zerstörung Deutschlands in all ihren gräßlichen Phasen aufzeigen werden.

Wir glauben aber fest an eine organische Weiterentwicklung der Weltgeschichte, in der derjenige eine bedeutsame Rolle spielen wird, der die Gesetze der Zeit klar erkannt hat und gewillt ist, diese zu erfüllen; wir glauben daran, daß, wenn auch das Gegenteil erwiesen zu sein scheint, die Leistung als Zusammenklang von Klugheit, Charakter, Tatkraft und Tüchtigkeit einzig und allein über die Bedeutung von Völkern entscheidet; wir glauben, daß der reine Wille zur Neu- und Einordnung und zum planvollen Aufbau gepaart mit Verantwortungsbewußtsein und Einsatzbereitschaft endlich doch Früchte tragen wird; wir glauben, daß keine Nacht ewig und keine so dunkel sein könnte, daß alles Licht, alle Wärme, alles Gute wirkungslos verstrahlen könnte; wir glauben, daß Haß, Vernichtungswille und Unverständnis, wenn auch radikal, so doch kurzlebig sind, und daß man nur durch tiefe Täler zu hohen Bergen gelangen kann; wir sind felsenfest überzeugt, daß wenn Geist gegen Ungeist, Aufbau gegen Zerstörung, Weitblick gegen Engherzigkeit, Edelmut gegen Haß, Leistung gegen Dilettantismus, Fähigkeit gegen Unfähigkeit stehen, den ersteren der Sieg wird; wir beugen uns in Ehrfurcht vor den Gesetzen des Allmächtigen, wenn wir sie auch nicht immer zu begreifen vermögen, und wir versuchen, die Not mit ihrem tiefsten Sinn zu adeln und sie zum Heil und zum Fundament eines Aufstieges zu erheben, nicht in Reue und Buße, nicht in zerknirschender Selbstanklage, nicht mit der verdammenswerten „Feststellung einer Gesamtschuld", sondern im Streben nach der Erkenntnis der Grundgesetze unseres völkischen, nationalen und abendländischen Lebens, in der Ueberlegung von Folgerungen, die sich aus der Anerkennung einer Schuld ergeben, einer Schuld zwar, die auf beiden Seiten mindestens gleich groß ist, von den Siegern aber in unheilvoller Verblendung negiert wird. Wir glauben daran trotz unserer

unsinnigen Gegenwart und im Gegensatz zu einer sich möglicherweise daraus ergebenden nihilistischen Mentalität, wir glauben daran im Wissen um eine große, gesamteuropäische Aufgabe, deren Verpflichtung uns zutiefst erfüllt.

Mit tiefer Freude können wir heute feststellen, daß sich um den „Weg" eine Gemeinde gebildet hat, die ständig wächst und immerfort bemüht ist, den Leserkreis zu erweitern und der Zeitschrift neue Absatzgebiete zu eröffnen. Die Zusammensetzung dieser Lesergemeinschaft ist uns ein deutlicher Maßstab für die Richtigkeit des von uns eingeschlagenen Weges und für die Bedeutung des Inhalts unserer Beiträge. Es ist uns nie darum gegangen, unseren Lesern nach dem Munde zu reden, sondern stets darum, zu versuchen, ein geistiges Vakuum, das sich zweifellos in erschreckendem Maße gebildet hat, auszufüllen. Daß dieses in einem nicht unerheblichen Maße bereits gelang und in richtiger Weise angepackt worden ist, bezeugen uns die vielhundert Zuschriften aus allen Teilen der Erde, die zusammengefaßt etwa ausdrücken: Wir alle suchen das Neue, und wir finden hier den Weg, den wir einschlagen wollen, um dorthin zu gelangen. Keiner kann konkret sagen, wie lange wir gehen und wie weit wir suchen müssen, aber d a ß überhaupt ein Weg da ist, ist das nicht schon viel, sehr viel wert? Jeder spürt die geistige und kulturelle Armut unserer Zeit und Vieltausend brechen auf, ihr zu begegnen. Dazu taugte es wenig, wenn wir mit Schlagworten, genügsam abgedroschenen Phrasen und leerem Geschwätz daherkämen, und es ist notwendig, daß die Dinge deutlich und unmißverständlich ausgesprochen werden. Dies hat nichts mit Herausforderung zu tun, es muß aber verhütet werden, daß uns — was uns weiß Gott oft und deutlich genug geschehen ist — wiederum durch Unklarheiten, nicht Ausgesprochenes und falsch Gedeutetes, unrichtige Folgerungen und unglückliche Handlungen widerfahren. Wer aber nicht den Mut zu Offenheit und Klarheit hat, der ziehe die Zipfelmütze über die Ohren und schnarche mißtönig und selbstzufrieden, während die Entwicklung über ihn hinweg geht. Aber er unterlasse es auch, an uns herumzudeuteln und herumzukritteln. Wir achten jede andere Meinung, wenn sie überzeugt und mannhaft vertreten wird, genau so wie wir jede wohlgemeinte und berechtigte Kritik schätzen, wir sind auch gerne bereit, jede andere Meinung, sofern sie ernsthaft und geistvoll ist, in unserem „Weg" zu veröffentlichen und uns ehrlich mit ihr auseinanderzusetzen, wir lehnen aber die notorischen geistlosen Spießer ab, die bei aller Anstrengung ihres faltenarmen Gehirnes nicht mehr zustande bringen als schrullige und murcksige Meckereien. Die einen bezeichnen uns als „hundertfünfzigprozentige Nazis", die anderen als „bösartige Verleumder des Dritten Reiches", die einen warnen uns davor, die Ideologie des Ostens anzugreifen, die anderen tadeln uns als englandfreundlich, andere wiederum schlagen uns vor, uns bedenkenlos hinter Wallstreet zu stellen, die einen halten uns für papsthörig, da wir diesen „noch nie angegriffen hätten", die anderen meinen, wir sollten uns mit den Interessen der stärksten Partei in Deutschland identifizieren, den einen sind schließlich die Witze zu deftig und dem andern zu fade, und so geht es fort und fort.

Wir weisen die, die es ehrlich meinen, auf den schönen Stich von Albrecht Dürer hin: Ritter, Tod und Teufel; für die aber, die nur sticheln und wühlen wollen, haben wir ein ganz anderes Zitat bereit. Wir fühlen uns den Menschen mit weitem Herzen und verpflichtender Ehre verbunden, denen, „die guten Willens sind", die mit der tiefen Anständigkeit ihres Charakters und im stolzen Bewußtsein ihrer abendländischen Aufgabe nach den Ansätzen des werdenden Neuen suchen, stets bereit, einzuspringen und anzupacken, stets wach, stets hellhörig und klaräugig, stets bejahend und kühn, mehr als das Neue ahnend, es durch ihr Sosein heraufbeschwörend, den Trägern von Tradition und Zukunft. Wir möchten gerne einmal Gelegenheit haben, unseren Lesern Einblick in die Hunderte von Briefen zu geben, die uns aus aller Welt zufliegen. Es ist oft erschütternd, Briefe deutscher Jugend, der Ostvertriebenen, ehemaliger Soldaten und Offiziere, Dichter und Schriftsteller zu lesen, die ja alle, mögen sie auch unbehindert umhergehen, geistig kriegsgefangen sind, aus denen das große Glück spricht, daß ü b e r h a u p t wieder die Dinge beim richtigen Namen genannt werden und das Wesentliche aufgezeigt wird.

Aus der Treue und Anhänglichkeit unserer Leser einerseits und aus der klaren und eindeutigen Zielsetzung andererseits ergibt sich für uns die Verpflichtung, unseren „Weg" immer weiter auszubauen, ihn schöner zu gestalten, ihn reicher und vielseitiger werden zu lassen, unermüdlich an der Vervollkommnung zu arbeiten: die Freude, die er bietet, soll immer tiefer werden, der Nutzen, den er bringt, immer wesentlicher, der Leserkreis, den er anspricht, immer größer, der Geisteshorizont, den er aufzeigt, immer weiter, das Denken, das er auslöst, immer fruchtbarer, die Gemeinschaft, die ihn begleitet, immer geschlossener. Wir wollen keine Versprechungen im voraus machen, aber unsere Leser mögen überzeugt sein, daß diesem Ausbau unsere ganze Mühe und unser ganzer unermüdlicher Einsatz gilt, und daß gerade das neue Jahr 1949 in diesem Sinne manche bereits geplante und ausgearbeitete Erweiterung und Ergänzung bringen wird. Wir möchten aber auch, daß unsere Leser immer weiter werben, immer neue Bezieher gewinnen, weiterhin mit Einsendungen und Anregungen ihre Teilnahme beweisen, in der Ueberzeugung, daß jeder neue Bezieher zum schöneren Ausbau beiträgt. In dieser Hinsicht möge es für uns alle — Leser und Mitarbeiter — als Ziel des kommenden Jahres gelten, die Auflage, die im Laufe dieses Jahres genau verdoppelt werden konnte, noch einmal zu verdoppeln. Es wäre uns schönste Freude, wenn unsere Leser diesen Gedanken aufgreifen und verwirklichen würden.

Wir wünschen unseren Freunden, Mitarbeitern und Lesern eine innige Weihnacht und herzlichst viel Gutes zum Jahreswechsel! Möge uns allen im kommenden Jahre der Spruch gelten:

Sieg oder Unsieg ruht in Gottes Hand,
der Ehre sind wir selber Herr und König!

E. F.

Ein Weihnachtslied aus neuer Zeit



In allerliebster Nacht ist nun das Jahr gefangen, in allerliebster Nacht ist nun das



Jahr gefangen, ein freudiges Verlangen ist in den Menschen aufgewacht.

(Faksimile der Originalhandschrift)

1. In allerliebster Nacht
ist nun das Jahr gefangen,
ein freudiges Verlangen
ist in den Menschen aufgewacht.

2. In allerliebster Stund
ist uns ein Kind geboren,
das hat uns auserkoren,
fröhlich zu sein im Herzensgrund.

3. Du weihnachtliches Land,
laß deine Lieb uns schauen!
Solange wir vertrauen,
gehen wir all an Gottes Hand.

Text und Melodie von Hans Baumann (1948)



Wir geben nachstehend das Weihnachtslied wieder, das in seiner Feierlichkeit und schlichten Schönheit bereits den Eingang in so viele deutsche Heime gefunden hat und dem wir von Herzen wünschen, es möge auch heuer unter vielen brennenden Weihnachtsbäumen erklingen:

Hohe Nacht der klaren Sterne,
die wie weite Brücken stehn,
über einer tiefen Ferne,
drüber unsre Herzen gehn.

Hohe Nacht mit großen Feuern,
die auf allen Bergen sind —
heut muß sich die Erd erneuern
wie ein junggeboren Kind.

Mütter, euch sind alle Feuer,
alle Sterne aufgestellt,
Mütter, tief in euren Herzen,
schlägt das Herz der weiten Welt.

Text und Melodie: Hans Baumann



Deutsches Musikleben der Gegenwart

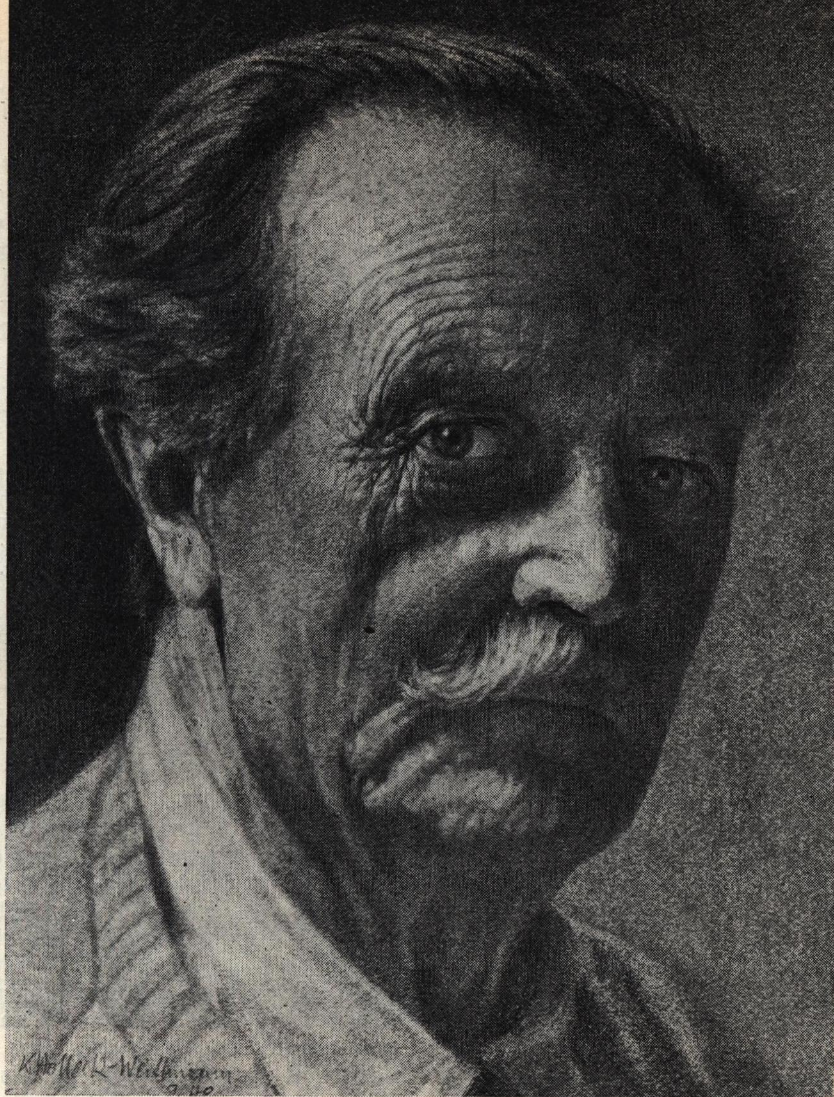
PROF. DR. HERMANN UNGER (KÖLN)

Wir freuen uns, heute einen Beitrag aus der Feder des bekannten deutschen Musikschriftstellers Prof. Hermann Unger bringen zu können. Prof. Unger gehört auf diesem Gebiet zu den bedeutendsten Persönlichkeiten der Gegenwart. Als Schüler Max Regers (Meiningen, 1911/13) über den er auch drei Werke verfaßte und Joseph Haas, nach dem ersten Weltkrieg als Dozent der Musikhochschule in Köln, als Kritiker, Schriftsteller und Komponist bedeutender, an Reger, Brahms und R. Strauß verfeinerter Tonwerke sowie als jahrelanger Redakteur namhafter Musikzeitungen ist die Gestalt Ungers, inniger Freund übrigens des von ihm zutiefst verehrten Meisters Hans Pfitzner, heute aus dem deutschen Musikschaffen und der Musikliteratur nicht mehr hinwegzudenken.

In Ruinen und zwischen Trümmerfeldern lebend, von der täglichen Sorge um die Aufrechterhaltung einer auch nur kümmerlichen Existenz bemüht, bedroht von der Furcht vor einem neuen, größeren und verheerenderen Weltbrand, der wiederum in erster Linie unser Land und Volk vernichtend treffen müßte, sucht der deutsche Mensch heute voll Verzweiflung und Sehnsucht zugleich nach Werten höherer Art, die unzerstörbar über allen menschlichen Dingen walten und durch ein Leben in ewigen Werten sein materielles Dahinvegetieren überhaupt noch ertragenswert machen könnten. Wer historisch gebildet ist, erinnert sich dabei der Tatsache, daß im Dreißigjährigen Kriege von 1618 bis 1648, dessen Friedensschluß im alten Rathaus von Münster als Jubiläum gefeiert worden ist, bei aller Zerstörung von Menschenleben und Sachwerten, bei aller Zerrissenheit der Geister dennoch in Deutschland die Musik herrliche Blüten trieb. In den unsterblichen Werken des Dresdener Hofkapellmeisters Heinrich Schütz, in den ersten deutschen Liedern seiner Schüler, in den Chorälen protestantischer Meister und in Orchestersuiten und Serenaden. Wie steht es nun heute bei uns, da die Vernichtung alles dessen, was dem Kulturmenschen das Leben lebenswert machte, weit umfangreicher erscheint, als sie es damals war, wo aber noch hinzukommt die Ungewißheit von Millionen Deutscher über das Schicksal ihrer Familienangehörigen, der Kummer von Millionen, die ihre Heimat verlassen mußten und nun arm und einsam auf fremder Scholle, bei fremden Menschen als ungebetene Gäste sitzen? Auch da richtet sich unser Blick auf die „holde Kunst", wie sie Franz Schubert besang, die Musik, die uns Trost und Halt geben soll. Und sie allein kann es — allein neben der Religion —, da sie unabhängig ist von Sachzerstörungen, von Ueberfremdung, und da sie immer dann umso stärker ihre Macht entfaltet, ja trostloser das Dasein uns anmutet. Auch heute lebt, wie damals im Dreißigjährigen Kriege, ein Großmeister der deutschen Musik unter uns, ein fast Achtzigjähriger, der aber noch immer in der Vollkraft seines genialen Schaffens steht und ein Werk nach dem andern ans Licht fördert: Hans Pfitzner. An ihm, der unbeirrt von Tagesmoden und Meinungen die reine Fackel jener künstlerischen Gesinnung in den Händen trägt, richtet sich der Mut aller Musikliebenden und aller, seine Ideale beherzigenden Mitschaffenden auf, der Ideale, wie sie vor ihm Bach, Händel, Beethoven und Richard Wagner verkündet hatten: die Musik dient nicht dem sinnlichen Kitzel, nicht der Eitelkeit des Virtuosen, sondern allein der Erhebung des Herzens, der sittlichen Erziehung des Menschen. Auch Pfitzner hat die Not unserer Zeit an sich erfahren müssen: zweimal ist ihm Haus und Gut vernichtet worden, er selbst auf einer nächtlichen Bahnfahrt mit knapper Not dem Tod entgangen, und heute lebt er in dürftigsten Verhältnissen in einem Altersheim bei München. Viele seiner jungen Berufsgenossen sind im Kriege gefallen und fehlen nun in der Kampfschar für reines Musikertum. Viele andere sind so verarmt, daß sie ihr Studium aufgeben und Handwerkerarbeit verrichten müssen. Andern mangelt es an den nötigsten Besitztümern. Es ist charakteristisch, daß vor kurzem, als der bedeutendste deutsche Beethovenforscher, der Universitätsprofessor an der Lehranstalt in Beethovens Geburtstadt Bonn zu seinem 70. Geburtstage gefeiert werden sollte und eine

Reihe von Musikern um einen Beitrag für ein Festbuch gebeten wurden, mehrere davon antworteten, sie besäßen weder Papier noch auch nur einen Tisch, um daran zu schreiben!

Die Mehlzahl unserer Konzert- und Operninstitute liegt in Trümmern am Boden. Opernaufführungen und Konzert müssen in Sälen unter akustisch schlechtesten Verhältnissen veranstaltet werden. Viele Musikbibliotheken sind verbrannt, ebenso die Privatbibliotheken von Musikern und Musikaliengeschäften, desgleichen Instrumente. Die bekanntesten Notenstechereien lagen in der Ostzone, vor allem in Leipzig, und sind heute ausgeschaltet. Noten, Bücher und Instrumente, besonders Klaviere, können nur notdürftig hergestellt werden und sind unerschwinglich im Preise. Die Musikvereinigungen leiden unter der Dezimierung ihrer Mitglieder durch Verlust an Menschen und an Sachwerten, Vereinssälen und Notenbeständen. Die jüngeren Mitglieder finden kaum noch Zeit in ihrem Existenzkampfe, sich für Proben und Aufführungen freizumachen. Die Umgruppierung der sozialen Schichten, das — immer nach einem Kriege — aufkommende Verarmen der gebildeten und das Reichwerden einer ungebildeten Schicht hat die kulturellen Bedürfnisse vollkommen umgestaltet: nur eine verschwindende Mehrheit wünscht noch ernste Kunst. Und die neue, die Opern und Konzerte bevölkernde Gesellschaft läßt sich lieber von Sensationen, von Stars, von Komponisten exzentrischer Natur dupieren als von ernsten Künstlern innerlich erheben. Ein Blick auf die Programme z. B. der Wunschkonzerte der Rundfunksender gibt uns da ein deutliches Bild. So ist auch Hans Pfitzner, neben Richard Strauß weitaus der bedeutendste Musiker der Zeit und in seiner Kunst tiefer und zukunftsweisender als jener, zugunsten von Modegrößen in den Hintergrund gedrängt worden und erwägt jetzt schon eine Auswanderung. In solchen Zeiten wird ja der Charakter eines Jeden vom Schicksal geprüft, und man trifft heute recht oft einen von der Konjunktur bestimmten Wechsel der „Gesinnung", die nie eine gewesen ist. So beten heute Musikkritiker Männer und Werke an, die sie noch vor wenig Jahren als „zersetzend" verdammt haben und übergehen mit Stillschweigen andere, denen sie damals ihre Hochachtung erwiesen. Es ist klar, daß damit auch der Jugend ein schlechtes Beispiel gegeben und ihr Blick für das Echte getrübt wird. Man glaubt, in ihr die Gefolgschaft für hypermoderne Experimentalmusik zu gewinnen, hat sich aber bisher doch noch recht getäuscht. Diese Jugend, die so Schweres an sich und um sich erleben mußte, wie das nie vorher einer andern Jugend geschah, ist ernst geworden, fast allzu ernst, aber unbestechlich. Und man kann sogar sagen, daß eine neue Epoche der Romantik, des Hanges zum Uebersinnlichen heraufzieht. welche die derzeitige materialistische abzulösen verspricht. Es war interessant, als bei einem der vielen heutigen Musikfeste sich Pressestimmen dagegen erhoben, daß Paul Hindemith, der begabteste unter den neueren jüngeren deutschen Komponisten, der in den USA lebt, in seinen letzten Werken eine Umkehr vom Radikalismus zur wieder „harmonischen" Musik vollzieht, sich also lossagt von der „motorischen" und seelenlosen Nurlinienkunst. In seiner letzten Oper „Mathis der Maler" ist ja auch deutlich der Einfluß von Pfitzners „Palestrina" erkennbar, ebenso wie Hindemith in seinen textlosen Werken Anklänge an Max Reger, den neben Pfitzner hervorragendsten Musiker des neuen Deutschlands, der leider im ersten Weltkriege allzufrüh starb, sich finden lassen. Man nennt die Musik gern eine internationale Sprache und setzt sie häufig ein, um die Völker heute einander näherzubringen. Das ist an sich sehr erfreulich, denn gewiß ist sie der Ausdruck des Reinmenschlichen und geeignet, Versöhnung unter den einst verfeindeten Nationen anzubahnen. Aber jede Musik ist zugleich schönster Ausdruck der Völker in ihrer Einzelbedeutung und damit dazu angetan, die Achtung eines jeden Volkes vor dem andern auf kultureller Ebene anzuregen. Man hörte im jetzigen Deutschland in Opern, Konzerten und Rundfunkprogrammen mehr als vorher ausländische Werke: Franzosen, Engländer, Spanier, Schweden, Holländer, Belgier usw. Das ist gut, um den Blick zu weiten, aber es soll nicht einer Ueberfremdung dienen oder gar der Anregung von deutschen Minderwertigkeitskomplexen. Noch stehen die Werke Max Regers, Hans Pfitzners und Richard Straußens als die weitaus überragenden da, und ihnen gesellen sich die ihrer Schulen bei. Selbst Igor Strawinsky erklärte mir einmal, er hege größte Verehrung für Regers Genie. Und Arnold Schönberg, der Anführer der Allermodernsten, ließ in Wien als Lehrer Regers Werke analysieren. Bela Bartok, der führende ungarische Modernist, wurde durch Straußens „Also sprach Zarathustra" zum Musiker erweckt. So gilt es heute, jene einst von Beethoven errungene Weltgeltung der deutschen Musik festzuhalten, als stärkstes Aktivum eines so tief gestürzten Volkes und als beste Helferin zu eignem Wiederaufstieg auf kulturellem und damit auch existenziellem Boden.



K. Holleck-Weithmann Selbstbildnis 1948

Karl Holleck-Weithmann

EIN MALER DEUTSCHER TRADITION

„... fromm empfinden,
Kunst gestalten,
Sucher göttlicher Gewalten ...“

Der Großmeister der deutschen Sprache, Goethe, hat in den angeführten Worten alle die Elemente genannt, die den wirklichen Künstler kennzeichnen. Der wahre Künstler ist ein Berufener, ein Sucher, der hinter der Fassade und dem Schein den Gesetzen der Schöpfung nachspürt und ihnen in seinem Schaffen Ausdruck verleiht. Echte Kunst ist zeitlos. Sie ist ein Versenken in ewige Werte. Mit diesen Maßstäben müssen die Kunst und der Künstler gewertet werden.

Wieviele der heutigen Künstler können sich vor diesen Forderungen behaupten? Wieviel sogenanntes künstlerisches Schaffen muß als zeit- und konjunkturbedingt als echte Kunst abgeschrieben werden! Und wie viele Künstler wagen es, sich über den „König Kunde und Kritikus“ hinwegzusetzen und unbeirrt ihren Erkenntnissen zu folgen? Nur Menschen mit Mission!

75 Jahre zählte der Deutsche Karl Holleck-Weithman, als er an Bord des kleinen schwedischen Segelschiffes „Falken" stieg um auf einem neuen Kontinent ein neues Leben zu beginnen. 75 Jahre. Das ist das biblische Alter, in dem sich die meisten Menschen mit dem Leben abgefunden haben. Hier aber war ein Mensch, der voll jugendfrischer Initiative einen neuen Start begann. Kunst und Künstler sind zeitlos! Sie kennen kein Altern! Sofern sie echte Mission haben!

Wer an Bord dieses kleinen Weltenseglers die ehrwürdige Gestalt des alten Herrn selbst bei schwerstem Wetter an Deck gesehen hat, im Eissturm der Ostsee, zwischen den Minen der Nordsee, im kochenden Gischt der Biskaya und im Brüllen des Pamperos an der brasilianischen Küste, der spürte, wie sich seinen Augen Bilder auftaten, deren es ein Jahr bedarf um sie zu erkennen. Und wer dann später diese mit unendlicher Feinheit und Zartheit mit Buntstiften gezeichneten Meeresbilder sah, der empfand neues Verständnis für die See, wurde gepackt von dieser Gewalt der Wolken und Wogen. Die Wellen erhielten Individualität. Die Wolken wurden Wesen. Und im Kräftespiel dieser Riesen atmete die Allmacht der Schöpfung.

„... fromm empfinden", sagte Goethe. Es bedarf der Demut vor der Schöpfung, diesen Gewalten im Bild Ausdruck zu geben!

Das ist das Kennzeichnende an der Kunst des Deutschen Karl Holleck-Weithmann: die Liebe zur Feinheit. Seine Bilder sind ein lebendiges Versenken in den Gegenstand, ein Nachleben der Linien, des Farbenspiels, ein Suchen nach der Harmonie, der er dann mit empfindsamsten Strichen nachfolgt.

Nur Disharmonie setzt seinem Schaffen Grenzen. Das Portraitieren eines bis zur Ausdruckslosigkeit mit „make up" hergerichteten Frauenkopfes lehnte er mit den Worten ab „es sei schon genügend Farbe angewandt worden". Denn gerade im ausdruckvollen Portrait hat der Künstler seine Stärke und jede Schattierung seines Pinsels enthüllt den Charakter und die Menschlichkeit seines Modells. In der Wahl zwischen Hell und Dunkel erinnert er an die alten Meister der holländischen Schule. Bis ins Feinste durchgearbeitet und voller Leben vermag der Künstler durch zarteste Tönung dem Gemüt seines Gegenübers Ausdruck zu verleihen. In Deutschland wurde dann Professor Holleck-Weithmann besonders mit der Ausführung ganzer Ahnengalerien beauftragt. Sein Vermögen, aus vergilbten Fotografien den Menschen auf die Leinwand zu bannen mit blutvollen lebendigen Zügen, läßt auf eine Intuition seitens des Künstlers schließen, die geradezu frappant wirkt. Und welches Objekt ist schwieriger als den Wesensinhalt eines menschlichen Gesichtes zu deuten! Was liegt da nicht alles verborgen! Und durch verzerrtes, oft vom harten Leben gekennzeichnetes Minenspiel hindurch doch die rechte Seelenschau zu finden, dazu bedarf es membranfeinen Nachempfindens. Dies dann wiederum durch Licht und Schatten, Farbe und Zeichnung zu gestalten, diese Fähigkeit ist es eben, die den Künstler über den Alltagsmenschen hinaushebt!

Karl Holleck-Weithmann wurde am 22. August 1872 in Grottkau in Oberschlesien als Sohn des Rechnungsrates Julius Weithmann geboren. Seine Eltern starben in seinem vierten Lebensjahr und er wurde bei seinem Verwandten Holleck erzogen. So lange der jetzt 76jährige zurückdenken kann, hat er stets „malen" gespielt und aus seiner Kindheit liegen so reif empfundene und zeichnerisch kunstvolle Arbeiten vor, daß es fast selbstverständlich war, daß er nach Absolvierung des humanistischen Gymnasiums den Weg zur Kunstakademie fand. Der Besuch der Akademien in Breslau, Berlin und München brachte dem jungen Künstler mehrfache Anerkennungen, silberne Medaillen und Leistungsprämien ein, so daß er sich schon 1895 als selbständig arbeitender Künstler in Berlin niederlassen konnte.

Während er auf den Akademien nur das Studium des Bildnisses und des nackten Körpers pflegte, wandte er jetzt seine Liebe der Landschaft zu und bereiste die als charakteristisch zu bezeichnenden Landschaften Deutschlands wie die Insel Rügen, den Harz, Bayern, die Lüneburger Heide, Westpreußen, Oberschlesien, die Mark Brandenburg, die Alpen, die Nord- und Ostsee. Besonders die meerweiten Stimmungen der Lüneburger Heide beeindruckten den jungen Künstler ungeheuer und fast keiner hat wie er die Empfindsamkeiten des Brauns der Erika, des weichen Grüns und des Schwarz-Rot tönen können.

Auf allen Gebieten der Kunst hat Holleck-Weithmann Hervorragendes geleistet.

In der „Geschichte des deutschen Buchschmucks" von Dr. Otto Grauthoff finden wir seinen Namen ruhmhaft genannt und in seinen Ex-libris-Entwürfen ist klar die Tradition eines Dürer zu erkennen. Und was mehr ist: der große Meister braucht sich seines Schülers nicht zu schämen!

Um die Jahrhundertwende nimmt Holleck-Weithmann teil an den großen Kunstausstellungen in Deutschland, die ihm schnell als



K. Holleck-Weithmann **Rothenburg o. T., Altes Rathaustor**

Portraitist, Landschaftsmaler und Radierer einen Namen machten. Die Städte Berlin, Wilmersdorf, Lichterfelde, Steglitz kauften für die Ausschmückung öffentlicher Bauten Werke des Künstlers ein und Aufträge für Portraits hoher Staatsbeamter folgten. Es folgte eine reiche Arbeitsperiode des jungen Künstlers, der mitten in den Strudel des lebhaften Berliner Kunstlebens hineingestellt wurde. Bekanntschaften mit all den führenden Persönlichkeiten des Kulturlebens um 1900 leitete eine angeregte Schaffensperiode ein. Der exklusive „Verein Berliner Künstler" wählte ihn in den Vorstand, während er gleichzeitig Vorsitzender des Lichterfelder Künstlervereins wurde, eine Stellung, die er von 1912 bis 1933 getreu obwaltete. Menzel, der große Künstler, ermutigt den jungen Kollegen zu weiterem Schaffen, von seiner ersten Ausstellung im Salon von Gurlitt in Berlin 1897 führt ein gerader Weg zu dem Kreis von Max Liebermann, Hans Thoma, Böcklin u. a., die sich unter dem Namen „Sezession" zusammenschlossen um gegen die Pedanterie in der damaligen Kunstrichtung zu kämpfen und die dann in den Jahren 1907 bis 1910 den französischen Impressionalismus ins Deutsche umwandelten, ihm mit Strenge und Betonung des Zeichnerischen derart ein neues Gesicht gaben, daß man von einem neuen deutschen Stil sprechen konnte. Wenn schon einer, dann hat Holleck-Weithmann dazu verholfen, daß das Zeichnen an sich als selbständiger Kunstzweig durchdrang und damit die Tradi-



Karl Holleck-Weithmann — Das Koboldzellertor

tion des großen Nürnbergers wieder in den Hochsitz gehoben wurde.

Als Graphiker und Landschafter schlug Holleck-Weithmann derart selbständige Wege ein, daß er sich auf diesem Gebiete ruhig Autodidakt nennen darf. Seine Technik in Verwendung von Buntstiftzeichnungen ist sein eigenes Geheimnis. Wer unter den modernen Künstlern getraut sich das wildbewogte Meer durch haarfeine Strichelung der Buntstifte wiederzugeben, ohne daß es an Monumentalität verliert? Das sind die reifen Früchte dieser frühen Jahre, die durch ein halbes Jahrhundert ernst ringenden Künstlerlebens kultiviert worden sind!

In den Kupferstichkabinetten von Berlin,

Im Moor i. Sturm

H. Zillmann



K. Holleck-Weithmann — Die alte Linde

im Märkischen Museum, im Lessing-Museum, in den Museen in Dresden, Hannover, Darmstadt sind von staatswegen angekaufte Bilder des Künstlers vorhanden und das berühmte Prähistorische Museum Berlins kaufte zwei Monumentalgemälde rassischer Gegensätze eines Germanen und eines Negers in freier Landschaft.

1910 ging der Künstler die Ehe ein mit der Tochter des Professors der Königlichen Musikhochschule in Berlin. Während er im ersten Weltkrieg selber den Graurock anziehen mußte, hat ihn der zweite Weltkrieg zwei seiner Söhne beraubt. Die Bombennächte über Berlin haben ein ehrwürdiges Künstlerheim vernichtet, aber ungebrochen lebt der schaffende Geist des Künstlers, der sich jugendfrisch und zukunftsfroh in der neuen Wahlheimat Argentinien neuen Aufgaben zuwendet. Mit ihm ist ein Stück des alten, ewigen Deutschlands gerettet, das so recht Ausdruck findet in seinen Zeichnungen von Alt-Berlin, von Nürnberg, von Rothenburg ob der Tauber, Zeichnungen, die an Liebe, an Innerlichkeit das enthalten, was den deutschen Namen immerdar zu Ansehen verhelfen und unbeschwert aller Unbill der Zeit einen Wert darstellen, der nicht geschmälert werden kann. Leistung spricht für sich! Und die echte Kunst ist zeitlos ...!

Der Stein

DR. GRETE BITTNER



Meine Heimat ist versunken. Der Pfad ist vergrast und mit wildem Gestrüpp verwachsen. Ich kann ihn nimmer finden. Sie liegt hinter sieben Bergen und sieben Tälern und sieben Flüssen, aber die Berge sind zu hoch und die Flüsse zu breit und nur die freien, leichten Vögel schweben nach meiner Heimat hin.

Undurchdringlich legt der Wald seinen grauen Mantel um die langgestreckten Höhenrücken und die Wasser, die in seinen Falten ruhn, sind schwarz oder dunkelbraun, je nach dem, ob ihr Grund mit Moosen bewachsen oder mit feuchtem Sand bedeckt ist. Nur wenn ein Vogel so tief über die glatte Fläche streift, daß seine Flügel das Wasser berühren und einige sprühende Tropfen in das Licht schleudern, leuchtet es für einen kurzen Augenblick funkelnd auf, um dann wieder in die Geborgenheit des dunklen Bettes zu sinken.

Seltsam gefleckte und glitzernde Fische spielen in den Bächen meiner Heimat und der Adler zieht ruhig seine Kreise über Wässern und Wäldern, indes da drunten der Fuchs seine brennende Rute durch das Niederholz zieht und der Hirsch königlich zwischen uralten Stämmen schreitet.

Menschen wohnen wenige in den Wäldern, und sie sind selbst Teile des großen Waldes geworden wie Tier und Baum. Es sind dies ein paar Holzfäller und Jägersleute und an zwei, drei sonnigen Hängen des Waldes einige wenige Einödbauern, zweite Söhne von den reichen Höfen im Niederland, die nicht dienen wollten. Sie sind heraufgezogen in den Wald und haben ein Stück Land gerodet, dann sind ihre Gehöfte allmählich zu einem Dorf zusammengewachsen. Die Leute unten vor dem Walde haben ihrer nimmer gedacht.

Die Waldbauern aber verlangt es nach keinem Menschen da draußen und sie bedürfen ihrer auch nicht. Sie bauen ihr karges Korn auf einsamer Waldblöße und lassen das bunte Vieh auf enger Weide grasen. Ihre Weiber spinnen den Flachs, der auf ihrem Grunde wächst, und ihr Pfarrherr tauft und begräbt die Menschenkinder, deren Leben in dem verlassenen Dorfe erwacht und erlischt, in dem niedrigen Kirchlein der Waldhöfe. —

Diese Kirche der Waldbauern steht inmitten der halbverwitterten Holzkreuze und der schmalen Gräber des Kirchhofes, über deren Hügeln Malven und Ringelblumen blühen. Ihr Unterbau besteht aus schwerem, gebrochenem Stein, das übergestülpte Dach aber und der Kirchtum sind hölzern und moosbewachsen, als wäre das kleine Gotteshaus auch nur ein Stück des großen Waldes und bliebe ihm ewiglich verschwistert.

In der Pforte der Kirche lag noch in meinen Kindertagen ein mächtiger Stein, der als Schwelle diente, aber zu groß und ungefüge war, so daß wir mit unseren runden Kinderfüßen oftmals dagegen stießen und stolperten. Bei solch einem ungeschickten Schritt dröhnte und tönte der Stein seltsam, und es war, als ob ein lebendig Ding dabei angerührt würde, sodaß es uns ängstlich zumute wurde. Die Mütter aber hießen uns stille sein, denn der arme Christopher liege in dem Stein, und sie erzählten uns seine Geschichte. —

Es war zur Zeit des großen Krieges. Not und Grauen lagen über dem deutschen Lande. Mächtige Heere standen einander gegenüber, wie böse gefleckte Raubtiere umschlichen sie sich, dann sprangen sie einander an, verkrallten sich und wälzten sich ringend über das traurige Land. Da erbebte die Erde, und der dunkle Himmel ward blutig rot vom Scheine der Brände. Feste Städte mit Wall und Graben und dicken Mauern fielen in Schutt und Asche und begruben unter ihren Trümmern starke, fröhliche Männer, lieb-

liche Frauen und zarte Kinder. Der Krieg aber entzündete den Toten auf all den Gassen und Plätzen eine grausige Totenfackel; indes seine Flamme die starren Leichname ansprang, fraß und verschlang das Feuer auch das, was den Menschen einst lieb gewesen und was der Zufall noch geschont hatte, als da waren: kostbares Hausgerät, seidene Gewänder, güldener Schmuck und wohl auch ein zerbrochen Steckenpferdchen, das einer Kinderhand entglitten war.

Diejenigen aber, die zum Leben verflucht waren, irrten auf fremden Wegen. Der Hunger stand über ihnen, die Krankheit und der Tod. Sie hörten die Geißeln der Verfolger über ihren Häuptern schwirren, indem sie weiterhasteten und um ein Stückchen Brot bettelten. Doch trafen sie nur auf mißtrauisch geschlossene Türen, denn es traute in dieser harten Zeit kein Mensch dem andern, oder sie stießen auf niedergebrannte Gehöfte und zertretene Fluren, weil der Krieg über dem offenen Lande stand wie über den Städten. Das Vieh war weggetrieben und der Bauer geflohen, wenn er nicht erschlagen an der Schwelle seines Hofes lag.

In diesen Tagen des Jammers sanken die Schwachen und Zarten vor Hunger und Krankheit tot an den Straßenrändern hin, indessen die Starken, die ihr Leben erhalten wollten, nach der Waffe griffen und sich den marodierenden Haufen anschlossen, auch wenn sie früher rechtliche und ruhige Leute gewesen waren. Darüber wurde das Elend immer größer im Lande.

Mein Heimatdorf lag im Frieden. Fern in der Ebene liefen die breiten Heerstraßen und trugen Roß und Reiter und polterndes Fuhrwerk. Flammenzeichen lohten unten auf, während der Wald seine schweren blauen Falten um die Berge legte und darunter die stillen, samtbraunen Rehe, den zottigen Bären, seltsame Vögel und auch die armen paar Waldbauern barg, die hier vor langen Zeiten ihre Wohnstätten aufgerichtet hatten. Borkenkäfer liefen über gestürzte Stämme, der Häher rief, Königskerzen und Türkenbund blühten in heiliger Stille und nur die Menschen wußten, daß unten im Lande Krieg war. Sie hatten gesehen, wie die Dörfer in der Ebene, vor dem Rande des Waldes in Flammen aufgegangen waren und verwüstet lagen, dann hatten sie am selbigen Tage, den schmalen Pfad, der durch den Wald zu den Menschen im Tale führte, mit Dornen versperrt und es durfte von Stund an keiner von den Dörflern in die Niederung gehen und so etwa Neugierige nach den Waldhäusern locken. So verwuchs und vergraste der Pfad allmählich, und die Leute vor dem Walde vergaßen, als der Krieg weiter andauerte, daß hinter den Bergen außer Luchs und Reh und Habicht auch Menschen hausten. Kein Schall und kein Hall drang aus dem Walde, und es war sogar in den Waldhäusern bei Strafe des Leibes und des Lebens verboten, ein helles Licht anzuzünden oder ein offenes Feuer anzufachen, damit dies nicht zum Verräter werde.

Durch Leichtsinn und Unbeachtsamkeit aber wurden diese strengen Gebote der Waldleute mißachtet, so daß großes Unheil über das Dorf kam.

An einem klaren Herbsttage hatten Kinder des Dorfes die Rinder nach einer Waldblöße getrieben, deren Hang der fernen Ebene zugewandt war, jedoch vom Dorfe aus nicht eingesehen werden konnte. Während die Kühe die letzten frischen Wildkräuter abrissen und die Knaben nach verspäteten Brombeeren suchten, stieg allmählich mit dem Sinken der Sonne die herbstliche Kühle aus den Wäldern, und die Kinder beschlossen, ein kleines Feuer anzuzünden, um sich daran zu wärmen. Anfänglich hüteten und dämmten sie vorsichtig die züngelnden Flammen, doch später überwog die Freude am ungewohnten Spiel und der Leichtsinn. Sie schleppten immer mehr trockenes Holz und Gereis herzu, daß die Flamme gar prächtig und mächtig wurde und weit in die fallende Dämmerung leuchtete. Den Kindern schien der Sinn benommen und trunken von der ungekannten, wilden Glut. Unaufhörlich brachten sie frisches Reisig und schürten die Flammen und sprangen um die sprühenden Funken.

Bei dem Tollen und Hetzen fiel ein glühendes Scheit einem der Knaben auf die Hand. Er schrie auf und sprang zurück. Die Kinder jedoch mochten durch den Schrei aus ihrer Trunkenheit aufgewacht sein, sie sahen die mächtige Flamme und erschraken. Sie versuchten zu löschen, und als dies fruchtlos blieb, trollten sie sich beschämt und wie geschlagen nach Hause, indes die Fackel auf der einsamen Wiese brannte und nach langen Stunden in sich zusammenfiel.

Ein Trupp zerzausten Kriegsvolkes war vor dem Walde dahingezogen und hatte das helle Feuer leuchten gesehen. Weil aber Dörfer und Gehöfte in der Niederung menschenleer und öde standen, hatten sie gemeint, die Bauern wären mit ihrem Hab und Gut in die Wälder geflüchtet und bei den Leuten, welche das Feuer entzündet, gäbe es reiche Beute zu machen. Sie folgten dem weisenden

Flammenschein und drangen in den Wald ein. Ehe das erste Morgendämmern über den Bäumen aufging, fanden sie das schlafende Dorf.

Wie Sturm und Ungewitter brachen die Reiter über die stillen Hütten. Schlaftrunken taumelten die Menschen hoch. Männer faßten nach Axt und Dreschflegel, Weiber kreischten auf, preßten ihre jüngsten Kinder an die Brust und versuchten nach dem Walde zu entkommen. Doch ist es Menschenkraft nicht möglich, Blitz und Donner und dräuendem Wetter zu entfliehen oder dagegen anzukämpfen. Der Männer ungefüge Waffen versagten gegen die flinken Degen und Messer und Pulverbüchsen der Reiter, und manch einer stürzte mit zerspelltem Schädel in den Staub der Landstraße, daß die Pferde seinen Leib zertraten.

Die Weiber aber, welche in Sorge um ein wertvolles Stück Hausrat auch noch dieses zu retten versucht und sich zu lange im Hause verhalten hatten, fanden den Weg verstellt und wurden in ihre Betten zurückgeworfen. Halbwüchsige und die, welche flink und geschickt wie Katzen waren, glitten in die Ställe und trieben das Vieh nach verschiedenen Richtungen dem Walde zu, damit es so gerettet werde. In die Fliehenden aber, die Kinder, die Alten und die Weiber, dazwischen die brüllenden Rinder, schossen und stachen die Plünderer zum bloßen Pläsier und zur Belustigung und ließen erst von diesem grausigen Spiel, weil sie hungerten und dursteten und gierten nach dem, was in der Stube und Vorratskammer und in den Betten geblieben war. Sie sprangen in die Häuser und suchten nach Gold und Geldeswert, und weil sie dessen wenig fanden, zertrümmerten sie Tische und Bänke und Schränke und zerstachen und zerschnitten die Betten und ließen die Federn in den Wind fliegen. Dann drangen sie in die Vorratskammern und zerrten Fleisch hervor, Bier, Fett und Mehl und zertraten verächtlich das heilige Brot.

Auf den Fliesen der kleinen Kirche ward ein Feuer angefacht, und drei Ochsen wurden gebraten. Der Meßwein kreiste dazu und die Trunkenen räkelten sich schwelgend in den schmalen Kirchenstühlen. Einen Tag und eine Nacht lagen die wilden Reiter in Kirche und Dorf und Betten, am dritten Tage aber rissen sie die glimmenden Scheite ihres Gastmahls auseinander und warfen sie in das morsche Gebälk der Kirche und der Häuser, damit diese eine Beute der Flammen würden. Dann zogen sie ab, so wie die schweren Wetterwolken abziehen, indes das Land noch verwüstet liegt und kein Halm sich zu heben wagt.

Nach langen Tagen schlichen diejenigen, welche in dem barmherzigen Walde Zuflucht gefunden hatten, in das Dorf zurück. Sie fanden Asche und glimmende Balken, erschlagene Männer und geschändete Frauen. Tränenlos irrten sie über die Trümmer und tränenlos schrien sie zum Himmel um Gerechtigkeit. Weil aber der Himmel verschlossen blieb, so hielten sie es für billig, daß dem sein Recht und Urteil gesprochen werde, der all das Leid über das Dorf gebracht hatte. Und sie gedachten eines alten Rechtes, demzufolge auch Kinder für ihr Vergehen und ihre Schuld mit Leib und Leben einstehen mußten.

Es traten die Alten des Dorfes auf der Brandstätte zusammen und die Knaben, welche das verräterische Feuer entfacht, wurden gerufen, Rede und Antwort zu stehen.

Blaß und übernächtig standen die Kinder in dem fahlen Lichte des Herbsttages. Sie wußten um die Größe ihres Vergehens und die Unerbittlichkeit des Gesetzes des Waldes, und in ihrer Furcht schob eines die Schuld auf die Schultern des andern.

Lange sorgten und horchten die Richter, sie berieten untereinander und konnten doch den Rädelsführer und Urheber des Unheils nicht ergründen. Schließlich blieb die Schuld an einem der Knaben haften, der mit zusammengepreßten Lippen abseits stand und aus dem Schrecken der Nacht noch nicht in den hellen Tag zurückgefunden hatte. Es war dies der junge Christopher, der Sohn einer armen Witwe. Wenn er auch wie keiner Wurzel und Weg, Stein und Stamm im Walde kannte und aus diesem Grunde und wegen seiner festen Fäuste das notwendige Ansehen unter den anderen Knaben genoß, so ging er doch meistens allein seiner Wege, vielleicht um der Armut seiner Mutter willen, und hielt sich fremd unter seinen Altersgenossen. Er durchstrich lieber den Wald und suchte Pflanzen und heilsame Kräuter, welche er wohl zu unterscheiden wußte und seiner Mutter brachte, damit sie die Blätter trockne und Tränke und Salben daraus bereite; denn sie galt als manch geheimen Wissens kundig und die Leute des Dorfes kamen mit den Nöten und Gebresten des Leibes zu ihr.

An diesem unglückseligen Nachmittag nun war der Christopher mit den anderen auf die Weide gezogen und hatte das Feuer entfachen geholfen. Das Züngeln und Glühen war wie ein Zauber in seine Seele gefallen. Er hatte zunächst wie gebannt in die Glut gestarrt,

dann hatte er mit jähem Schrei die Arme in die Luft geschleudert und war wild durch die Flammen gesprungen und immer wieder gesprungen. Bis zu dem Augenblick, da der jähe Schrecken über die Kinder gekommen, und sie verstört nach Hause getrollt waren, hatte ihn diese Trunkenheit umfangen und jetzt, da er im kalten Licht des Tages stand, war er steif und benommen und zu ungelenk, der Anschuldigung zu widersprechen, so daß sich schließlich der ganze Verdacht gegen ihn wandte und um ihn verdichtete. Er ward als der Schuldige befunden, weil er sich nicht zu verteidigen wußte, und der Spruch über ihn gesprochen, der ihm zwar aus Mitleid mit seinen jungen Jahren das Leben beließ, ihn aber für die Zeit seiner Tage aus dem Dorfe und der heimatlichen Gemarkung stieß und in die Ferne trieb.

Schweigend und ohne den Sinn des Urteils ganz zu erfassen, vernahm der Junge den Spruch. Er sah auf, in die Augen der Männer, die ihn gefällt, und er gewahrte die Gesichter, welche alle ernst, doch ohne Groll waren, trotz des schweren Leids, welches über sie hinweggegangen war, und der Junge wußte, daß sie ihr Urteil nach bestem Wissen und Wollen gefällt hatten. Vor allen diesen Augen aber leuchtete das Antlitz des Aeltesten und Vorstehers, der den Spruch über den Knaben gesprochen, und dem Jungen schien es aus dem Holze der Eiche geschnitten, welche über dem Dorfe stand, so unbeweglich war es und voll der unendlichen Ruhe des Waldes. Dieses Gesicht aber forderte, daß einer die Schuld trage, damit das Gesetz in den zerstörten Waldhäusern erhalten bleibe.

Am nächsten Tage packte der Junge sein Bündel und verließ das Dorf. Die Spielgenossen und die großen Leute blickten ihm scheu und befangen nach, als trüge er aller Kreuz auf seinem schmalen Rücken, aber keiner wagte dawider zu reden und zu klagen, und nur die Mutter stand am Ausgang des Dorfes und weinte, indes ihr Kind in den Wäldern verschwand.

Matt und müde strich der Junge lange Tage durch die Wildnis und sein Brot war fast aufgezehrt, als er den Saum des Waldes erreichte. Da wollte es der Zufall, daß er auf ebendieselben Reitersleute stieß, welche sein Heimatdorf geplündert hatten und die noch in der Gegend umherzogen. Ihrem Feldscher hatte sich der Troßbube zu Tode gefallen, und weil sie einen Burschen zu den Pferden brauchten, hießen sie den Knaben aufsitzen und mit ihnen reiten. So kam es, daß der Junge, der den blauen Wald und das heimatliche Dorf hinter den Bergen verloren hatte, auf dem Rücken der Pferde seine andere Heimat fand.

Seine neuen Herren wollten ihn auf ihre Art wohl. Er bekam wohl Tritte und Püffe zu schmecken und manch hartes Wort, doch teilten sie redlich ihre guten und schlechten Bissen mit ihm, und wenn sie reichliche Beute gemacht hatten, dann warfen sie dem Buben einige runde, blinkende Dukaten zu. Sie lehrten ihn das, was sie selber konnten, mit dem Winde um die Wette reiten und fechten und stechen und raufen und keine Furcht haben vor Tod und Teufel. So wurde der Christopher ein wilder Kriegsmann, einer von denen, wie sie dazumalen über den Rücken unseres schönen Vaterlandes trabten, einer, der das Unheil mit sich trug wie seine Brüder.

Doch war der Christopher nicht nur das Knechtlein der fahrenden Reiter, sondern vor allem des Feldschers Bube geworden. Dieser war ein ältlicher Mann, dessen Fäuste gar manchen Kriegsmann vom Leben zum Tode gebracht hatten, indes seine flinken Finger sich bemühten, die Blessierten und Verwundeten wieder die andere Straße ins Leben hineinzuführen. Der Christopher lernte bei ihm, wie man Glieder einrichtete, das rinnende Blut stillte und Verbände anzulegen habe. Er erfuhr, wie man heilsame Arzneien bereite und Salben mische, und er besann sich auf manches Kraut und manchen Trank, welchen seine Mutter daheim den Kranken gereicht hatte. So ward er ein gelehriger Schüler, und sein Lehrmeister, der mit zunehmendem Alter von geruhsamerer Art geworden war, konnte neidlos und zufrieden schmunzeln, wenn das Reitervolk seine Beschwer und Verwundung oft in die jüngeren Hände des Burschen zu legen begann.

Wenn er ritt und focht oder wenn er half und heilte, da meinte der Christopher manches Mal, es wäre doch ein Glück gewesen, daß das Leben ihn aus dem verlassenen Dorfe hinter den Bergen hervorgeholt und in dies wilde, ungestüme Kriegstheater geschleudert hätte.

Nur des Abends und des Morgens, wenn er seine Pferde striegelte und tränkte, ward er ein anderer. Bei all diesen sorgenden Verrichtungen stand der Bauer in seiner Seele auf mit der Sehnsucht nach den versunkenen blauen Bergen und den dunklen Seen, darin sich die schwarzen Tannen und die lichten Wolken spiegelten. Er hörte die Hirsche brünstig schreien und vernahm das verschlafene

Girren eines Vogels, die Zweige huben leise zu rauschen an und die wilden Wasser sangen brausend darein. Darob wollte ihm schier enge ums Herz werden vor Heimweh; wenn er jedoch wieder auf dem Rücken seines Pferdes saß und die Welt um ihn leuchtend und lockend prangte, meinte er, daß er dieser brennenden Sehnsucht entfliehen könnte und entlaufen. Er ritt weiter, immer weiter, und es schoben sich viele Berge und Täler, Städte und Dörfer zwischen den Burschen und die armseligen Hütten, die er seine Heimat nannte und die auf so kargem Boden standen, daß dort nur ein Leben der Armut und der Plage auf den steinigen Feldern wuchs.

Doch konnte er die Sehnsucht nicht ersticken, und das Herz hämmerte schwer in seiner Brust. Frau Fortuna aber, die Herrin all des fahrenden Kriegsvolkes, welche diejenigen, die um ihre Güter und Gaben buhlen, höhnisch verwirft und zertritt, lächelte dem Burschen mit den traurigen Augen zu und wollte ihn mit ihren Geschenken gar bald zum Lachen bringen.

Das Trüpplein, mit welchem der Christopher ritt, gehörte zu einem größeren Heerhaufen, der unter einem Obristen stand, einem streitbaren Herrn, dessen Sinn nach mehr stand als elende Dörfer auszuheben und zu plündern. Der Herr hatte es sich in den Kopf gesetzt, eine der festen Städte zu nehmen, welche ihm und seinen Truppen schon allzu lange zu trotzen gewagt hatte, und er meinte, er könne so dem bösen Kriege eine entscheidende Wendung geben.

Aus diesem Grunde hatte der Obrist all das streifende Kriegsvolk des offenen Landes zusammengezogen und legte es wie einen eisernen Ring um die Stadt. Sie lagen manche Woche vor der Feste und warfen Pechkränze und schweres Geschoß in ihre Mauern, so daß einzelne Stadtteile völlig vernichtet wurden und niederbrannten, sie ließen kein Brot hinein und gruben das Wasser ab, daß die Menschen schwach wurden vor Hunger und Durst. Als dies einige Zeit so gegangen war, glaubte der Oberst, daß die Zeit reif sei, und er die Stadt im Sturme nehmen könne. Er ließ zum Kampfe blasen und ritt mit den Seinigen gegen die Tore an.

Die Männer in der Stadt waren freilich durch Hunger und Not geschwächt, doch waren ihrer viele, da sich allerhand Landvolk in die feste Stadt geflüchtet hatte, und den Belagerern wurde ein heißer Empfang bereitet. Der Oberst, der es den Seinen an Kühnheit zuvortun wollte, ritt voran und rang bald im ärgsten Gewühl der Kämpfenden. Dabei fuhr ihm ein flinker Degen in die Hüfte, daß er bewußtlos vom Pferde sank, und wenn nicht der Christopher zufällig neben ihm gefochten und ihn mit starken Armen aufgefangen hätte, wäre es wohl um den prächtigen Herrn geschehen gewesen. So brachte ihn der Bursche in Sicherheit zu den Seinen. Da aber des Herrn Leibarzt nicht zu finden war, verband er selbst sorgfältig und geschickt die Wunden des Obristen.

Als der Christopher dies getan hatte, wartete er nicht auf Lohn oder Anerkennung, sondern überließ den Herrn verläßlichen Leuten und warf sich wieder in den Kampf, weil er meinte, daß dort sein Platz wäre. Doch hatte sich der Sieg inzwischen auf die Seite der Belagerer geneigt, und als der Bursche wieder auf dem Kampfplatze anlangte, war gerade eines der Tore gefallen und der Strom der Angreifer ergoß sich in die Stadt. Der Junge ward mitgespült. Er drang mit den anderen in die Gassen und die hohen Bürgerhäuser, er riß gleich ihnen Seide und dunklen Samt aus den eichenen Truhen, und er zerbrach wie sie köstlich edles Hausgerät. Schimmernd schmale Kelche zerklirrten unter derben Fausten gleichwie die Zartheit und Süße der Frauen, deren Männer tot auf den Wällen lagen.

So wurden in dieser Nacht alle die lieben, gütigen Dinge, die das Leben froh und freundlich machen, mutwillig zertreten und geschändet, und nur rotes Gold und blitzendes Geschmeide schien den wilden Gesellen wert, daß man es sorglich gewinne und bewahre. Da die eroberte Stadt aber reich gewesen und einen regen Handel betrieben hatte, fanden sie viel von der Art, und auch des Christophers Schubsack ward prall gefüllt mit goldenen Ketten und glänzenden Dukaten.

Als die Burschen des Abends taumelnd und trunken beim Weine saßen, fragten sie einer den andern, was er mit dem neuen Reichtum beginnen würde. Da wollte der eine ein Schloß erwerben und der zweite die schönste Dirne gewinnen; der wünschte dem Kriegshandwerk zu entsagen, um seinen zusammengeraubten Schatz in Ruhe zu verzehren, und der vierte wollte es den großen Kriegsmännern gleichtun und mit seinem gefüllten Beutel ein eigen Fähnlein anwerben. So ging es wirr durcheinander von allerhand Planen und Hoffen. Der Christopher aber wurde still und es kam ihm in den Sinn, daß er mit dem Golde sein Dorf wiederaufbauen und die Heimat wiedererlangen könne.

Am nächsten Morgen stahl er sich heimlich von seinen Kumpanen davon und ritt, so schnell ihn sein Rappe trug, den Bergen zu, hinter denen seine Heimat lag.

Nach langen Tagen erreichte er den Saum des Waldes. Die Luft war schwer vom Harzgeruch und dem Duft, den die Fichten ausströmen, wenn die Sonne auf ihnen liegt. Die heimatlichen Berge waren als grüne Wand vor dem Burschen aufgerichtet, und er ritt gegen die dämmernden Hänge und wogenden Wälder, als läge hinter ihnen das Heil der Welt.

Doch war der Wald anders geworden als ehedem. Die mächtigen Fichten legten ihre dunklen Zweige quer über den Weg des Reiters und ungefüge Felsblöcke sperrten den Pfad. Brombeer- und Himbeerranken, unter denen einst der Knabe geschmeidig hindurchgeglitten war, schlangen sich um die Beine des Pferdes und hielten es zurück. Buchfink aber und Gimpel, Meise und Drossel verstummten erschreckt, als sie die Hufe aufschlagen hörten, und flatterten in ihre Schlupfwinkel.

Da sprang der Junge vom Rößlein und nahm es bedachtsam am Zügel, daß es nicht das zarte Moos zertrete und die Seide der blauen Glockenblumen zerreiße. Unhörbar, leise, zog er mit seinem Pferde durch den Wald, doch die Vögel kehrten nicht wieder und hielten ihn nicht mehr für ihren Bruder und Gefährten wie dazumal, als er noch ein winziges Stück des Waldes war, der sich ohne Ende und ewig um die gestreckten Bergrücken legte. Nur die Waldbäche rieselten und gluckſten wie ehedem, und die Sonne spann ihre Strahlen durch das Gezweig.

Weil nun der Wald so traut war und so fremd zu gleicher Zeit, wurde das Herz des Jungen sonderbar angerührt, und wenn er nun froh und voll Zuversicht durch das freie Land nach Hause gestrebt hatte, so sank nun sein Mut, und das Gold, um das die Welt da draußen tanzte und diente und bittere Kriege führte, schien ihm hier nichts mehr denn ein eitles Spielzeug. —

Als es Abend wurde, traten die Bäume des Waldes zurück und die Lichtung, in deren Mitte das Dorf ruhte, lag im letzten Sonnenglast vor dem Burschen. Der wagte zunächst nicht, den Blick zu der geschändeten Gotteserde, welche er nur in bangen Träumen geschaut, zu erheben. Einige Herzschläge lang verharrte er schweigend mit gesenktem Blick, dann sah er auf, und die Augen wollten ihm übergehen.

Ueber den zerstampften Gefilden war eine Saat aufgegangen, und die Halme des blühenden Korns schwankten leise im rötlichen Licht, indes der feine Staub ihrer Blüten gleich einer leichten Wolke über den Feldern schwebte.

Jenseits der Gräser leuchtete das Dorf. Doch die Trümmer waren verschwunden, An der Stelle der moosbewachsenen Hütten waren neue Häuser aus frischem Holz aufgerichtet worden. Die scheidende Sonne spielte in ihren Scheiben und legte einen stillen Heiligenschein um Felder und Gärten und das schlichte Tagewerk der Waldbauern.

Befangen stand der Bursche. Wie verloren ließ er sein Pferd gegen das Dorf traben, an dem Haus der Mutter vorbei, in dessen Garten der Star sein Liedchen pfiff. Er achtete dessen nicht und ritt wie im Traume weiter nach dem Hause des Richters, der einst den harten Spruch gesprochen, damit dieser ihn vom Fluche löse.

Als der Christopher das Haus des Vorstehers betrat, sprach der Hausherr gerade mit seinem Weibe und dem Gesinde in der großen Stube das Gebet vor dem Abendbrot. Eine dampfende Schüssel mit Milchsuppe stand auf dem schweren Tisch und ein schöner Laib des braunen Brotes der Waldbauern lag daneben.

Der Alte ließ sich durch den Eintretenden nicht stören. Er sprach sein Gebet ruhig und fest zu Ende, und dem Burschen schien es, daß sich nichts in dem stillen Gesicht geändert hätte, seit er es zum letzten Male gesehen, und daß alle die Runzeln und Falten immer noch die gleiche Mischung von Härte und klarer Ruhe in sich trügen.

Christopher ward wohl aufgenommen und ihm ein Platz am Tische angewiesen, daß er mit dem Herrn und dem Gesinde das Brot teile. Doch konnte er nicht ergründen, ob er bloß aus alter Sitte einen Gast, der Einlaß gefordert hatte, auch bei den bösen Zeitläuften nicht von der Türe weise. So oft er aber auch den Blick zu dem Hausherrn erhob, so konnte er doch den unbewegten Zügen kein wohlwollendes Zeichen der Freude ob seiner Wiederkehr noch ein Merkmal des Erschreckens um des unbekannten Gastes willen entdecken.

Als das Mahl eingenommen war, stand die Frau mit dem Gesinde auf und verließ den Raum. Nur der Fremde und der alte Richter verblieben bei dem Tisch, und als der Junge aufsah und den kühlen Augen des Mannes begegnete, wußte er, daß ihn dieser vom Anfang an erkannt hatte, ihm aber die Verzeihung weigerte.

Darob stieg eine wehe Bestürzung und harter Trotz in dem Burschen auf und er wollte erweisen, daß er nicht als elender Bettelmann in seiner Väter Heimat zurückkehre. Er setzte

den Beutel mit den Dukaten auf des Vorstehers Tisch, gerade vor dessen auf der Eichenplatte verschränkte Hände hin, und er hub an zu sprechen von dem großen Heimweh und von der Gewalt des Goldes, um das die Welt jenseits der Wälder wie um einen mächtigen Götzen tanzte und buhlte. Und es schwang wie ein leiser Hochmut gegen den schlichten Bauern mit, der, so wollte es ihm auf einmal scheinen, die Macht der blanken Münze nicht ehrte und sich nicht darum scherte, daß mit diesen glänzenden Goldstücken das Dorf reicher und schöner aufgebaut werden könnte, als es je gewesen. Was waren die aus frisch geschlagenen Stämmen neu erbauten Hütten gegen das, was aus dem ledernen Beutel des jungen Kriegsmannes springen mochte?

Der Alte hatte schweigend zugehört. Als der Christopher geendet hatte, schob er mit ruhigem Griff den Beutel zu dem Burschen zurück und hieß ihn, das Sündengeld wieder wegzupacken. Die Waldhäuser brauchten sein Gold nicht. Die Menschen im Dorfe hätten aus eigener Kraft die neuen Häuser aufgerichtet, und sie wären ein fester Schutz und Schirm gegen Wetter und Unbill und für die tägliche Arbeit der Leute wohl geeignet. Das Leid aber, das er durch sein Vergehen über das Dorf gebracht, könne er mit dem Golde nicht lösen und die Toten nicht wieder lebendig machen.

Der Richter war aufgestanden. Er hatte dem Burschen seine Gründe dargelegt und bewiesen, warum der Sünder seine Schuld rechtens nicht mit blinkendem Gold lösen könne. Nun hob er die Rechte und wies dem Heimgekehrten die Schwelle, daß er seine Heimat verlasse. Und wenn auch die Worte des Alten hart und ohne Erbarmen klangen, so lag doch über dem Manne die Ruhe der alten Waldbäume, die nichts von dem Leide und der Freude der Menschheit wissen, sondern nur still und unbeirrt ihre Säfte durch den Stamm kreisen lassen und ihre Wipfel zum Himmel erheben.

So hatte der Christopher zum andern Male die Heimat verloren. Langsam zog das Rößlein seine Straße, und allmählich versanken der Wald und die Berge und nur eine schmale blaue Linie stand noch lange am Himmel hinter dem Reitersmann, bis auch sie schließlich in der sommerlichen Luft verzitterte und verschwand.

Als der Junge nach langen Tagen in die Gegend kam, wo seine Kameraden im Quartier lagen, hatte das Leben für eine getäuschte Hoffnung eine neue Gunst für den Christopher ersonnen. Der Oberst, dem er vor Wochen das Leben gerettet, hatte den geschickten jungen Menschen suchen lassen, und als Christopher wieder zu seinem Trüpplein stieß, ward er zum Obersten gebracht und von diesem zu seinem Feldscher bestellt, der ihm immer zur Seite zu bleiben hatte.

Dem Burschen mochte diese neue Wendung in seinem Leben gar wohl behagen. Das Raufen und Stechen war ihm nachgerade bitter verleidet worden. Viel lieber mochte er heilen und helfen und zu dem, was er wußte, immer neue Erfahrungen sammeln. Dabei wuchsen seine Geschicklichkeit und sein Ansehen immer mehr, und er konnte es mit manchem gelehrten Doktor der Hohen Schulen aufnehmen.

Indes lief der böse Krieg noch einige Jahre weiter, doch starben ihm unter den Händen allmählich seine eigenen Söldner weg, und so geschah es, daß der Krieg schließlich, von allen bespien, verröchelte wie ein zuschanden geschossenes Raubtier. Als Land und Städte schier menschenleer geworden, erklangen endlich die Friedensglocken, und das Soldatenvolk, das so stolz und verächtlich über die gequälte Erde geritten, war ein Spott geworden und ein armes Bettelvolk. Sie wurden nach Hause geschickt, und da die meisten weder Heim noch Herd kannten, trieben sie sich als arge Plage auf den Straßen umher.

Der Obrist freilich, in dessen Diensten der Christopher stand, hatte sich in den harten Zeiten Gut und Land erworben, und als die anderen in alle Winde zerstreut wurden wie welkes Laub, zog er sich in sein kleines Reich zurück, wohin er den Christopher als seinen Leibmedicus mitnahm und ihn in guten Ehren hielt.

Der Arzt bekam ein Haus in der Nähe des herrschaftlichen Schlosses zugewiesen, und da er ein geschickter Mann war und die Zeit nicht viel nach Schulen fragte, gingen bald vornehme Herren und edle Frauen bei ihm ein und aus, die seinen Rat und seine Hilfe in den Gebresten des Leibes suchten. So kamen Geld und Gut in das Haus des Meisters, und es lagen kostbare Teppiche auf seinen Treppen, weißliches Zinn schimmerte über den Borden und mächtige Leuchter flammten vor glänzenden venezianischen Spiegeln.

Der Mann selbst trug ein dunkles, knappes Wams und einen breiten weißen Spitzenkragen wie die Herren vom Stande und speiste an ihren Tischen. Trotz seines Glückes aber blieb das Ohr des Arztes dem Schrei der Armen offen, und er diente ihnen mit seiner Kunst in gleicher Treue wie den Reichen, eingedenk dessen, daß er der Sohn eines armen

Bergbauern gewesen war. Er nahm kein Weib, da es ihn deuchte, er wäre nur ein Gast in dem prächtigen Hause der Fremde. All sein Sinnen und Trachten war seinem Werke zugewandt, und die Mühen seiner Tage waren gesegnet, wie es häufig bei denen geschieht, die eine unerfüllbare Liebe oder große Sehnsucht im Herzen verschließen und denen das Leben diese Erfüllung spendet, weil es ihnen die andere weigert.

Die Zeit lief weiter. Gott aber hat nicht nur den einen richtenden Reiter, den die Menschen zitternd Krieg nennen, über die Erde gesandt. Es folgten ihm drei grausige Brüder, die der Hunger heißen, der Tod und die Seuche. Der Arzt Christopher hat mit diesen dreien bitterlich kämpfen müssen, und wo der Hunger einfiel, da standen auch die Seuchen auf und der Tod hafte reichliche Ernte.

Dem Christopher wollte gar oft seltsam ums Herz werden, wenn zarte Jüngferlein und stolze Knaben unter seinen Händen dahinstarben und er mit all seiner Kunst das fliehende Leben nicht halten und bannen konnte. Der Mann, der seinen Sinn an keinen Menschen seines Blutes gehängt hatte, weil er verstoßen und geächtet aus seiner Heimat gejagt worden war, trug eine gleichmäßig starke Liebe zu allen Geschöpfen in seinem Herzen, und sann und forschte lange Tage und Nächte einem Mittel nach, durch das dem großen Sterben, das über die Menschen gekommen, Einhalt geboten würde. Er suchte heilkräftige Pflanzen, preßte und mischte ihre Säfte und zerrieb ihre Fasern, er kochte und dämpfte ihre Blätter und Würzelchen und fand nicht Rast noch Ruhe, bis er einen Trank gefunden, der, wenn er auch nicht die Seuche an einem von ihr Befallenen heilen konnte, doch, rechtzeitig eingenommen, den Leib schützte und vor dem Ausbruch der Krankheit bewahrte. Damit nun der rettende Saft nicht zu spät angewandt werde und so seine Wirkung verfehle, ritt der Medicus Tage und Nächte durch das freie Land, um schneller zu sein als die Seuche und die zu retten, welche der schwarze Tod noch nicht angerührt hatte. —

Eines Tages, als der Christopher in ein verlassenes Dorf einritt, kam er mit seinem Heilmittel zu spät; der schwarze Tod war schneller gewesen und hatte sich auf Stühle und Bänke und an die Tische gesetzt. Er hockte in allen Winkeln und Kammern des Ortes, und alles Leben war erstorben.

Als der Mann aus dem Walde über dem Dorfe hervorgeritten war, hatte er sich an dem Bild der friedlich im Sonnenschein ruhenden Hütten erquickt und der mittäglichen Stille. Doch brachte ein Luftzug aus dem Tale den süßlichen Geruch von Verwesung mit, der sich mit dem Duft der sonnenbeschienenen Fichten mischte. Dem Reiter preßte es auf einmal das Herz zusammen, und die Stille, welche ihm vordem milde zugelächelt, schien ein zum Sprung geducktes Tier. Er kämpfte das aufsteigende Grauen nieder und ritt über die sonnige Landstraße in das Dorf, über dem der Geruch der Fäulnis wie eine schwere Wolke stand. Es griff in der brütenden Mittagsglut das Elend und die Trostlosigkeit alles Seins nach ihm, und sein Leben wollte ihm leid werden. Er glitt ermüdet vom Pferde und schritt auf das nächste Gehöft zu. Hier riß er die Türe auf. Da fand er die Toten, wie sie der Würger erreicht hatte, an Tischen und auf Stühlen und bei ihrer Arbeit in der Küche und im Stall. Einen Herzschlag lang stand Schweigen im Raum, dann summten die eklen Fliegen durch die Stille, und es war, als ob die Toten noch einsamer und elender hingemäht lägen. Aus dieser Stille aber der Toten und der Verwesung floh der Christopher, der ein Krieger gewesen war und manchen im frischen freien Feld gefällt hatte, und der ein Arzt war und viele die Augen hatte schließen sehen.

Er wandte sich nach den Ställen, um zu sehen, was der Tod mit dem Vieh getan, nachdem er die Menschen nicht geschont hatte. Da fand er all das Hausgetier verhungert und verendet an den leeren Krippen liegen, denn es hatte ihnen seit Tagen keine Menschenhand Wasser oder Futter gereicht; nur die Bienen summten wie trunken in der schwülen Sommerluft um die leuchtenden Blumen der Vorgärten. Das Lied der Bienen aber in seiner Sommerseligkeit im Lande der Toten sang dem Christopher mahnend in den Ohren, und er wußte nicht, ob es nicht das aufgeregte Blut war, das in seinen Adern schlug. Er sah auf einmal die Reihen der Bienenstöcke in den Gärten seiner Heimat und sah die Bienen in hellen Schwärmen nach dem Walde aufsteigen. Er roch auf einmal den herben Harzgeruch der Wälder, und die wilde Angst erwachte in seinem Herzen, daß in dem Dorfe, das er seine Heimat nannte, weit hinten in den Wäldern, die Toten ebenso verlassen und einsam liegen müßten und nur das freie Volk der Bienen gleichmäßig über den Gärten schwebe.

Als der Christopher das fremde Dorf verlassen hatte und seinem Haus und Heim zuritt, meinte er bei sich, er könnte es wagen heimzukehren, und wenn er den Menschen die Gesundheit bringe und sie vor dem Tode be-

wahre, dürfe er sich wohl auch das Recht erkaufen, in der Heimat leben zu dürfen.

Nachdem er dies bei sich erwogen und beschlossen hatte, die Angelegenheit zu unternehmen, trat er vor seinen Herrn hin und erbat sich Urlaub. Doch versprach er, genug von seinem heilkräftigen Mittel zurückzulassen, daß andere in seinem Namen die Krankheit weiter bekämpfen könnten.

Da der Herr nun die Unrast in seinem vielgetreuen Diener sah, ließ er ihn, wenn auch schweren Herzens, ziehen. Christopher packte das Kräftigste und Beste, was er an Arzneien hatte, in einen festen Kasten, den lud er auf ein Saumpferd und ritt der Heimat zu.

Als der Christopher an den Rand des Waldes kam, war alles wie ehedem und die Zeit schien stille gestanden zu haben. Der Wald lag wie ewige grüne Wogen über den Hängen und Bergen, die sich hintereinanderschoben und blauer und blauer dämmerten, je ferner und höher sie ruhten. Der letzte und zarteste Rücken aber trug Flocken glitzernden Eises und schien mit seinem Blau und Silberweiß ein Teil der ziehenden Wolken zu sein, die sich am Gebirge verfangen und nun verwunschen waren, ein Stück der armen, gequälten Erde zu heißen.

Am Eingang des Waldes standen die hohen Fichten und Tannen und hielten strenge Wacht, daß keiner, der nicht die Demut vor dem Walde und der Stille im Herzen trage, seinen heiligen Boden betrete. Gestürzte Baumriesen lagen über Christophers Pfad und Wasser und Steine weigerten ihm den Weg. Fremde, schrille Tierrufe klangen aus dem Dickicht und seltsame, fast vergessene Vögel hockten auf den Zweigen und starrten ihn mit bannenden Augen an. Mächtiger und dräuender schienen die Bäume geworden zu sein, die Tiere größer und rätselhafter, und in des Mannes Herzen stieg neben der stillen und frommen Liebe zu seinem Kinderland auch ein leises Bangen und eine fremde Scheu auf, wie sie auch zwischen Liebenden aufstehen mag als heimliche Angst vor einer großen Gewalt.

Der Christopher aber erzwang sich die Heimkehr gegen Wasser und Steine und Bäume, denn er war in seinem Herzen dessen gewiß, daß die Heimat dem Sohne, der ihren Menschen die frohe Gesundheit schenken würde, nicht mehr grollen könnte.

Des Abends trat der Wald zurück und die Lichtung der Einödbauern lag vor dem Manne gebreitet. Wieder schimmerte die liebe Sonne über den Häusern, und der Gesang froher Menschen wehte zu ihm herüber, als er am Waldrande stand. Ob des Liedes aber ward das Herz des Christopher freudig bewegt, denn nun wußte er, daß die Seuche noch nicht durch den Wald gedrungen und es noch Zeit wäre, zu retten und zu helfen.

So ritt er denn frischen Mutes die Dorfstraße entlang und an seiner Mutter Haus vorbei. Doch da waren die Scheiben verhangen, und fremde Menschen schafften im Vorgarten. Er aber zog weiter bis vor des Richters Haus, daß dieser ihn von seinem Fluche befreie.

Es war Abend, wie damals, als der trotzige junge Krieger zurückgekehrt war, und wieder saß der Alte mit seinem Gesinde beim Abendbrote. Vielleicht waren manche von denen verschwunden, die damals mit dem Christopher das Brot geteilt hatten, doch waren andere an ihre Stelle getreten mit ähnlichem Schnitt der Gesichter, gleicher Kleidung und denselben, etwas schwerfälligen, ruhigen Bewegungen. Als der Eintretende den Greis zu Häupten der Tafel mit seinen Kindern und Enkeln und Knechten an dem schweren Eichentisch sah, vermeinte er, daß er gestern erst hier um seine Heimkehr gefleht und zurückgewiesen worden war.

Zum anderen Male wird der Christopher geheißen, mit Menschen seines Blutes das Brot der Heimat zu essen, und er genoß es ehrfürchtig und fromm, als träte er zum heiligen Abendmahle und erwarte seine Erlösung. Als das Mahl geendet und das Dankgebet gesprochen war, verließen alle die Männer und Frauen die Stube, und nur der Alte blieb mit dem Gast zurück.

Der Christopher aber hub zu sprechen an von der grausen Seuche und dem harten Sterben ringsum im Lande und von seiner zehrenden Sorge, daß der Tod auch die Waldhäuser finden könnte. Dann sprach er von seinem Werke, seinem Sinnen, Sorgen und Schaffen und daß Gott sein Tun gesegnet und ihn das Tränklein habe finden lassen, das vor der bösen Seuche bewahre. Um dieses Heiltranks willen aber sei er durch die Lande gefahren, damit er seine Heimat und das Dorf vor dem harten Sterben erlöse.

Der Alte hatte schweigend zugehört, dann erwiderte er leise, ohne besondere Strenge, aber mit großer Festigkeit, daß der Christopher auf diese Weise die Heimkehr nicht erkaufen könne. Die Seuche wäre schon vor einiger Zeit durch das Walddorf gegangen. Da die Menschen im Werke oben ein ärmliches, aber ordentliches und sauberes Leben führten, hätte sie nicht viel vermocht. Einige Alte wären wohl gestorben, auch des Christophers

Mutter sei darunter gewesen, und hingesunken wie welke Blätter. Die andern jedoch hätte ihr gesundes, starkes Blut geschützt und die Krankheit hätte sich gebrochen und sei vorübergezogen. Es sei aber bekannt, daß die Seuche dorthin, wo sie gewütet, nicht mehr wiederkehre. Die Menschen aus den Waldhäusern bedürften auf diese Weise nicht der Tränklein des verlorenen Sohnes, er möge sie nur weiter den Großen dieser Welt spenden.

So hatte sich dem Christopher die Heimat zum andern Male versagt, und der Greis, der ihn von deren Schwelle wies, wußte nicht, daß er hart war, so wenig wie der Wald von Güte und Bitternis weiß.

Der Christopher ritt wie ein Gebrochener aus dem armen Lande der Wildnis, der knorrig verklammerten Bäume und der zerrissenen Felsblöcke, aus deren hartem Leib zartschimmernde Blüten aufwuchsen und denen tief purpurne und schwarze Schmetterlinge schwebten. Doch vermochte er es nimmer, zu seinem früheren Herrn zurückzuziehen, sondern er blieb in einem der Dörfer der Ebene vor dem Walde. Hier mietete er eine Stube und half und heilte, wo die Not nach ihm schrie.

Aus seinem Fenster sah er das Meer der Wälder. Wie versteinerte Wogen lagen die blauen Rücken der Berge, und nur wenn der Wind darüberhinwanderte, schwoll der Ton einer leisen Brandung bis in die Ebene. An klaren Sommertagen schlich der Christopher unter den Stämmen an Saum des Waldes und sammelte Wurzeln und Kräuter zur Heilung von vielerlei Gebresten des Leibes ... Da schien es ihm, dies weite grüne Meer hätte ihm diese Almosen vor die Füße gespült, so wie die Flut der bewegten See ihren Kindern Bernstein und seltsame Muscheln in den Schoß wirft.

*

So gingen viele Jahre. Der Wald steckte im Frühjahr die lichten Fahnen seiner Birken aus und er trug im hohen Sommer sein schweres blaues Gewand, er flammte im Herbst im brennenden Rot und lag im Winter unter glitzerndem Weiß begraben.

Auch den Christopher zeichneten die Jahre. In sein braunes Haar begannen sich weiße Fäden zu spinnen, indes die Sehnsucht in seinem Herzen schmerzlicher brannte und verzweifelter als je zuvor, und er glaubte, er könne es nicht ertragen, wenn er sterben müsse, ohne die Heimat wiedergesehen zu haben und dort schlafen zu dürfen.

An einem hellen Frühlingstage, als der Kuckuck rief und die Drosseln lockten, konnte der Alte nimmer widerstehen. Er war in seinem Hausgarten gestanden und hatte sich an den schönen Aurikeln und den gelben Krokussen auf den schmalen Beeten erfreut, als der Vogelruf aus dem fernen Walde in seine Seele gefallen war. Er hatte langsam den kleinen Spaten, mit welchem er die Erde gelockert, fallen gelassen und war wie im Traume dem Vogelruf nachgegangen, ohne Wegzehrung und Reisekleid, nur der Sehnsucht seines Herzens nach.

So wanderte er dem Locken der Vogelstimmen nach und den rieselnden Wassern, welche als schimmernde Fäden aus den Wäldern durch das Wiesenland quollen, denn wenn es auch in der Ebene schon heller Frühling war, so lag in den Schründen und Schneißen der Berge noch später Schnee, der sich erst zögernd in der steigenden Sonne löste.

Als der Christopher an den Wald kam, da hatten die Lärchen ihr lichtes Grün übergeworfen und ihr herber Duft mischte sich mit dem Geruch feuchten Laubes und dem schweren Atem des Waldes. Die Tannen und Fichten hatten frische Spitzen angesetzt und die Föhren neue Kerzen aufgesteckt, Anemonen und Leberblümchen standen wie kleine Brautjungfern am Wege und den Mann dünkte es, es wäre ein großes Fest und eine fröhliche Feierlichkeit wie ein neuer Sonntag über die Welt gekommen, und er schritt fromm und still über Wurzeln und Steine und an den zarten Ranken vorbei, als fürchte er eine zu verletzen und den heiligen Frieden zu stören.

So kam der Alte nur langsam vorwärts, denn er mußte auf das Gurren der Wildtauben und den Drosselruf horchen und an der alten Seidelbaststelle am Buchenschlag, die ihm aus der Kinderzeit noch vertraut war, bei den Blüten niederknien und sein Antlitz tief, tief zu ihren zarten Häuptern neigen. Er wurde an diesem Tage wieder ein Geschwister von Pflanze und Stein und Tier, und als er ermüdet eine kurze Weile an einer Sonnenstelle ruhte, liefen die Eidechsen an seiner Hand entlang wie ehedem, und die Rehkitze schritt mit ihren beiden Kälbchen an ihm vorbei, als wäre er ein Baum oder Zweig oder ein lebendig Stück des unergründlichen Waldes.

Es war Nacht geworden, als Christopher aus dem Walde heraustrat. Nebel brauten über den Feldern und Wiesen des Dorfes, und der Mond schwamm still am Himmel. Dann wandert solch eine Bauernseele langsam Kein Licht drang aus den Fenstern der Häuser, und der Heimkehrer wagte nicht, zu dieser Stunde an eine Türe zu pochen.

Er sah sich nach einem Unterschlupf um und gewahrte einen festen Stall aus Baumstämmen in der Nähe des Waldes, wo man wohl in der Sommerzeit die Tiere von den Weiden unterbrachte. Das mochte ein zureichendes Obdach für den wegmüden Wanderer sein; er tastete sich im Mondlicht in den engen Raum und fand eine Strohschütte, auf welche er sich erschöpft niederwarf.

Der Christopher hatte lange nicht so tief und wohlig geschlafen wie in der ersten Nacht in der Heimat, und als er erwachte, stand die Sonne schon hell und leuchtend am Himmel und legte einen gelben breiten Balken in den Stall.

In diesem Lichte nun sah der Mann, daß er nicht allein in der Hütte genächtigt hatte. In einem Winkel des Raumes lag auf einem Bund Stroh eine Ziegenmutter mit drei Zicklein, welche am Tage zuvor geworfen haben mochte. Die Tiere merkten den fremden Gast nicht, und dieser betrachtete mit heimlichem Ergötzen, wie hilflos und weich sich die jungen Tiere an die Mutter schmiegten, um dort Wärme, Schutz und Nahrung zu empfangen, indes die gelbe Sonne ihren warmen Mantel um das bergende und das geborgene Leben legte.

Lange mochten des Christopher Augen an dem schlichten Bilde gehangen haben, doch fuhr er mit einem Male auf, denn ein schwerer Schatten hatte sich in die offen stehende Türe gedrängt und das Licht von den Tieren geschoben. Erschrocken sah der Greis nach dem Eingang und gewahrte eine riesige, magere Bärin, wie sie nach den langen Wintern in unseren Bergen aufstehen und hungrig nach Beute suchen. Sie strebte mit täppischen Schritten nach der Ziege und ihren Zicklein.

Darob fiel den Mann die heiße Angst an, daß dies Stück warmen Lebens seiner Heimat vernichtet werden sollte. Er sprang auf und warf sich der Bärin entgegen. Da wandte sich das Tier von den Zicklein, breitete seine Tatzen wie Arme aus und drückte den Mann zu Tode, daß sein Haupt schwer nach hinten sank.

Aus des Toten Leib stand seine Seele auf, um vor Gott zu treten und ihr Urteil zu empfangen. Doch hielt es der Christopher nicht anders als die Seelen der Bauern dort oben im Walde, die sich nicht so rasch von Heim und Wald lösen können, und ehe sie scheiden, abschiednehmend einen prüfenden Blick in den Stall werfen und ein letztes Mal durch den Obstgarten und die Felder schweifen. Dann wandert solch eine Bauernseele langsam und bedächtig durch den Wald und betrachtet noch einmal all seine Dinge scharf und einprägsam, um dann endlich den steilen Hang zu besteigen, der über dem Dorf aus all den niedrigeren grünen Wellen hochragt und den Blick über die weiten, unendlichen Wipfel freiläßt. Dort verharrt dann die Seele und saugt einige schwerfällige Atemzüge von dem Dufte der Wacholderstauden und Krüppelföhren ein, die hier zwischen Fels und niedrigem Gras oberhalb der mit Bäumen bestandenen Grenzen wachsen. Mühselig und schwer löst dann die Seele ihre Flügel und schwebt gegen die blaue Kuppel, die sich still und unbeweglich über den Gipfeln im Norden und im Süden spannt.

Die Seele des Christopher war aus dem gleichen Stoff geformt wie die der Bauern, welche daheim geblieben waren. Sie verließ wohl den Körper, aber sie wanderte doch voll heimlicher Sehnsucht durch das Dorf. Sie stand unter den blühenden Birnbäumen, und b ugte sich über die Wiegen der Kleinsten, sie schritt neben den Bauern an den Pferdekrippen vorbei und freute sich mit der Frau an dem fröhlichen Gegacker des Hühnervolkes. Dann löste sie sich vom Dorf und schwebte als Rauch durch den Wald, sie sah in die Nester der Meisen und blickte in die frommen Augen der Veilchen, sie flog mit den Sonnenstrahlen und war zu Gast bei den Hirschen und Rehen und den verwunschenen Eidechsen.

So hatte sich der Tag geneigt, als der Christopher zu dem Berge kam, von welchem die Toten seiner Heimat gen Himmel fuhren. Blauschwarz ruhten die Täler und die niedrigeren Ketten, indes die höheren Berghäupter noch im grüngoldenen Sonnenlicht lagen ebenso wie der Gipfel der Toten, dem der Christopher zustrebte, und von welchem ein seltsam seliges Leuchten zu fließen schien.

Nun ist den Sterblichen von altersher bekannt, daß Gott, der die Welt aus den wallenden Nebeln gehoben, all das Geschaffene liebt und diese Liebe mag wohl der einer Mutter ähneln, welche manchmal eine tiefe Sehnsucht treibt, den ruhigen, gleichmäßigen Atemzüaen ihres schlafenden Kindes zu lauschen. Aus dieser Liebe heraus steigt Gott zu Zeiten an stillen Abenden zur Erde hernieder und horcht auf den leisen Pulsschlag der Wasser und den sanften Atem der Wälder.

An diesem Abend nun, da der Christopher gestorben, war Gott in unser Waldland gekommen und hatte sich auf dem Berge der Toten auf einem mächtigen Felsblock niedergelassen, um von da mit gelassenem Bl'ck das endlose Land der Wälder unter der frühlingsblassen Himmelskuppel zu umfassen. Neben stand aufgerichtet und prachtvoll der Erz-

engel Gabriel, und indes Gott in geruhiges Schauen der blauen Hänge und der wandernden Wolken versunken war, blickte der Erzengel prüfend in die Runde. Er ersah denn auch zuerst die Seele des Christopher, welche den Berg hinanwanderte.

Da neigte sich der Erzengel, denn er war voll der Gerechtigkeit und Milde, zu unserem Herrn und sprach leise: „Herr, der Christopher ist gestorben, und siehe, er hat seine Schuld durch den Tod gebüßt. Darf ich ihm künden, daß dein Himmel ihm offen stehe?“

Gott wandte leise das Haupt, und es stand eine heimliche Fröhlichkeit in seinen Augen, dann sprach er: „Gabriel, bist du dessen gewiß, daß die Seele dieses Menschen nach meinem Himmelreich begehrt? — Doch“, fügte er nach einem kurzen Schweigen hinzu, „magst du ihm gerne die himmlische Seligkeit verkünden, aber merk es wohl, in meinen Himmel zwingen wollen wir ihn nicht.“ Und er wandte den Blick wieder nach den blauen Weiten.

Indessen hatte der Christopher die beiden hohen Gäste erreicht. Er neigte ehrfürchtig sein Haupt und grüßte, doch war er nicht sonderlich erstaunt, den lieben Gott in den Bergen seiner Heimat anzutreffen, denn die Menschen jenes Landstriches sind es gewohnt, die Bilder Gottes und seiner Engel an Wegen und Stegen aufzustellen, und es nimmt sie nicht wunder wenn das Heilige in ihr tägliches Leben eingreift.

Als nun der Christopher sich verneigt hatte und ehrfurchtsvoll wartend stand, ob denn nicht das Wort an ihn gerichtet werde, hub der Erzengel an:

„Christopher, Mensch und Sünder, du trägst schwere Schuld auf deinen Schultern. Doch hast du die Liebe in dir wachsen lassen und dein Leben für ein geringes Geschöpf eingesetzt und geopfert. Um dieses deines Opfers willen kann ich dir frohe Botschaft künden, daß dir die Sünde vergeben und der Himmel geöffnet sei.“

Der Christopher stand versteint. Er wußte wohl, daß er danken und jubilieren sollte und Gottes Gnade lobpreisen, doch vermochte er dies nicht, denn sein Sinn war erfüllt von all den heimlichen Lauten des Waldes und der Süßigkeit und Herbe der Heimat. Da mochte ihm schier das Herz brechen, wenn er bedachte, daß er von all diesen Wundern scheiden müsse. Tiefes Schweigen lag über den Wäldern und Gott, dem Engel und der armen Seele, indes in den Bäumen dort unten ein Vogel verschlafen aufzirpte und dann wieder die ewige Ruhe über die Welt fallen ließ. In diese Stelle aber klang plötzlich Gottes Stimme, leise und eindringlich, und es war, als sprächen die Wasser und die Bäume und der Himmel:

„Sag, Christopher, begehrst du etwas Schöneres als meinen Himmel?“

Da brach es aus dem Christopher hervor, und er sprach zu dem stillen Gott, der nicht anders war als der Wald und die Wiesen am Abend und die klaren, tiefen Seen: „Gott, lieber Gott, versteh' und verzeih', doch sieh, ich bin ein ganzes langes Leben lang gewandert und habe meine Heimat gesucht. Vater, mir ist der Wald und mein Dorf mehr denn alle himmlische Seligkeit, und ich will nichts von dir erflehen, als daß du mich einen Stein sein lässest in der Heimat, der in die Erde wächst und über den die Füße der Menschen seiner Art hinwegschreiten.“

Christopher schwieg. Gott blickte über die Wälder, die er geschaffen; er sah die goldenen Abendwolken über den Bergen schwimmen, und er spürte das stille Leben, das in den Bäumen flutete und in den Tieren und den Menschen des Waldes. Er nickte Gewährung.

So kam es, daß die Leute des Dorfes, als sie am folgenden Tage nach der Ziege und ihren Jungen sehen wollten, die Tiere in Frieden fanden. Doch waren in dem weichen Lehmboden vor der Hütte die Spuren einer mächtigen Bärentatze zu erkennen, indes quer durch den Raum ein mächtiger Steinklotz lag. Weil aber gerade die neue Kirche des Dorfes, welche an der Stelle des von den Soldaten niedergebrannten Gotteshauses stehen sollte, im Bau war, mauerte man den großen Stein als Schwelle ein, so daß all die andächtigen Beter, die zu Gott strebten, über ihn, den demütigen Bruder hinwegschreiten mußten.

Und es traten seither vielerlei Schritte über den Stein, schwere und leichte, flinke und schwerfällige; wenn einer aber ungeschickt anstößt, dann tönt der Stein, als ob ein Lebendiges darin Antwort gäbe. Der Wald ringsum nimmt den Ton auf und trägt ihn weiter, und er singt mit all den Bächen, die in ihm quellen, und all den Blumen, die in ihm blühen, und all seinen hohen, dunklen Bäumen das Lied von der verlorenen Heimat und denen, die sie mit blutenden Füßen auf fremden Wegen suchen müssen, und vom Christopher, der sie gefunden hat.

Unser Preisausschreiben!

Das Preisausschreiben des vergangenen Jahres hat große Freude und Anteilnahme ausgelöst. So rufen wir heute zum zweiten „Wettbewerb des Geistes" auf und würden uns freuen, wenn die Beteiligung noch stärker als im Vorjahre wäre.

Es ist nicht Jedermanns Sache zu reisen und vom Flugzeug, Dampfer, Auto aus oder auf Schusters Rappen die Welt zu erforschen. Manch einer versenkt sich lieber in stillen Stunden in die weiten Gefilde der Vergangenheit und versucht diese zu deuten und zu erfassen. So wollen auch wir heute nicht über Meere und Kontinente reisen, sondern wollen mit kühnem Schwung durch die Zeiten der Geschichte fliegen, Vergangenes — doch nicht Verlorenes — ausgraben, Verklungenes — doch nicht Versunkenes — erkennen, Geschehenes — doch immer Lebendiges — aufzeigen. Es sind aus der unermeßlichen Zahl deutscher und europäischer Geschichte einige Beispiele herausgegriffen und in sinnvollen und prägnanten Wiedergaben aneinandergereiht worden. Worum geht es nun in unserem PREISAUSSCHREIBEN?

1. Auf den folgenden vier Seiten sind **fünfzehn** Bilder wiedergegeben, die Augenblicke aus der Geschichte festhalten. Es ist der Reihenfolge der Nummern nach bei jedem anzugeben:
   a) Was stellt das Bild dar?
   b) Wann geschah es?
   c) Welche Bedeutung hat es für die deutsche bzw. europäische Geschichte?
   Anerkannt werden von den eingesandten Bildlösungen nur die, bei denen alle drei Punkte, getrennt nach a-b-c angegeben sind.
   Bei falscher Angabe eines der drei Punkte gilt jedoch die Bildlösung als falsch.

2. Die Ergebnisse sind an fogende Anschrift einzusenden:
   Editorial Dürer
   Redacción "Der Weg"
   Casilla Correo 2398 — Buenos Aires.
   Das Blatt soll nur die Lösungen enthalten und am Fuße den genauen Namen und Anschrift des Einsenders tragen. Eventuelle Begleitschreiben werden auf gesondertem Blatt erbeten!

3. Termin für die Einsendungen: Argentinien bis zum 15. Januar 1949, amerikanisches Ausland bis zum 30. Januar 1949, übriges Ausland bis zum 10. Februar 1949. Maßgebend ist der Poststempel des **Aufgabeortes.** Sendungen, die trotz rechtzeitiger Aufgabe erst nach dem 28. Februar eingehen, können nicht mehr berücksichtigt werden.

4. Gehen mehr richtige Lösungen ein, als Preise vorhanden sind, entscheidet das Los. In diesem Falle findet die Auslosung am 28. Februar 1949 statt.

5. Gehen weniger richtige Lösungen ein, als Preise vorhanden sind, so erwerben diejenigen Einsender das Recht auf einen Preis bzw. Auslosung dazu, deren Einsendungen einer richtigen Gesamtlösung am nächsten kommen.

6. Die Veröffentlichung der Einsender richtiger Lösungen einer Mindest-Gesamtlösung erscheint im Märzheft 1949, die Zuteilung der Preise an die Gewinner erfolgt am 10. März 1949.

7. Die Entscheidung hat **in jedem Falle** die Schriftleitung des „Weg" und unter Ausschaltung jeglichen Rechtsstreites. Sie übernimmt auch jede notwendige Auslosung. Briefwechsel werden nicht geführt.

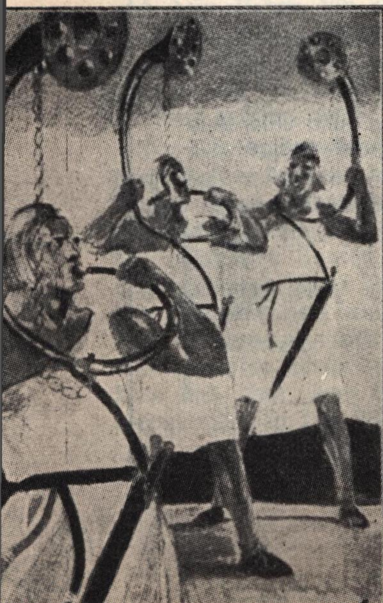
8. Für richtige Lösungen sind insgesamt **15 Preise** angesetzt, darunter als erste:
   1. Kaj Birket-Smith: **Geschichte der Kultur** 588 Seiten, 351 Abb. und Tafeln, 6 Karten, Zürich 1946.
   2. **Der Sprach-Brockhaus 1947.** Deutsches Bildwörterbuch für jedermann. Wiesbaden 1947.
   3. **Handzeichnungen europäischer Meister aus der Albertina.** 19 Facsimile-Tafeln, 9 Tafeln im Text. Bern 1948.
   4. **Die Werke von Joseph Freiherr von Eichendorff.** Zürich 1945.

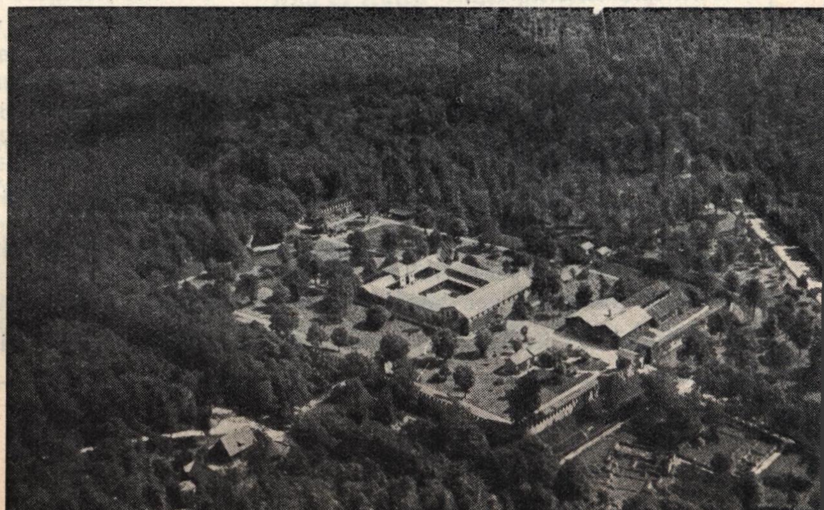
Und nun die Aermel aufgekrempelt, den Bleistift gezückt und — nachgedacht!

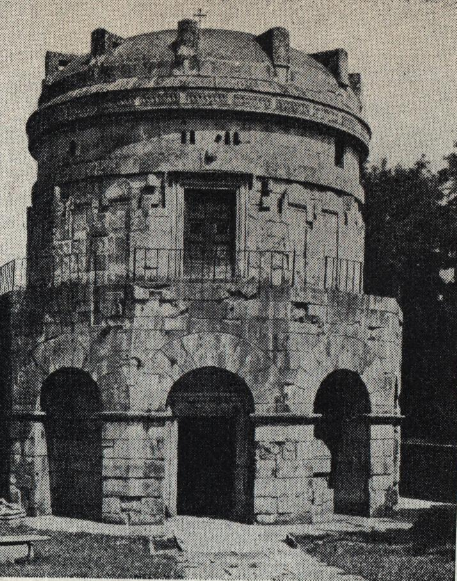



2

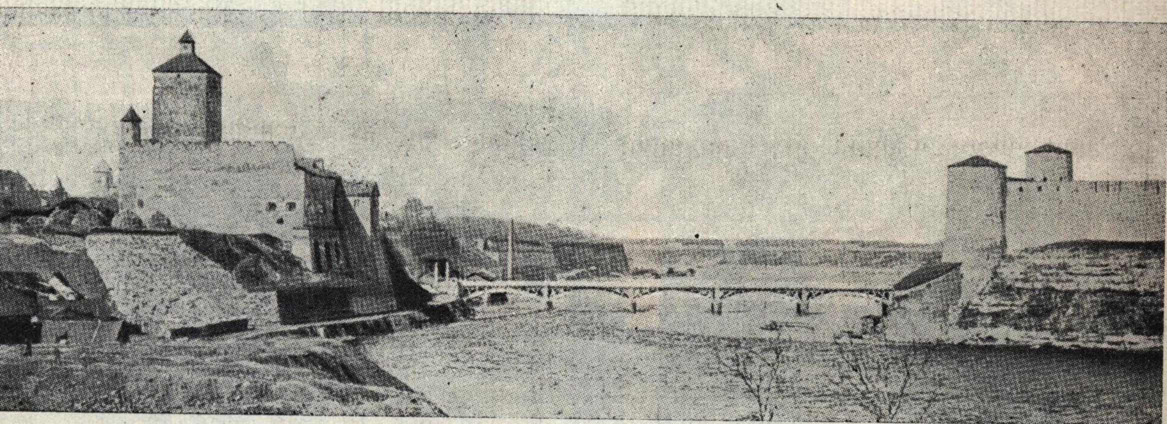






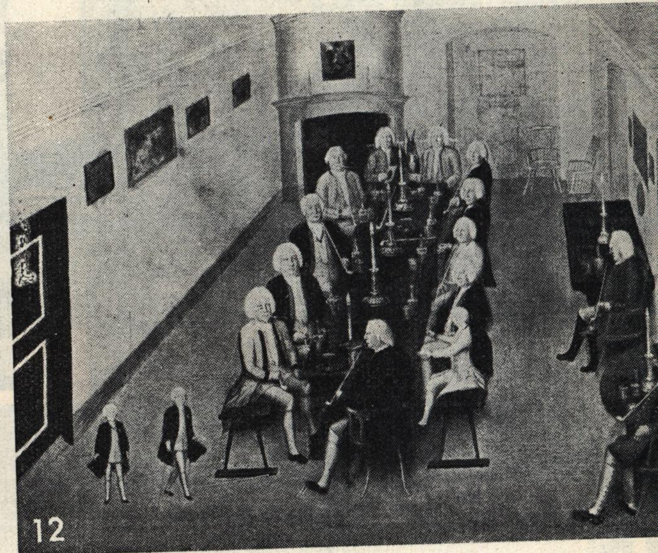



7



10







14



EINE WEIHNACHTSBITTE!

Wir treten in dieser Zeit vorweihnachtlicher Hochstimmung an die Gemeinschaft unserer Leser mit einer Bitte heran, die nicht uns gilt, sondern Menschen drüben, denen wir alle zu tiefstem Dank verpflichtet sind und denen es in sturmschwerer Zeit zu helfen gilt. Wir möchten einleitend der festen Zuversicht freudig Ausdruck geben, daß unsere Bitte von keinem Leser übergangen werden und daß sie zum größtmöglichen Erfolg führen möge! Darum aber geht es uns:

Leser aus Misiones und Paraguay veranstalteten eine Sammlung und übersandten uns den Geldbetrag mit der Bitte, diesen an Autoren in Deutschland weiterzuleiten, mit denen wir in Verbindung stehen. Wir danken diesen Spendern für ihre edle Tat, denn ihre Gaben haben viel Glück und Segen gebracht, und wir möchten diese großherzige Tat hier als Anregung für alle nocheinmal erwähnen. Nun ist aber der Kreis der uns bekannten Autoren sehr, sehr groß, so daß nicht nur Einzelspenden helfen können, sondern daß eine Gemeinschaftstat daraus werden muß.

Wir wissen um die bedrückende Not der deutschen Geistesschaffenden, die nach der Währungsreform noch viel ärger geworden ist. Wir wissen auch von dem ungemein kräfteaufreibenden Kampf um ihre Existenz. Es liegen zahllose Briefe vor uns, die davon berichten, nicht nur vom Schicksal des neben R. Strauß größten Komponisten der Gegenwart, Hans Pfitzners, der in einem Armenhause in München lebt (!), nicht nur vom schweren Ringen der heimatvertriebenen größten deutschen Dichterin, Agnes Miegel — nicht nur von Dichtern, die mit vier oder fünf Kindern in einem einzigen Raum und unter schwersten Bedingungen ein bitteres Leben durchkämpfen — nicht nur von solchen, die heute noch an den körperlichen Wunden darniederliegen, die ihnen bei ihrer Vertreibung aus der Ostzone zugefügt wurden — sondern darüber hinaus von dem ganzen Heer derer, deren Werke wir alle kennen und die heute, trotz des unvorstellbar harten Kampfes um das notwendigste Stück Brot doch wieder schaffen. Sie hungern und leiden, schaffen aber doch, schaffen so lange, als ihre Kräfte dazu noch reichen. Wie lange noch? B. Bürgel, W. Willrich, G. Schmückle, H. Spoerl starben in den letzten Wochen, und wieviele leben nur noch in gefährlichster Entkräftung und von Krankheiten bedroht ...?

Jahrzehnte haben uns die, die heute in bitterster Not leben und denen es zu helfen gilt, mit den Gaben ihres Geistes und ihres Herzens Tiefstes und Schönstes geschenkt, sie haben uns reich gemacht nicht nur für Stunden, nicht nur für Jahre, oft genug für ein ganzes Leben! Hierfür wollen wir ihnen danken!

Heute aber stellen gerade diese Menschen das einzige Gut dar, das nicht demontiert werden kann. In den Hirnen dieser Menschen aber werden, während noch ringsumher die Zerstörung Triumphe feiert, in unermüdlicher Denkarbeit bereits wieder die Träger für einen neuen Aufbau geschmiedet. Das aber verpflichtet uns und es muß unter allen Umständen dafür Sorge getragen werden, daß dieser deutsche Geist, der der Abwrackung trotzt und der für das kommende Schicksal Europas von unermeßlicher Bedeutung ist, erhalten bleibt.

Diesem Dank und dieser Verpflichtung Ausdruck der Tat zu geben, rufen wir die Leser und Freunde des „Weg" auf und bitten sie auch, zu unermüdlichen Werbern für diesen Gedanken zu werden. Es sei kein Gefühl und keine Tat des „Mitleids" (keiner dieser Menschen hat auch nur ein einziges Mal geklagt!), es sei eine Tat klarer Erkenntnis und großer Herzen!

Wir können die Not dieser schwersten Stunden nicht eindringlich genug wiedergeben, aber wir glauben, daß uns unsere Leser und Freunde wohl verstanden haben. Wir werden späterhin auch einzelne Beispiele darzustellen versuchen.

Wir bitten nun als Weihnachtsgabe um die Zusendung von Geldbeträgen, die in Form von Lebensmittelsendungen, zum Teil auch Kleidungspaketen, an die Autoren weitergeleitet werden. Wir senden jedem Spender eine Quittung zu und geben ihm an, an wen und unter welchem Datum „sein" Paket abging. Wir nehmen auch gerne besondere Wünsche hinsichtlich der Bestimmung des Empfängers oder auch der Paketzusammenstellung entgegen. Gar groß wäre unsere Freude, wenn die Beträge vielleicht so zu bemessen sind, daß sie jeweils, wenn auch vielleicht nur einem kleinen, so doch einem eigenen Paket entsprächen.

Wir werden an dieser Stelle laufend über die Aktion weiterberichten und möchten abschließend noch unsere Hoffnung aussprechen, daß der Segen der Weihnacht, den wir im Auslande in fast ungetrübter Form erleben können, auch hinüberstrahlt nach Deutschland als ein lieber Gruß der Auslandsdeutschen.

Für alle Anfragen, Wünsche und Anregungen stehen wir jederzeit gerne zur Verfügung (Sarmiento 542, T. E. 34 - 1687, Postanschrift: Casilla Correo 2398).

Mit Dank,

die Schriftleitung.

„In sieben Tagen ist Weihnachten..."

Von Heinrich Zillich

Der Schnee kam über Nacht. Er fiel so leicht, daß er den Schlaf nicht störte, fiel so seidenweich, daß er sich an den braunen Obstbaumästen nicht festkrallen konnte, fiel so zart, daß er nur wie Flaum auf den grünen Tannen lag. Doch hatte er viel Helle auf die Erde gebreitet, weit über Garten, Acker und Wiesen, weit bis zur Zugspitze in der Ferne, und wir nickten und sagten: Ja, der Winter ist gekommen und das Christkind wird jetzt auch nicht mehr lang säumen.

Wir setzten uns auf die Betten und bewegten die Zehen, wollten nicht recht in Strumpf und Schuh schlüpfen, denn nun mußte gerechnet werden, wie oft wir noch zu schlafen hatten, ehe das Christkind wirklich da war. Der Nikolaus hatte schon vorgestern vorgesprochen; höchst persönlich klopfte er ans Fenster im Erdgeschoß und stand, als wir die Scheiben öffneten, mit langem Bart und großem Sack im Dunkel, vom Stubenlicht unheimlich beschienen.

„Sind die Kinder brav gewesen?" fragte er in bayrischer Mundart mit grollender Stimme langsam und männlich, wenngleich er Damenhalbschuhe trug; ach, er fragte so drohend, daß selbst Jobst, der seinen Zweifel an der Leibhaftigkeit des Weihnachtsmannes bisher bei jedem Gespräch durch bedeutsames Beiseiteblicken verraten hatte, nun gebannt auf den Wundergreis starrte und überwältigt: „Ja!" stammelte. Clemens und Suse hatten den Mund offen und fürchteten sich sehr.

Der Nikolaus holte Geschenke aus dem Sack, Nüsse, Süßigkeiten und für Vater ein Schnapsfläschchen, nicht größer als ein Daumen. Er las aus einem dicken Buch die Sünden der Kinder vor, sagte „Guten Abend!" und ging um die Hausecke, wobei er eine Locke aus dem Bart verlor — sie hing anderntags wollig an einem Hollunderast —, setzte sich auf ein Damenfahrrad und radelte in die Finsternis hinein.

Nun aber rechneten wir und fanden nach eifrigem Fingerabzählen, daß noch sechzehnmal geschlafen werden müsse; es war unendlich oft, mehr als man ausdenken konnte. Wir hatten Zeit genug, unseren Wunschbrief ans Christkind zu schreiben und zu überlegen, ob ein Leiterwagen schöner sei als ein Kreisel. Suse meinte, sie werde sich nicht viel wünschen, denn wer bescheiden sei, bekomme umso mehr.

Die Buben waren anderer Ansicht; sie trauten der Katz im Sack nicht, sie wollten sicher gehen. Woher wisse bei zaghaftem Wünschen das Christkind, was es bringen solle? Natürlich, meinte Vater, vielleicht bringt es gar ein Schaukelpferd.

Hoho, lachten die Buben beleidigt, ein Schaukelpferd, ein Schaukelpferd, so was! Und Jobst erklärte, ein Fahrtenmesser müsse es sein, ein Raupenschlepper mit Anhänger, ein Buch überdies, ein Dreirad mit Klingel, ein Stop-Auto mit brennenden Laternen und zurückklappbarem Verdeck, ferner ein Horch-Kabriolet und natürlich ein Edelweiß zum Anstecken am Hut. Es sei etwas viel, gestand er abschließend, doch sicher sei sicher; das Christkind könne sich ja aus der langen Liste wählen, was es bringen wolle.

Clemens hatte die Fibel aufgeschlagen, hielt sie auf den nackten dünnen Oberschenkeln und las, den Finger unter der Zeile: „In sieben Tagen kommt das Christkind."

„Nein, in sechzehn!" antwortete Jobst.

Clemens schrie: „Hier steht es, in sieben."

„Du bist blöd!" warf Suse ein und zog die Strümpfe an, als verlohnte es sich nicht weiterzusprechen.

„Hier steht es, in sieben!" Clemens lief frohlockend zu uns allen und wies das Buch vor. Da stand es wirklich geschrieben, schwarz auf weiß, war nicht abzustreiten.

„Das steht nur so da", gab Jobst zur Erklärung.

Clemens ließ sich nicht irremachen; hier stand es; er selbst hatte es ohne Hilfe gelesen. Und was geschrieben ist, sei wahr. Was konnte Vater, der seit jeher manches mit Geschriebenem zu tun hatte, weiter sagen, als daß Clemens morgen wieder in der Fibel nachsehen möge, ob dann dort noch immer „sieben" stehe oder nur „sechs", denn morgen sei man doch um einen Tag näher am Weihnachtsfest! Das leuchtete ein. Suse und Jobst lachten dazu: Clemens sei ein „Tepp", er gehe ja bloß in die erste Klasse.

Am folgenden Tag stand in der Fibel „sieben" und nicht „sechs", auch am übernächsten

hatte sich nichts verändert. Clemens las die Zeile mit Betonung und war im Bilde.

„Das Buch lügt!“ stellte er erbittert fest.

Damit war auf seine Schriftgläubigkeit ebenfalls Schnee gefallen, aber auch der lag nicht schwer, lag nur wie leichter Flaum, denn vor Weihnachten sind die Kinderherzen bereit, sich tausendfach zu wandeln, weil Licht und Schimmer sie ununterbrochen beglänzen. Jedem neuen Gefunkel öffnen sie sich wieder vertrauensvoll.

Und als Suse am Nachmittag mit einer Puppe auf dem Knie nach ihrer Art Romane erzählte — wobei sie stets eine ungemein wirkungsvolle, gleichsam verdoppelte Vergangenheitsform anwandte — hockte Clemens dabei und hörte in schweigender Begeisterung zu, wie sie im Singsang einer Litanei verkündete: „Da kamtete der Josef und sagtete: meine Frau kriegt ein Kind, und das ist der Jesus. Machen Sie bitte den Stall auf.“

Die Puppe öffnete hierauf sehr beflissen die unsichtbare Stalltür, aber Suse schien es nicht schnell genug: „Sehen Sie nicht, daß das Christkind kommt! Clemens, jetzt mußt du einschlafen —“

Clemens schlief sofort ein und schnarchte.

„Da kamteten die Engel nach Bethlehem und die redlichen Hirten. Clemens, du bist jetzt der Josef.“

Clemens war der Josef und erklärte mit seiner tiefen Stimme: „Du bist die Maria.“

Da warf Jobst, der diesem Spiel halb ablehnend, halb sehnsüchtig von fern zugesehen hatte, ein: „Suse ist deine Schwester. Die darfst du nicht heiraten.“

Dies hatte er aus Bosheit gesagt, denn Clemens will Suse unbedingt heiraten, wenn er ein Bauer wird, wonach seine Liebe geht — Acker und Hof muß ihm der Vater kaufen, wer denn sonst! — ein Bauer, und Bäuerin soll Suse werden. Dieser Heiratsplan hatte schon manchen Streit entfacht. Clemens begriff nie, weshalb er seine Schwester nicht heiraten dürfe. Er führte gute Gründe dagegen ins Feld, vor allem Adam und Eva. Es ist unbestreitbar, daß deren Verhältnis ein merkwürdigeres war als eine Heirat zwischen Bruder und Schwester. Clemens faßte es in die treffenden Worte zusammen: „Adam hat seinen Knochen geheiratet!“

Jobst hatte an dieser Antwort viel zu beißen. Wo irgendeine nachdenkenswerte Frage auftauchte, brauchte er gewiß um eine qualvolle Stunde mehr als ein anderer, um sie von jeder Seite zu beleuchten.

Vor allem die Religionsstunde ist eine Fundgrube solcher Geheimnisse. Da lernten die drei so viel vom kleinen Luther, der sich allezeit gar tüchtig erwiesen. Eine ganze Menge wußten sie von ihm. „Was war dieser Luther eigentlich?“ fragte Vater. Sieh, da konnte keines etwas Rechtes antworten. Ein strammer Kerl mußte es gewesen sein, bestimmt auch ein großer Herr, sonst würde man nicht so viel von ihm lernen müssen, und sehr lang war es her, seitdem er bei Frau Cotta in Eisenach durchs Rundbogentor geschritten.

In jäher Erkenntnis verkündete Jobst: „Ein bayrischer Kurfürst ist er gewesen!“

Vater hat manches übrig für derlei Erkenntnisse. Er murmelt begeistert vor sich hin: „Ausgerechnet ein bayerischer!“ Doch seine nachfolgende lehrerhafte Bemerkung, daß Luther ein Mönch und Pfarrer war, wurde, obschon dessen Glanz damit merklich abblaßte, auch gläubig hingenommen — es war eben Vorweihnachtszeit. Warum sollte da Clemens seine Schwester nicht heiraten, hatte doch Luther eine Nonne geehelicht. Alles war möglich in Wunderzeiten.

Nur eines war unmöglich — die Unordnung auf der Spielveranda. Das Christkind bringt schlimmen und schlampigen Kindern nichts. Deshalb mußte endlich die Ansammlung von Fetzen, Papieren, Zigarettenschachteln, Autodüsen, Töpfchen, Puppen, dieser Misthaufen zertrümmerter Spielsachen weggeräumt werden, um den ein ganzes Jahr gekämpft worden war. Zwar konnten die Buben halbwegs Ordnung halten, wohl vermochte Suse täglich drei Romane zu erzählen, aber gerade sie war untauglich zu jeder Ordnung. Während die Kinder im ersten Schnee vergeblich zu rodeln versuchten, schlich Mutter heimtückisch auf die Veranda, füllte Körbe voll Kram und begann daraus das Verbrennbare in den Ofen zu werfen.

Noch ehe die Arbeit beendet war, kamen Jobst, Suse und Clemens hinzu, und da erhoben, während der Kleinste vorerst verstummte, die beiden größeren ein Gejammer wie beim bethlehemitischen Kindermord. Jobst schrie verzweifelt nach seinen verbeulten, räderlosen Autos, die den Weg alles Irdischen gehen mußten, Suse sank vernichtet zusammen und heulte: „Mein Peter und meine Anneliese sind verbrannt!“

Es war echter Mutterschmerz, der so überwältigend ausbrach, daß Jobst den eigenen Kummer vergaß und mit finsterem Gesicht die Mutter musterte.

Nur Clemens, der harte und männliche, dessen Spielhaufen noch nicht untersucht worden war, trat wortlos an diesen heran und übergab, was hinfällig war, selbst der Ver-

nichtung mit solcher Herzlosigkeit, daß Mutter ihren jüngsten Sprößling befremdet betrachtete. Und der Gedanke kam uns, daß er vielleicht ein Feldherr werden könnte, der seine Truppen höherer Zwecke wegen eisern aufopfert, oder, wenn es dazu nicht reichte, ein Metzger. Zum Bauer schien er uns zu wenig Sparsamkeit zu haben.

Indessen verließ Suse gebrochen die Stube. Sie vermochte die Verurteilung ihrer heiligsten Muttergüter nicht länger mitanzusehen. Ihr herzerschütterndes Huhu drang durchs ganze Haus. Vater kam aus seinem Zimmer, in das er geflüchtet war, hervor und nahm sich der Sache an.

„Mein Peter und meine Anneliese!" scholl es markaufpeitschend. „Der Peter war noch gesund, nur die Zehen waren kaputt. Der Anneliese hat bloß der Arm gefehlt. Und beide sind verbrannt."

Vater und Mutter sahen sich an und begannen reuig im Haufen vor dem Ofen zu stochern. Vielleicht lag Peter noch da und das Krüppelkind Anneliese. Nein, nichts war zu finden. Sie waren umgekommen, wehrlos und elend im Feuer.

Vater warf Mutter einen Blick zu, der bedeutete, daß es mit der weiblichen Ordnungssucht, die wie die Pest über ein Haus herfahre, eine schauderhafte Bewandnis habe. Mutter war zerknirscht und überschlug im Stillen, ob Suses Weihnachtsgeschenkliste nicht etwas verlängert werden könnte.

Da schraubte und drehte sich Jobst, der in den letzten Minuten seltsam unsichtbar gewesen war, verlegen an den Eltern vorbei und auf seine Schwester zu, beide Hände in den Hosentaschen, noch keineswegs sicher, ob es klug sei, schon jetzt zu verraten, was er getan. Erst als er das Mitleid im Antlitz seiner Erzeuger sah, kroch langsam eine Hand aus der Hosentasche und hielt vor die Augen der heulenden Suse mit gespitzten Fingern den Peter, den der Bub mit flinkem Griff vor der Flamme gerettet hatte.

„Gott sei Dank. er lebt noch!" rief alles.

Und Jobst zog aus der Tasche ein Auto, ein verbeultes und jämmerliches. Das hatte er für sich gerettet. Und er zog, immer stolzer um sich blickend, eine alte Zündkerze hervor, die wundervolle Dienste getan hatte als Maschine, zog einen lecken Puppentopf hervor; und immer, wenn er die Hand in die Tiefe der Tasche versenkte, stand in unseren Augen die Erwartung, daß es nicht das letztemal sei und er noch viel gerettet haben möge.

Ja, er hatte viel gerettet, nur die Anneliese nicht. Die war wirklich umgekommen.

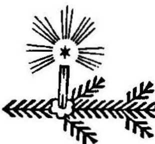
„Pü, sie hatte ja bloß einen Arm!" meinte Suse, ihren Peter ans Herz drückend, „Sie war so-o mies!"

Dabei blickte sie ihren Bruder Jobst mit liebevollen Augen an, wie sonst nur den von ihr verzärtelten Clemens, der auf das weibische Getu mit keiner Miene achtete, er, der Held, der sich ohne Wimperzucken von seinen Schätzen getrennt hatte, „um Platz zu machen für die neuen Sachen", wie er nun sehr bauernmäßig erklärte, „die das Christkindl bringt, und mir bringt es viel, weil ich nicht geweint habe!"

All dies beeindruckte Suse nicht. Sie hatte ihren Peter wieder. Und es beeindruckte Jobst nicht. Er hatte seine alte verschmorte Bosch-Zündkerze wieder. Aber es beeindruckte Vater und Mutter, die den Kleinen mit einigem Schrecken betrachteten und dachten, daß er seinen Acker dereinst wohl bestellen werde.

Max Mell:

Weihnachtschoral



**Jahr, dein Haupt neig!
Still abwärts steig!
Dein Teil ist bald verbrauchet.
Soviel nur Luft
noch darleihn mußt,
als uns ein Tannenzweiglein hauchet.**

**Herz, werde groß!
Denn namenlos
soll Lieb in dir geschehen.
Welt, mach dich klein!
Schließ still dich ein!
Du sollst vor Kindesaug bestehen.**

TREFFPUNKT GROSSVATER HELMBRECHT

Eine weihnachtliche Erzählung

WILHELM UTERMANN

Großvater Helmbrechts Hof war der größte nicht nur in Perkunen, sondern weitherum in der ganzen Gegend, vielleicht rund um den ganzen Dargainen-See. In Angerburg und Lötzen kannte man den breitschultrigen Mann, der mit sich und der Welt so zufrieden war, daß er verschwenderisch gute Laune verteilte, wohin er kam.

Er hatte früh geheiratet und nicht gesäumt, bald und fortdauernd die Fruchtbarkeit der Helmbrechts unter Beweis zu stellen. Sein zäher und schließlich belohnter Ehrgeiz hatte darin bestanden, das Gesetz der Serie zu unterbrechen, denn Frau Katharina brachte zunächst vier Töchter zur Welt. Dann allerdings kamen vier Söhne. Wie das weitergegangen wäre, ist nicht zu ahnen, da Frau Katharina, die fleißige und gesunde, an einer Lungenentzündung, die sich aus einer lächerlichen und nicht beachteten Erkältung entwickelte, starb.

Helmbrecht trauerte auf eine sehr ehrliche Weise um sie, derart, daß er den Achten Vater und Mutter war. Er hatte nicht mehr nur den Hof am Halse. Im Haus beaufsichtigte er die Schularbeiten der Kinder; er besprach mit der alten Johanna, wann Schuhe zu kaufen waren und wann und woraus Hosen und Jacken und Röcke genäht werden mußten.

Viele Wochen vor Weihnachten packte ihn in jedem Jahr eine vergnügte Unruhe. Dann ließ er den Schlitten anschirren und fuhr nach Angerburg, um für die Kinder Spielzeug zu kaufen. Wie der Weihnachtsmann persönlich kehrte er von solchen Fahrten zurück und schlich sich — denn die Kinder schliefen, von seiner vorfreudigen Erregung angesteckt, noch nicht — nachdem er seine pelzgefütterten Stiefel ausgezogen hatte, leise in sein Zimmer, das längst zu betreten verboten war.

Im Leben mit Kindern vergehen die Jahre schnell.

Da saß eines Tages Helmbrecht mit Hanna Katharina, der Aeltesten, im Dogcart zu einer wichtigen Reise. Sie kauften Leinen und Geschirr, und Betten, denn sie würde heiraten. Das war mal so; nur, daß sie mit ihrem Mann nach Königsberg ziehen würde, das gefiel ihm nicht. Aber der Schwiegersohn war dort Beamter, und Beamte können sich nicht aussuchen, wo sie wohnen wollen.

Im Februar wurde geheiratet; im November des gleichen Jahres kam mit helmbrechtscher Präzision der erste Sohn.

Die Reihenfolge des Alters war der Fahrplan für die Heiratstermine. Lina, Marta und Lisbeth fanden ihre Männer. Leider alle verhältnismäßig weit von Perkunen entfernt.

Die Schmerzlichkeit der Trennung empfand Großvater Helmbrecht am meisten in der Weihnachtszeit. Außer Heinrich, dem ältesten Sohn, und seiner Frau waren sie alle durchs Hoftor in die Ferne gezogen.

Heinrichs und Marias Kinder lärmten nun wie einst seine eigenen sommers im Hof und stellten im Winter auf der Tenne genau dieselben Dummheiten an. Schließlich fühlte sich aber Großvater Helmbrecht, als der Stammvater, allen Enkeln verbunden. Besonders um die Weihnachtszeit.

Zuerst hatte er Hanna Katharina zu den Feiertagen in Königsberg besucht. Zwei Jahre darauf lud ihn auch Lina ein, bei ihr zu sein. Lina wohnte in Wormditt, wo ihr Mann Getreidehändler war. Wie sollte er während zwei Feiertagen von Königsberg nach Wormditt kommen? Und, schließlich forderten ihn auch die Perkuner für sich.

Was er tun sollte, fragte er sich nicht erst, als die Kerzen auf den Adventskranz gesteckt wurden. Das fiel ihm schon ein, wenn die Garben noch auf den Feldern standen. In der Gluthitze eines Augusttages kam ihm die Lösung.

Heinrich und Maria blinzelten sich zu, als der Großvater beim Mittagsmahl, wichtig und dringend, als handle es sich um eine zuvorderst zu erledigende Erntearbeit, vom Weihnachtsfest und seinen Plänen zu sprechen begann. Er hatte es sich in den Kopf gesetzt, Weihnachten — was ihn betraf — künftig um eine Woche zu verschieben. Ob denn überhaupt wer genau wüßte, daß Chri-

stus genau und gerade am 25. Dezember geboren sei? Und wenn auch! Sollten alle kalendergemäß die Feste feiern, es mußte ja Ordnung sein. Der einunddreißigste Dezember und der erste Januar, das würden nun seine Weihnachtstage sein. Daß diese auch mit der Jahreswende zusammenfielen, sei ein glücklicher Zufall, aber ohne Bedeutung. Man könnte eben zwei Fliegen mit einer Klappe schlagen. An seinem neuen Termin für Weihnachten sollten dann Söhne und Töchter und Enkel nach Perkunen kommen, alle, aus Königsberg, aus Wormditt und Kleschen, aus Gerdauen, Allenstein und Jucknischken. Sie gingen — sie wußten, daß gegen diesen Hartschädel nichts auszurichten war — darauf ein. Maria erwähnte zwar, daß es schwer halten würde, alle unterzubringen. Vier Töchter mit ihren Männern: acht, drei Söhne mit ihren Frauen: sechs. Das war eine klare Rechnung. Aber zur Summierung der Enkel mußte man Papier und Bleistift holen. Achtundzwanzig waren es. Zweiundvierzig insgesamt. Die Unterbringung sollten sie nur seine Sorge sein lassen, sagte Großvater Helmbrecht.

Als sie von der Mahlzeit aufstanden, und als Heinrich in dem Sonnenglast am See entlang auf die Felder ritt, ging der Alte zum Tischler und eröffnete auch dem seinen Weihnachtsplan. Beim Sattler bestellte er Matratzen für achtundzwanzig Kinder und für vierzehn Erwachsene.

Er schrieb seinen Söhnen und Töchtern, damit sie Zeit genug hatten, sich innerlich auf die neue Festfolge einzustellen. Das Kalenderfest sollten sie daheim begehen, und dann im Laufe der Woche nach Weihnachten in Perkunen erscheinen.

Es kam keine Absage. Sie freuten sich, derart endlich wieder einmal alle zusammen sein zu können. Die Geschwisterkinder hätten sich ohne diese Helmbrechtweihnacht vielleicht nie kennen gelernt.

Großvater Helmbrecht hatte eine Menge zu tun. Er erfragte die Schuhgrößen der Enkel und deren Körperlänge und reservierte sich unter allen Weihnachtswünschen den Lieblingswunsch. Er kutschierte im Herbst schon los, als die Geschäfte noch garnicht auf Weihnachten vorbereitet waren, als die Sendungen noch vernagelt und verschnürt am Lager standen. Helmbrecht bestand darauf, sie zu öffnen. Er machte diese Einkaufsfahrten oft und hortete nach und nach seine Schätze in einer geräumigen Kammer auf dem Speicher.

Von der zweiten Adventswoche an mußte das Gesinde in der Küche essen. In die Stube zog der Tischler ein, der vierzehn zweistöckige Betten einbaute und für jedes Kind einen Spind. Der Sattler paßte die Matratzen ein. Der Großvater trug aus der Kammer Kissen und Laken heran. Er hatte nichts vergessen. Das konnte einem Mann, der acht Kinder aufgezogen hatte, auch nicht passieren. Für die Eheleute hatte er anderthalbschläfrige Betten bauen lassen, sodaß deren nur sieben in die Stuben zu tragen waren.

Von der Kalenderweihnacht nahm er keine Notiz. Er sah sich den Baum nicht an, den Heinrich und Maria für die Kinder und die Hofleute in die Stube gestellt hatten. Er bestand auf einfachem Mittagsmahl für sich, und am zweiten Feiertag trug er sogar seinen Alltagsrock. Er wollte sich durch nichts die reine Freude an seiner Weihnacht nehmen lassen.

Er überdachte noch einmal seine Vorbereitungen. Eine fette Sau war geschlachtet worden, und genügend dicke Gänse hatten Martini und die Kalenderweihnacht überlebt. Kakao war da und Schnaps. Aber ... er hatte nur an die Enkel gedacht. Für seine Kinder hatte er keine Geschenke. Das Blut schoß ihm heiß ins Gesicht, als ihm das einfiel. Trotz beißendem Ostwind stieg er in den Schlitten. Was sollte er den Großen schenken? Als er an den schon gerupften Schaufenstern vorbeiging und überlegte, fielen ihm die Liebhabereien seiner Acht ein. Fritz war musikalisch, für ihn kaufte er eine Ziehharmonika; Marta liebte Handarbeiten, also Wolle, Nadeln und Strickmuster für sie; Hermann war eine Leseratte, da waren Bücher immer richtig ... Für alle schnürte er Pakete. Er ließ die Pferde in gemächlichem Trab — der Wind hatte sich gelegt, es schneite in breitgebügelten Flocken — nachhause laufen.

Der erste Wurf von Helmbrechtkindern, die aus Jucknischken, waren schon angekommen. Der Alte ging in seine Stube und legte den Festtagsrock an. Seine Weihnacht begann.

Am dreißigsten, dem Helmbrechtheiligabend also, waren alle da. Zweiundvierzig. Dazu Heinrich und Maria und ihre drei. Siebendundvierzig.

In der Tenne hatte Großvater Helmbrecht zwei Tannen geputzt. Auf langen Brettern seine Gaben ausgebreitet. Fritz drückte er die Ziehharmonika vorweg in die Hände: „Spiel was, Junge!"

Längs an den kalkgetünchten Wänden standen sie. Es war eine Weihnacht, wie sie dem lieben Gott selbst gefallen mußte, falls der sich nicht ohnehin in diesem Augenblick in den Großvater Helmbrecht verwandelt hatte, und

dann war ja die göttliche Freude in seinem Gesicht abzulesen. Erst zaghaft, dann kräftig klang aus der Helmbrechtorgel „Es ist ein Ros entsprungen". Piepsige Kinderstimmchen und brüchige Töne aus Jungenskehlen, Bässe der Männer und Soprans der Frauen sangen für den alten Helmbrecht den schönsten Chor der Welt.

Großvater Helmbrecht stand, wirklich wie der liebe Gott persönlich, inmitten des Kreises. Dann ging er, während breit und schwer das Lied den Raum wärmte, an ihnen vorbei, drückte seinen Söhnen und Töchtern die Hände und legte den Enkeln die Hand auf ihre Scheitel und struppigen Haare. Er griff sich einen Melkschemel von einem Haken an der Wand, setzte sich dorthin, wo er zuerst gestanden hatte, und erzählte die Weihnachtsgeschichte: „Einmal, es war in Bethlehem ..."

Als er geendet hatte, war das dünne Stimmchen von Hermanns Mariellchen zu allen gekommen. „Stille Nacht, heilige Nacht" sang es, und dabei stieß es seine beiden Brüder an, mitzusingen. Die Ziehharmonika nahm die Melodie auf, und dann sangen sie alle.

Mariellchen ging an den Tischen vorbei, ohne nach links oder rechts zu sehen. Singend ging es auf den Großvater Helmbrecht zu, den es heute zum ersten Mal gesehen hatte und den es vielleicht wirklich für etwas ähnliches wie den lieben Gott hielt. Einen Augenblick stand es vor ihm und sah ihn an, dann kniete es und legte die Hände auf seine Knie.

Fünf Jahre hintereinander kamen sie so zur Helmbrechtweihnacht nach Perkunen. Im Krieg waren die Männer nicht dabei gewesen, oder nur einer, der zufällig Urlaub hatte oder sich von seinen Wunden erholte. Von dreien wußte man, daß sie nie wieder dabei sein würden.

* * *

Lebt Großvater Helmbrecht noch?

Wo sind die aus Wormditt und Kleschen, aus Königsberg, Allenstein und Gerdauen, aus Jucknischken und Perkunen? Wo sind sie in diesem Jahr zur Helmbrechtweihnacht? Ob sie voneinander wissen? Die Mütter wenigstens von ihren Kindern?

Die Reise der Gedanken nach Perkunen ist weit. Aber wann sollen sie sich je wieder treffen, wenn nicht zur Helmbrechtweihnacht, am einunddreißigsten Dezember und ersten Januar.





Trara die Engelsmusik ist da!



Weihnachtstraum

HERBERT MERMANN

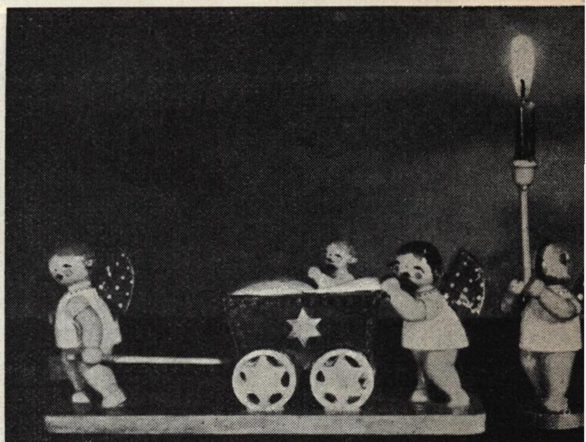
Es klingt und schwingt
trotz allem Leid
ein Zauber um mich her,
es raunt und singt
die Weihnachtszeit,
als ob ich Kind noch wär!

So schwarz die Nacht,
die mich umgibt,
kein Heim, das mir gehört.
Was ich gedacht,
was ich geliebt,
hat mir der Haß zerstört.

Da strahlt und schwebt
vom Bergwald her
die bunte Engelschar.
Der Nebel webt
ein Lichtermeer,
das glitzert wunderbar.

Es flötet, geigt,
es jubiliert,
voll Klingen ist die Welt.
Ein Märchen steigt,
vom Traum geführt,
aus hellem Sternenzelt.

Nun schwebt um mich
sein Wunderschein,
so lieb, so leis, so sacht,
als führte mich
mein Mütterlein
zur heil'gen Weihenacht.



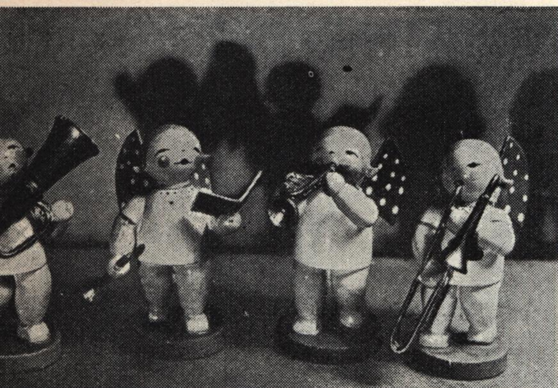


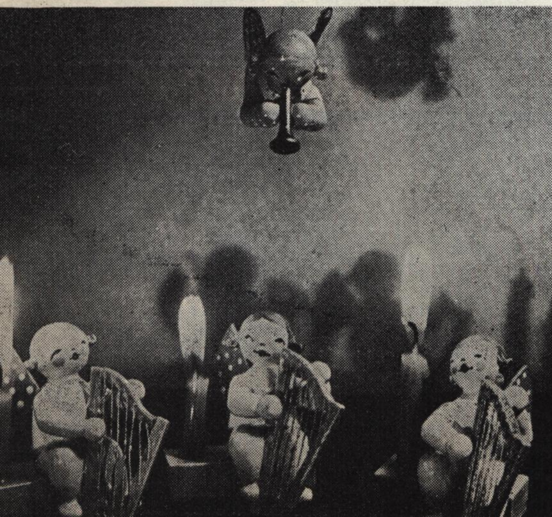


Weihnachtsfiguren aus dem Erzgebirge









Heilige Tage

LULU VON STRAUSS UND TORNEY

Bist du in Oede und Alltagsstaub
das liebe Jahr lang gegangen?
Lag deine Seele wie blind und taub
in tausend Sorgen gefangen?

Hast du vom Morgen bis Mitternacht
nichts als Klage und Plage?
arme Seele, nimm dich in acht,
es kommen seltsame Tage!

Du spürst ihr Nahen schon wunderbar,
ein holdes, himmlisches Treiben!
Die Sterne winken dir groß und klar
von oben her durch die Scheiben.

Und Englein huschen am Gartenzaun,
krausköpfig Flügelgesindel,
und tuscheln leise im Abendgraun
von Christkinds Krippe und Windel

Verstohlen schleicht es wie Sonnenduft
dir nach auf Treppen und Gängen,
ein Singen geht durch die Winterluft,
das bleibt im Ohre dir hängen.

Ach, alte Lieder von liebem Klang —
die Mutter sang sie vor Zeiten —
und es pocht das Herz dir so seligbang,
als müsse das Christkind läuten.

Und es kommt ein Abend, da bricht's heraus,
da kannst du nicht mehr entrinnen.
Da ist ein Jauchzen von Haus zu Haus,
ein Leuchten draußen und drinnen.

Und die Glocken dringen von jedem Turm
über den Schnee der Gassen;
da wird der heilige Liebessturm
auch dir die Seele erfassen.

Allen soll ein Lichtlein leuchten

Leite deinen Schein,
Weihnachtliches Licht!
Soll kein Angesicht
Mehr verschattet sein.

Soll in Leid und Not
keiner zagend stehn.
Laß dein Leuchten sehn
über Wein und Brot.

Leuchte rings im Land,
wo nur Brüder sind.
Fülle jedem Kind
seine leere Hand.

Gib den Augen all
Schein von deinem Schein,
Freude laß gedeihn,
Lied und Glockenschall.

Lichtlein überm Schnee
unsern Willen stärk,
daß der Liebe Werk
größer noch ersteh!

Advent

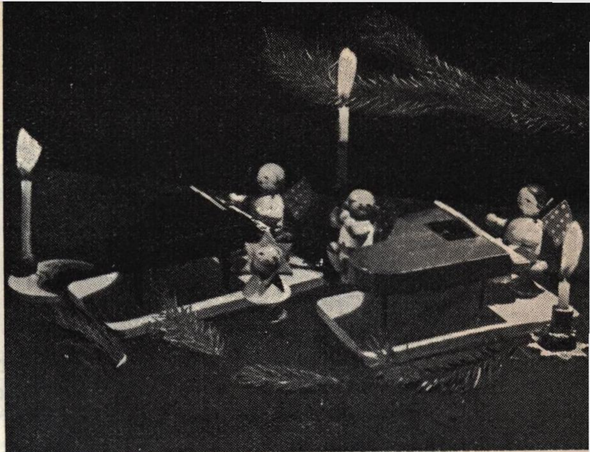
KARL RÖTTGER

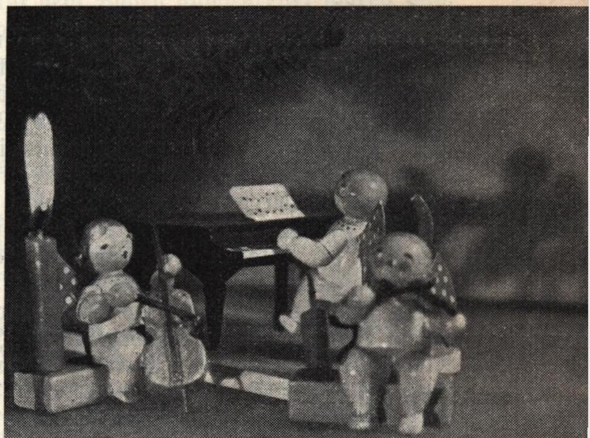
Wieder sieht man in den frühen
Abenden die Lichter blühen
Straßen hin ... Und wieder funkeln
bunte Wunder in das Dunkel.

Wieder träumt viel Kinderhoffen
vor den Fenstern ... Leise Stimmen
flüstern; in der Dämm'rung glimmen
Augen groß ... und sehn den Himmel offen

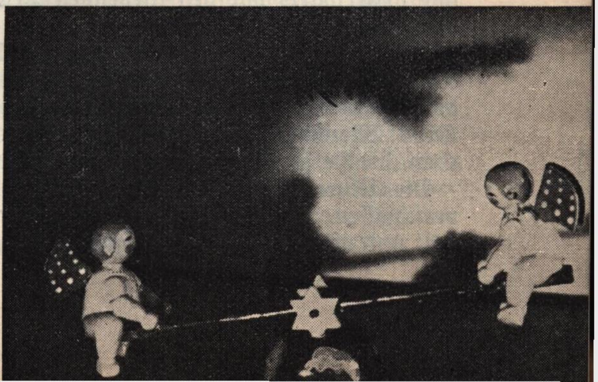
sel'gen Kinderglücks. Voll Warten sind die Tage
und die Abende vorm Schlafengehn. —
Wohl im Schlaf und Traum der Nächte sehn
sie erfüllt schon ihres Sehnens Frage;

schon erfüllt im Traum des Traums Verlangen,
sehen: wie das Wunder schon geschah —
Christkind kommt weiß durch die Nacht gegangen
und — ist da ...









DIE GROSSE ENTDECKUNG

VON KARL GÖTZ

Nach all dem Staub der ukrainischen Feldwege, nach der unsäglichen Armut der halbverfallenen Hütten, nach dem Kummer und Elend in all den verschlossenen Gesichtern waren die Soldaten in einer unbestimmten frohen Erwartung, als sie in das deutsche Dorf einrückten, das sich in einer sanften Mulde lang hinzog.

Sie hatten gehört, daß dies eines der vielen deutscher Dörfer in dem Land am Schwarzen Meere war, die mit den ungezählten deutschen Dörfern an der Wolga, in Wolhynien, in Sibirien und im Kaukasus insgesamt ein ganzes heimliches Königreich ausmachten; ja, deren Landflächen, wenn man sie hätte nebeneinander legen können, ein Gebiet von der Größe Württembergs, Badens und Elsaß-Lothringens ergeben hätten.

Die Menschen dieses Dorfes waren vor über einem Jahrhundert den Werbern des Zaren Alexander I. gefolgt, der allen Fleißigen und Rechtschaffenen Land in Hülle und Fülle, Freiheit von allen Steuern und Lasten, Militärfreiheit und Duldung jeglicher religiöser Uebung versprochen hatte.

Die Soldaten, die da auf diesem raschen Vormarsch müde und durstig in dieses Dorf einzogen, hatten die strenge Redlichkeit und den Fleiß der Kolonisten rühmen hören, ihre hohe Gastlichkeit und ihren treuen deutschen Sinn, den sie sich über Länder und Grenzen hinweg und über eine lange Zeit hin bewahrt hätten. Sie hatten von der vorbildlichen Ordnung in den Dörfern gehört, wo die langgestreckten, niederen Häuser mit ihren Ställen und Scheunen behäbig und wohlgehalten als eine friedliche Welt hinter den weißen Dorfmäuerchen lagen.

Dieses Dorf, aus dem die Russen schon in der Frühe des Tages in einer heillosen Unordnung geflüchtet waren, schien ausgestorben zu sein. So waren seine Bewohner wohl wie anderwärts vor den fliehenden Truppen her nach Osten getrieben worden.

Wie staunten sie aber, als sich beim Quartiermachen zeigte, daß das Dorf keineswegs ausgestorben war, daß sie vielmehr in jedem Haus Menschen antrafen, jene Kolonisten eben, die sie so sehr hatten rühmen hören.

Die Leute waren aber seltsam scheu und verschlossen. Sie öffneten die Türen nur zaghaft und oftmals nur einen Spalt weit.

Der Unteroffizier Tiedemann wurde, verstimmt durch so viel Scheu und Mißtrauen, auf einem Hofplatz unwillig und sagte zu zweien der Leute seiner Gruppe, ob dies alles nicht merkwürdig sei? Dies wollten also nun Deutsche sein? Warum sie sich dann hinter geschlossenen Fensterläden versteckten, warum sie ihnen denn keinen Empfang bereitet hätten? Herrgott, sagte er, da hättet ihr den Jubel hören sollen, mit dem uns die Ostmärker oder die Deutschen in den Sudetenländern damals beim Einmarsch begrüßt haben. Die hier kamen noch nicht mal aus ihren Häusern und jetzt schauen sie mißtrauisch aus dem Türspalt, als ob wir weiß Gott welches Gesindel wären. Das scheint ein schönes Mistvolk zu sein. Und von wegen Ordnung und Fleiß und so — seht euch mal um auf diesem Hof hier, die Mauer gegen die Straße ist zerfallen, die Leute waren aber anscheinend zu faul, wenigstens den Schutt wegzutragen. Das Dach ist voller Löcher und aus dem Verputz sind metergroße Stücke herausgebrochen. Eine saubere Wirtschaft ist dies. An der Hausstaffel fehlt einfach eine der Stufen. Seht euch einmal diesen Hofplatz an: Das Unkraut wächst ihnen fast zur Türe hinein und da liegen Schutt, Scherben und Unrat überall herum. Wo in aller Welt kann denn ein deutscher Bauer den Platz vor seinem Hause so liegen sehen?

Der Gefreite Beyer sagte, daß es sehr wüst aussehe, aber man müsse doch bedenken, daß die Russen im Dorf gelegen hätten und daß die Leute über zwanzig Jahre lang unter einem bolschewistischen Regiment hätten leben müssen. Man sollte sich doch vielleicht einmal umhören, bevor man etwas gegen sie sage.

Dies sei alles recht und schön, meinte Tiedemann. Gewiß, man habe den Leuten Hab und Gut genommen, man habe sie zu Taglöhnern im Kollektiv gemacht und sie hätten gewiß nichts zu Lachen gehabt in all der Zeit. Man habe ja gehört, wie sie hätten unter einer bösen Antreiberei schuften müssen, aber den Platz vor ihrer Türe hätten sie wenigstens in Ordnung halten können. Eine Schaufel, eine Hacke, ein Rechen und ein bißchen Ordentlichkeit hätten genügt, um hier an einem einzigen Feierabend sauber zu machen. Das Gras wachse hier nicht erst seit die Rus-

sen ins Dorf gekommen seien und die Schutthaufen lägen, das sehe ein Blinder, schon Jahr und Tag, und dies sei doch nicht der erste Hof, auf dem es so aussehe. Ob es auf den vier oder fünf, auf denen sie zuletzt gewesen und kein Quartier bekommen hätten, anders ausgesehen hätte? Die Leute schienen, um es rund herauszusagen, nichts anderes als ein faules Pack zu sein.

Tiedemann ging nochmals auf das Haus zu, machte über die fehlende Stufe einen großen Schritt und klopfte mit der Faust wieder ein paar Mal heftig an die Türe.

Eine vergrämte, alte, barfüßige Frau in grauen, vielfach geflickten Kleidern und mit einem dunklen Kopftuch öffnete. Aber schon schob sie ein alter Mann mit müdem, magerem Gesicht beiseite, öffnete die Türe ganz und bot, wobei er ein wenig an seiner altmodischen russischen Schirmmütze rückte, den Soldaten in einer altertümlichen Art einen guten Abend, und dann fragte er, was sie begehrten.

Da stieg aber dem Unteroffizier doch der Zorn hoch. Was sie begehren? Ein Lager für die Nacht, nachdem sie nun über eine Woche kaum zur Ruhe gekommen seien. Warum sie denn so verstockt und unwillig seien gegen die deutschen Soldaten? Ob ihnen die Bolschewisten als Quartierleute lieber wären?

Der alte Mann kam mit müdem Schritt die kleine Treppe herunter. Er nahm die Mütze ab und sagte: Schön willkommen, meine lieben Herren, in dem Haus, das einmal mein schönes Haus gewesen ist. Es ist ein schlechtes Quartier, wie es einem deutschen Soldaten nicht ansteht. Wir hätten es gerne besser zubereitet, aber wir sind erst heute morgen, gleich wie die Russen aus dem Dorf waren, aus den Maisfeldern gekommen, worin wir uns all die Zeit verborgen gehalten haben. Habet ein Einsehen mit mir, ich habe meine Tochter noch im Feld begraben müssen. Eine Granate hat sie noch am gestrigen Tage von ihren zwei Kindern weggerissen.

Die Stimme des Alten zitterte. Er wandte sich zum Haus zu, rief der alten Frau und gab ihr mit der Hand einen Wink. Dann trat er zu Tiedemann und streckte ihm zögernd die Hand hin. Als dieser darnach griff, sagte er: Ihr dürfet nicht so hart mit uns sein, liebe Herren. Da ist viel gewesen, was ich Euch als ein alter und ungeschickter Mann nicht so leicht erklären kann. Da liefen ihm Tränen über das faltige Gesicht und er konnte nicht mehr sprechen.

Dem Unteroffizier war es eigenartig zu Mute. Na ja, sagte er, indem er den alten Mann leicht am Arm packte, ist ja gut, winkte seinen Leuten und ging, um die seltsame Verlegenheit, in der sie sich befanden, zu beenden, in das Haus. Die alte Frau, an deren Rock sich zwei barfüßige kleine Mädchen hängten, machte über dem niedrigen Hausgang, dessen frischgestampfter Lehmboden noch feucht war, eine Türe auf, ging in die Kammer voran, öffnete Fenster und Läden und wies auf drei Betten an der Wand, die reinlich aussahen, wenn schon sie nicht überzogen waren. Dann raffte sie alte Zeitungspapiere zusammen, die an einer Wand entlang auf dem Boden ausgebreitet waren und die voller Farbspritzer waren, nahm einen Kübel mit Farbe und einen großen Tüncherpinsel vom Boden auf und ging aus der Kammer. Unter der Türe wandte sie sich nochmals um, zeigte mit einer Bewegung des Kopfes auf die halbgestrichene Wand und sagte: Da sind wir nicht mehr fertig geworden, ehe daß Ihr gekommen seid. Und mit den Betten, da müßt ihr ein Einsehen haben. Wir haben ja seit langer Zeit nie mehr einen Stoff zu kaufen bekommen, da haben wir die Ueberzüge zu Kleiderzeug zusammenschneiden müssen. Dann ging sie hinaus.

Die drei Soldaten sahen sich, ohne etwas zu sprechen, in der Kammer um. Außer den drei Betten stand ein ganz mit Papier überdeckter altertümlicher Gläserschrank in einer Ecke und an einer Wand stand ein breiter, bäuerlich bemalter Kleiderkasten mit der Aufschrift: Jakob und Katharina Stumpp 1826. Die alte Frau trat zaghaft nochmals ein, ging leise an den Kleiderschrank, machte die beiden Türen weit auf und sagte, es ist nicht mehr viel im Schranke, aber wenn Ihr frische Strümpfe anziehen wollt, so habe ich da aus der ganz alten Zeit noch etliche Paare verborgen. Mit Hemden ists schlecht bestellt. Da liegt nur noch eines im Schrank. Aber nehmet alles, was Ihr brauchen könnet. Ein Wunder, daß die Russen nicht hinter alles gegangen sind wie bei all den Nachbarn. Vielleicht hat ihnen unser Haus zu armselig ausgesehen, vielleicht haben sie es aber in der Eile auch vergessen.

Sie nahm das Zeitungspapier von dem Gläserkasten, legte es sorgfältig zusammen und sagte, sie wolle in der Küche ein wenig zu Essen herrichten, wenn die Männer vorlieb nehmen wollten mit dem Wenigen, das sie ihnen geben könnte. Nein, das dürfe sie nicht tun, sagte der Unteroffizier, sie hätten bei sich, was sie brauchten; sie wollten vielmehr den Stiel umdrehen und sie möge von ihnen etwas annehmen. Und da hielt er ihr

auch schon einen Laib Brot und eine Fleischkonserve hin. Die Schokolade solle sie den kleinen Mädchen geben. Während er dies sagte und tat, nahm der Gefreite eine Tüte mit Zucker aus seinem Tornister und drückte sie der Frau, da sie nicht zuzugreifen wagte, in den Arm. Da sich die kleinen Mädchen gerade neben die Großmutter drängten, nahm er rasch noch ein paar Zuckerstücke aus der Tüte und hielt sie den Kindern hin. Diese wichen aber scheu zurück und verbargen ihre Hände auf dem Rücken.

Zucker, sagte die alte Frau langsam und mit zitternder Stimme, Zucker, das haben sie noch niemals gesehen. Es sind wohl zehn Jahre her, daß wir Zucker nicht mehr im Hause gehabt haben, und Schokolade, das können wir Alten uns schon kaum noch denken. Aber sagt, gibt es denn noch einen Platz auf der Welt, wo man solche Dinge haben kann? Man hat uns gesagt, dies alles fehle nicht nur bei uns, dies sei überall abgekommen und komme erst wieder, wenn die ganze Welt regiert werde, wie sie Rußland in diesen vergangenen zwanzig Jahren regiert hätten. Da liefen ihr die Tränen herunter und da sie nicht mehr weitersprechen konnte, ging sie mit den Kindern hinaus.

Die drei Soldaten sahen einander an, der Unteroffizier ging, weil er wohl nicht wußte, was er da sagen sollte, an den weit offenstehenden Schrank und sah eine ganze Weile hinein. Dies ist also alles, was die Leute noch haben, meinte er dann. Da traten auch seine Kameraden hinzu. Der Anblick, der sich ihnen darbot, war recht eigenartig. Die Schrankfächer waren fast leer. In dem einen lag ein Hemd, in einem anderen lagen ein paar über und über geflickte Kinderkleider und wieder in einem anderen eine einzelne verwaschene Frauenschürze. Diese Dinge lagen aber alle sauber gefaltet und geordnet da und waren, wie die hohen blütenweißen Wäschestöße in den Weißzeugschränken tüchtiger Hausfrauen mit bunten, wenn auch vergilbten Bändern umschlungen und zwischen das Band und die alte Schürze z. B. war, wie dies früher in den schwer gefüllten Schränken üblich war, ein Sträußchen künstlicher Blumen geschoben.

Die Männer machten die Türen zu und schlossen den Schrank ab. Auch der Gläserschrank barg keine großen Schätze mehr, aber auch dort war alles in einer sauberen Ordnung eingeräumt, die Glastüren waren sauber geputzt und es war nirgends Staub zu sehen.

Sie sahen noch ein paar alte Familienbilder an, die da an einer Wand hingen. Die Menschen auf diesen Bildern sahen zufrieden und reinlich aus und es war schon an den schweren und sauberen Kleidern zu sehen, daß sie in einem schönen Wohlstand gelebt haben mußten. Auf einem der Bilder waren in feierlicher Sonntagstracht inmitten einer großen Kinderschar der alte Mann und seine Frau zu erkennen. Im Hintergrund sah man, umrankt und umblüht, das Haus.

Die Männer wurden still und es war ihnen in einem seltsamen Gefühl nicht mehr nach Essen und Trinken. Sie sagten dies der Frau und da sie müde waren, beschlossen sie, sich niederzulegen, zumal sie am nächsten Morgen vor Sonnenaufgang aufbrechen mußten.

Sie fanden aber alle drei nicht den rechten Schlaf. Waren sie zu müde oder ließen sie die vielerlei Gedanken nicht schlafen? War es das helle Mondlicht, das durch die Fenster fiel oder war es das Geräusch, das vom Hofplatz kam und das sich anhörte, als hacke und schaufle dort jemand?

Sie wälzten sich unruhig auf ihren Lagern. Schließlich sagte der Unteroffizier leise, wie zu sich selber: Das ist ja verrückt, es muß jetzt mitten in der Nacht sein und ich möchte wissen, wer da hier draußen herumzuhacken hat. Er stand auf und trat halb angezogen ans Fenster. Da sah er in dem hellen Mondlicht, daß der alte Mann im Hof das Unkraut heraushackte und daß die Frau es mit den Händen zusammenfaßte und auf einen großen Haufen trug.

Er zog die Stiefel an und ging hinaus. „Was macht Ihr denn da mitten in der Nacht?" fragte er die alten Leute. Diese erschraken und der Mann fragte ängstlich, ob er die Soldaten in ihrem Schlaf gestört habe, dann wolle er sogleich einhalten.

Nein, sagte der Unteroffizier, das müßten schon andere Geräusche sein, die ihnen den Schlaf vertreiben könnten. Aber so sehr hätte er sich doch das, was er da im Unwillen über seinen Hofplatz gesagt habe, nicht zu Herzen nehmen sollen.

Ich weiß nicht, was Ihr da meint, sagte der Alte, aber ich habe Euch nie etwas über meinen Hofplatz sagen hören.

Warum räumt Ihr dann mitten in der Nacht hier auf?

„Ei, wie soll ich Euch dies erklären?" sagte der alte Mann, der sich ein wenig auf seine Hacke lehnte. „Ich weiß nicht, wie lange mir noch aufzuräumen vergönnt ist. Wir sind alt und schwach geworden in unserem Elend und jetzt ist Kriegszeit, da weiß keiner, was über ihn kommt. Der Hofplatz gehört mir nicht mehr und auch in den paar Kammern, die sie mir gelassen haben, bin ich nur noch

ein Schlafgast und muß Zins dafür bezahlen. Aber der ganze Hof mit Haus und Ställen und Feldern und Weingärten ist einmal mein Hof gewesen. Er ist von meinem Vater auf mich gekommen und auf ihn von seinem Vater. Dessen Vater aber hat ihn angefangen, aus nichts heraus als ein fleißiger Kolonist. Aber alle Höfe haben aufgehört in Rußland. Sie haben alles Land zusammengelegt und alles Vieh aus den Ställen in einen einzigen großen Stall geholt. Die Pferde sind abgekommen, weil alles mit Maschinen gegangen ist. Unsere Ernte haben wir nimmer in unsere Scheunen gefahren, es ist jetzt alles auf einen großen Haufen gekommen und bald sind die Scheunen und Ställe zerfallen. Es hat keine großen und kleinen Kolonisten mehr gegeben, überhaupt sind wir solcherweise keine Kolonisten mehr gewesen, überhaupt keine Bauern mehr. Wir sind wie Tagelöhner gewesen. Frühmorgens haben wir müssen im Kollektiv antreten und dann sind wir zur Arbeit hinter den Maschinen her geführt worden. Der Traktor ist den Roten ihr Herrgott geworden. Wir hatten dann um einen Hungertagelohn zehn oder zwölf oder noch mehr Stunden arbeiten müssen. Wir alten Männer und die Frauen und die Kinder. Junge und kräftige und tüchtige Männer sind ja schier nicht mehr dagewesen. Die einen haben sie verschickt, weiß Gott wohin, und die andern haben sie eingezogen zum Schanzengraben. Wir haben Werktag und Sonntag gearbeitet, bei Regen und beim guten Wetter. Wenn wir aber die Steuern für Haus, Krautgarten und Kartoffelland, für das Schwein und die paar Hühner, die wir haben halten dürfen, zusammengezählt haben, hat der Lohn vom ganzen Jahr kaum zum Zahlen hingereicht. Ich weiß selber nicht, wie wir nicht alle verhungert sind. Man hat uns in einem Jahr gerad vier Eßlöffel voll Oel gegeben und das Mehl hätte man in ein paar Mützen heimtragen können. In jenem Jahr haben wir uns Suppen aus Gras gekocht und die abgekörnten Welschkornkolben haben wir zu Mehl verrieben.

Aber daß wir so bettelarm geworden sind, das wäre nicht das Aergste gewesen. Aeger ist gewesen, daß man hinter uns herspioniert hat, auf dem Feld und in den Häusern, ob wir nicht vielleicht einmal ein Wort sagten, das unseren Machthabern nicht gefiel. So sind wir scheu und mißtrauisch geworden und wir haben uns voreinander verschlossen, ein Nachbar vor dem anderen, ja oftmals die Eltern vor den Kindern. Denn in den Schulen hat man den Kindern gesagt, daß sie keine richtigen Genossen dieses Regiments seien, wenn sie nicht unerbittlich acht hätten auf die Alten. Aber auch dies war vielleicht noch nicht das Aergste. Das Allerärgste war, so meine ich, daß wir in unserer Armut haben auch ganz und gar verwahrlosen müssen.

Ja, Herr, ich sehe, daß ihr ungläubige Augen machet und daß ihr denket: Wenn man nicht will, dann kann man bei aller Armut doch ordentlich bleiben. Verwahrlosen muß keiner. Aber haltet mir zugute: In diesem Lande hat man es müssen.

Sehet, von Anfang an, von meinem ersten Altvater in diesem Lande an ist der Hof in Ordnung gewesen, wie ein Bauernhof sein soll, wenn ein Deutscher der Hofwirt ist. Es ist auf den Feldern kein Unkraut gewesen und nirgendwo eine schlechte Stelle. Die Ställe sind sauber gehalten worden schier wie die Stuben, und auf dem Hofplatz ist kein Gras gewachsen und nirgendwo sind Dachschindeln oder Steine oder gar Scherben herumgelegen.

Am Anfang des neuen Regiments haben wir wenigstens um unsere Häuser her alles sauber gehalten, auch wenn es nicht mehr unsere Häuser gewesen sind. Wir haben aber bald gemerkt, daß dies den Herren, die im Dorf über uns gesetzt waren, nicht gepaßt hat.

Diese Herren, das waren unsere paar Taugenichtse aus dem Dorf, die bösesten und die verachtetsten Menschen und etliche fremde Kommissäre, die man uns geschickt hat. Eines Tages kamen zwei solch halbwüchsige laute Burschen am Hofplatz des Johannes Müller vorbei. Ihr sehet den Hof dort." Er wies mit dem Arm über die Dorfstraße, wo im Mondlicht ein niedriger Strohgiebel unter einem hohen Baume zu sehen war. „Der Nachbar war dabei, seinen Hofplatz mit dem Besen reinzufegen. — Ei, sagte der eine der Burschen, so einer bist Du! Du willst scheints wieder für Dich selber gehen. Möchtest gewiß am liebsten wieder ein Kulak werden? Wieder ein eigenes Haus und einen eigenen Hofplatz, denkst Du! Und da kämen dann wieder Sträucher und Blumen in den Garten, und der Platz würde fein hergemacht, damit Du recht schön mit Deinem Eigentum protzen könntest! Daraus wird nichts, Genosse! Du hast scheints noch zu viel Zeit. Man wird Dir zeigen, wo Du fegen kannst! —

In der Nacht holten sie den Mann aus dem Bett. Er ist verschickt worden und niemand hat jemals mehr etwas von ihm vernommen. Und kurz danach hat man nochmals zwei Männer fortgeführt, nur weil sie den Platz vor ihrem Haus haben in Ordnung halten wollen.

In den Stuben hat man eher noch ein bißchen auf das Wenige sehen können, das einem verblieben ist. Da hat man die Läden zumachen und die Haustür schließen können. Und manchesmal habe ich heimlich die Kastentür aufgemacht und habe hineingeschaut. Es war ja beinahe nichts mehr darin. Aber das Wenige lag in rechter Ordnung beieinander. Und es war auch schön, mit dem Finger über eines der leeren Bretter im Schranke zu fahren, worauf in früherer Zeit reine, schöne Wäsche lag, seinen Finger vor die Augen zu halten und zu sehen, daß kein Staub daran war.

Glaubet mir, Herr, es hat mir jedesmal das Herz geblutet, wenn ich über meinen Hofplatz habe gehen müssen. Ich habe oft gedacht: Wenn ich das wenigstens noch erleben dürfte, daß ich noch einmal Ordnung machen könnte auf dem Platz, den mein Vater und sein Vater und wieder dessen Vater in schöner Ordnung gehalten haben, und der in meinem Leben so hat verkommen müssen. Dies wenn mir nochmals vergönnt wäre, da wollte ich Schlaf und Essen vergessen und hernach wollte ich gerne sterben.

Und wenn Ihr nun gefragt habt, Herr, warum ich mitten in der Nacht hier aufräume, jetzt wisset Ihrs."

Der Unteroffizier, dem der Zorn in den Kopf stieg, trat auf den alten Mann zu, der noch immer, auf seine Hacke gelehnt und ein wenig vorgebeugt im Hofe stand, nahm ihn am Arm und sagte:

„Kommt, setzt Euch ein wenig zu mir auf die Hausstaffel, Ihr seid müde."

Er setzte sich neben den Alten, stützte die Ellbogen auf die Knie und sah ihn von der Seite an. Er sah erst jetzt, wie eingefallen das Gesicht des Mannes war und er fragte sich, als er seine dünnen bloßen Arme ansah, wie ein Mensch mit so wenig Fleisch auf den Knochen überhaupt noch zu gehen, zu hacken und zu schaufeln vermöge.

„Was Ihr erzählt", sagte er, „müßte die ganze Welt hören. Ihr habt mir ein Licht aufgesteckt wie es mir über den dicksten Büchern nicht heller hätte aufgehen können. Aber nach allem, was Ihr in Eurem Leben mitgemacht habt, ist es nicht recht, daß wir in Euren Betten liegen."

Der Mann hob beide Hände, als wolle er solche Worte abwehren. „Saget solches nicht. Es ist uns ein Jammer, daß wir Euch nicht besser beherbergen können. Oh, wäret Ihr in der alten Zeit gekommen, so hättet Ihr nette Stuben und hohe, gute Betten und reine, schwere Wäsche vorgefunden. Und die Pferde und Fuhrwerke wären Euch zu Diensten gewesen und die Frauen hätten Euch aufgetragen, daß es eine Lust hätte sein müssen. Ihr hättet Euch freuen können, wenn am Abend die jungen Leute aus der Nachbarschaft auf den Hof gekommen wären und gesungen hätten. Da wäre dann das kleine Volk herumgesessen. Liebe Zeit. Das kleine Volk! Da haben Sie unser ganzes Elend. Ich habe sechs Söhne und drei Töchter gehabt. Zwei Söhne sind umgekommen, zwei sind verschickt, einer ist auf einer anderen Kolonie und der letzte ist von den Russen eingezogen worden. Von den Töchtern ist eine gestorben, die andere hat nach auswärts geheiratet und die dritte, das ist jene, die wir im Maisfeld haben begraben müssen. Wenn es nach der alten Art bei uns weitergegangen wäre, müßten wir wohl an die vierzig oder fünfzig Enkel haben und so sind es ganze drei. Aber ich rede hier, wo es jetzt schaffen heißt. Doch glaubet, ich habe seit Jahr und Tag nicht mehr so viel geredet. Es ist jetzt das große Glück, daß Ihr da seid. Aber es ist eine Schande, daß ich da schwatze, wo der Unrat noch auf dem Hofplatz liegt."

Er wollte aufstehen, doch Tiedemann hielt ihn fest. „Erzählt mir noch ein wenig, wenn es Euch nicht zu sehr angreift. Ich will nachher meine Kameraden wecken und wir wollen Euch helfen, daß der Platz bis zum Morgen sauber ist."

Der Alte wollte wieder abwehren. „Wisset", sagte er, „ich hätte am liebsten gleich angefangen, wie wir aus den Feldern gekommen sind, aber wir wollten zuerst die Kammern ein wenig herrichten, daß wir Euch, wennschon in Armut, so doch in Anstand aufnehmen könnten, wenn Ihr kämet. Wenn Ihr es nicht antreffet, wie es recht wäre, und wenn Ihr manche von unseren Leuten scheu und verwirrt antreffet, und wenn Euch manche gar nicht in ihre Häuser lassen wollen, so bedenket, wie böse man all die Zeit mit uns verfahren ist und bedenket auch, daß uns der Schreck aus dem Maisfeld noch in allen Gliedern sitzt.

Das war ein Hin- und Herfliegen nicht zum Beschreiben. Die deutschen Flieger sind mit unheimlichem Getöse so niedrig über die Felder geflogen, daß der Windsturm, den sie angeblasen haben, die dürren Maisblätter abgerissen und mitgewirbelt hat. Dabei ist einmal eine Frau vorzeitig niedergekommen, so daß ihr nicht mehr zu helfen gewesen ist. Einmal hat in einer Nacht eine russische Granate Großvater, Großmutter, Mutter und zwei Kinder in ihrem Versteck erschlagen. Nur das kleinste Mädchen ist wie durch ein Wunder am Leben geblieben. Es ist weinend durch die hohen Maisstauden geirrt und hat nach sei-

nem Vater gerufen. Aber da hätte es lange rufen können. Denn der Mann war auch von den Russen geholt worden. So ist das Unglück mit jedem Tag größer geworden. Noch am letzten Abend ist ein Trupp Russen auf der Flucht in das Feld eingebrochen, in dem die meisten von uns eine Zuflucht gesucht hatten. Sie haben uns in ihrer rohen Art mit Schimpfen und Fluchen gefragt, warum wir nicht, wie es strenger Befehl gewesen, unser Dorf und die Felder verbrannt und die Traktoren und die Mähdrescher vernichtet hätten und warum wir nicht gegangen seien. Ob wir am Ende gar auf die Deutschen warteten? Dies würde uns gründlich vergolten werden, denn die Rote Armee ziehe sich nur ein kleines Stück zurück, damit sie die Deutschen in die Falle locke. Dann aber komme sie wieder, darauf könnten wir uns verlassen. Dann werde man an uns denken. Dann werde man ja wissen, wer es von uns mit den Deutschen gehalten habe, wer mit einem Deutschen auf der Straße gestanden oder wer am Ende gar einen in seinem Haus beherbergt habe. Man werde dies alles ganz genau wissen, denn es blieben genug zuverlässige Leute zum Aufpassen da. Am gescheitesten wäre es, — so haben sie uns angeschrien — man würde uns verfluchte deutsche Kulaken niederschlagen wie räudige Hunde.

Sie haben dann einen Teil von uns wehrlosen Leuten, diejenigen, die ihnen gerade vor die Füße gekommen sind, ein schönes Stück weit mitgetrieben, auch Frauen, die ihre kleinsten Kinder auf dem Arm trugen, indes sich die größeren weinend an ihre Röcke hängten. Erst als deutsche Flieger wieder niedrig über ihnen weggebraust sind und sie in eine heillose Angst und Verwirrung gebracht haben, haben sie von ihnen abgelassen.

Aber nun, da ihr bei uns seid, hat die arge Not ein Ende!

Er stand nun langsam auf, trat zu der Frau, die während dieser ganzen Zeit weitergehackt und Schutt zusammengetragen hatte, sagte ein paar Worte zu ihr und ging auch wieder an seine Arbeit.

Währenddessen ging Tiedemann in die Kammer, weckte seine beiden Kameraden, zündete sich eine Zigarette an und während sie in ihre Kleider fuhren, sagte er ihnen in kurzen Worten, was er erfahren hatte. Nach all dem möchten sie nicht aufbegehren, wenn er sie mitten in der Nacht aus dem Schlaf gerissen habe, sie möchten vielmehr dem alten Manne helfen bei seiner Arbeit.

Bevor es Tag werde, wolle er dann ins Haus gehen und Feuer im Herde machen und aus dem, was sie in ihren Tornistern hätten, den alten Leuten und den elternlosen Kindern ein Frühstück bereiten. Vielleicht könnten sie, da ja jeder über sein Militärzeug hinaus noch irgendein gutes oder warmes Kleidungsstück von daheim bei sich habe, den Leuten etwas neben die Teller auf den Tisch legen. Für den Alten wäre etwas Tabak und Zigarettenpapier nicht schlecht; denn er habe beobachtet, wie dieses grobes Zeug, das kaum Tabak gewesen sein könne, einfach in ein Stück Zeitungspapier gewickelt habe.

Die Männer gingen nun, ohne viel zu reden, auf den Hof, suchten, zum Erstaunen der alten Leute, nach Schaufel, Hacke und Rechen und gingen bei dem hellen Mondlicht an die Arbeit.

Als der Tag graute, war der Hof aufgeräumt und sauber gefegt. Das Gras war ausgejätet und der niedergebrochene Lattenzaun war wieder aufgerichtet, sogar die fehlende Treppenstufe war notdürftig wieder eingesetzt.

Als die alten Leute mit den beiden Soldaten ins Haus gingen und in die niedrige Küche traten, waren sie sehr erstaunt. Denn auf dem großen alten Tisch standen schön bereitgestellt ihre paar Tassen und Teller und dazu aber auch noch Geschirr aus dem Gläserschrank und es duftete nach einem guten Essen und nach richtigem Kaffee, wie es ihn bei ihnen seit einer sehr langen Zeit nicht mehr gegeben hatte. Und als sie sich mit den Kindern niedersetzten, da sahen sie, daß neben ihre Teller allerlei Dinge gelegt waren: Strümpfe, ein gutes Hemd, eine warme, wollene Weste, Tabak und Papier. Und auf den Tellern der Kinder lagen zwei schöne, fertige Karten. Auf der einen war ein blühendes Wiesental zu sehen und auf der anderen ein Dorf auf einem schönen Hügel. Von dorther, sagten die Soldaten, kämen sie, und diese Karten hätten ihnen ihre eigenen kleinen Töchter von daheim geschickt.

Die alten Leute dachten nicht, ihre Hände vom Schoß zu nehmen. Sie sahen vor sich hin und erst nach einer geraumen Weile fragte der Mann: „Was ist aber dies alles? Was machet Ihr denn für Sachen? Die Russen haben uns jedesmal das ganze Haus leergeräumt, wenn sie dagewesen sind, und Ihr, von denen man uns so fürchterliche Sachen erzählt hat, Ihr stehet in der Nacht auf und helfet uns den Hof räumen und dann tischet Ihr uns auf, was Ihr doch sicherlich selber nötig hättet."

Dabei hatte er feuchte Augen.

„Es ist mir, als ob Weihnachtsabend in der alten Zeit wäre", sagte die alte Frau, „und nicht früher Morgen mitten im Sommer und jetzt im Krieg."

„Mit Weihnachten", sagte der eine der Soldaten, um der Ergriffenheit dieses Augenblicks irgendwie zu begegnen, „wird es nicht mehr viel gewesen sein in Rußland."

„Nichts mehr", sagte die Frau, „seit bald zwanzig Jahren ist Weihnachten nicht mehr bei uns gewesen. Sie haben es uns verboten und als Dummheit hingestellt und darüber bös gespottet. Am Anfang haben wir hinter den verschlossenen Türen noch ein paarmal einen kleinen, geschnitzelten Lichterbaum gemacht, bis sie dieserhalb einmal eine Familie auseinandergerissen und arg gequält haben."

Dabei stand sie auf und ging hinaus. Sie kam aber gleich wieder mit einer kleinen, grob verschnürten Schachtel, die sie auf den Tisch stellte und öffnete. In der Schachtel lagen ein paar rote Kerzenstümpchen und die glitzernden kleinen grünen und roten und weißen Scherben zerbrochener Weihnachtskugeln.

„Dies ist alles", sagte sie, „was bei uns von Weihnachten geblieben ist. Ich habe das aufgehoben bis jetzt.

Die beiden kleinen Mädchen griffen nach den bunten, gewölbten, dünnen Glasstückchen und hielten sie unbeholfen in ihren Händen.

Der Unteroffizier ermahnte die alten Leute, zuzugreifen und Essen und Trinken nicht zu vergessen. Mehr im Spiel als in besonderer Absicht zündete er einen der kleinen Kerzenreste an und stellte ihn mitten auf den Tisch.

Nach diesem seltsamen Frühstück packten die Soldaten ihre Sachen und als sie aus dem Hause gingen, begleiteten die Leute sie an den Zaun. Der Gefreite hatte die beiden Mädchen, die nun ganz ohne Scheu waren, an den Händen.

Als sie sich verabschiedeten, sagte der Alte: „Wenn Ihr bloß nach etlicher Zeit nochmals wieder kommen möchtet. Dann hätte es hier," — und dabei wies er mit einer weiten Bewegung über den Hofplatz — „ein anderes Aussehen. Ich werde heute noch über das Hausdach hergehen und die Löcher flicken. Vielleicht gibt es bald Verputz und Farbe für Läden und Türen. Die Läden werden dann offen sein und die Frau muß für Blumen vor den Fenstern sorgen. Auch das Hofmäuerchen wollen wir wieder mauern und Bäume und Blumen vor das Haus pflanzen. Gut, daß jetzt Mondschein ist. Wo nun nochmals ein neues Leben beginnt, ist nicht Zeit zu schlafen. Denn da hinten muß ja der Stall hin und dort die Scheune. Doch all dies werde ich alter Mann nicht mehr erleben. Aber wenn der Tochtermann aus all dem Elend wiederkommen wird von den Russen, kann er ja weitermachen. Die Völkerschaften in dem großen Rußland sollen sehen, daß die Deutschen wieder von vorn anfangen."

Auf der Straße sammelten sich die Soldaten. Und jetzt standen in dem Dorf, das noch am Abend zuvor wie ausgestorben war, die ganze lange Straße hin die Menschen. Die Frauen, alte Männer und Kinder. Und als das Kommando zum Marsch kam, hoben zuerst wenige die Arme zaghaft zum Gruß, dann eins nach dem andern und zuletzt winkten sie alle; ja, als die Abteilung schon weit aus dem Dorfe, aber an dem leicht ansteigenden Hange noch zu sehen war, nahmen manche Frauen ihre Kopftücher herunter und winkten damit.

Als die Soldaten auf der Höhe verschwunden waren, wischten sich viele die Tränen ab. Dann gingen sie in ihre Höfe und Häuser und begannen ihr neues Leben ...

Bei den größten Verlusten müssen wir uns sogleich umschauen, was uns zu erhalten und zu leisten übrig bleibt.

Goethe



An unsere Leser!

1. Mit diesem Heft schließen wir den 2. Jahrgang unserer Zeitschrift ab und weisen erneut auf das nunmehr gültige Semester-System hin:

   Wir bitten Sie, alle Neubestellungen sowie Erneuerungen auf den Dauerbezug unserer Zeitschrift ab sofort nur noch folgendermaßen vorzunehmen:

   a) 1. Semester 1949 (Bezug von Januar bis Juni 1949);
   b) 2. Semester 1949 (Bezug von Juli bis Dezember 1949)
   c) Ganzjahr 1949 (Bezug von Januar bis Dezember 1949, auch bei Neubestellungen im Verlauf des Jahres rückwirkend möglich).

   Die fehlenden Hefte bis zum Anlauf des Dauerbezuges können nur einzeln zum Ladenpreis bezogen werden.

2. Um die Organisation übersichtlicher und leichter zu gestalten, bitten wir unsere Kunden, r e c h t z e i t i g an die Erneuerung ihres Bezuges zu denken und spätestens e i n e n Monat vor Ablauf ihres Bezuges uns bezw. unserem Vertreter mitzuteilen, ob sie diesen zu verlängern beabsichtigen.

3. Die beiden Hefte Januar und Februar 1949 werden in Anbetracht der Ferienzeit vornehmlich der gepflegten Unterhaltungslektüre gewidmet sein.

4. Einbanddecken: Wir liefern wiederum die bekannten ansprechenden Einbanddecken in grobem Rohleinen mit Aufdruck. Es können nur Aufträge berücksichtigt werden, die b i s zum 15. März 1949 bei uns eingegangen sind und bei Auftraggebung b e z a h l t wurden.
   Der Preis für jede Einbanddecke beträgt $ 4.- (einschl. Versandspesen).

5. Der neue Jahrgang trägt ein neues Titelbild, das von Rudolf Warnecke (Dinkelsbühl) geschnitten wurde.

6. Folgende Hefte unserer Zeitschrift sind noch nicht vergriffen und können vom Verlag nachgeliefert werden:

   1947 — 4, 5, 6, 7 (Weihnachts-Sonderheft)
   1948 — 1, 2, 7 (zweiter Teil der Briefe von Gral. Jodl),
   10 („Die letzten Tage der Reichsregierung"),
   11 (Schlußreden der in Nürnberg zum Tode Verurteilten),
   12 (Weihnachts-Sonderheft).

FRAUEN um berühmte Dichter:

Theodor Storm und Doris Jensen

VON UDO WOLTER*

FORTSETZUNG VON HEFT 11, 48

1848! — Konstanze Storm nahm das Blatt, das auf dem Schreibtisch lag, achtlos hingeworfen und bedeckt mit wilden, unruhigen Schriftzügen, die von der Gehetztheit der Niederschrift sprachen.

Frevel.

Die Stunde schlug, und deine Hand
Lag zitternd in der meinen,
Ich fühlte auf den Lippen schon
Den schwülen Duft der deinen ...

Die Flammen tratst du in den Staub,
Die lechzend sich entfachten.
Du hast das Blut mir angesteckt
Und läßt mich nun verschmachten.

Es war zu spät, der heißen Flut
Die Adern zu verwehren;
Einmal in schlummerloser Nacht
Wird sie auch dich verzehren.

Die Lippen, die sich so berührt,
Sind rettungslos gefangen;
Spät oder früh, sie müssen doch
Sich tödlich heimverlangen.

Die Lippen, die mich so berührt,
Sind nicht mehr deine eignen,
Sie können doch, so lang du lebst,
Die meinen nicht verleugnen.

Konstanze legte das Blatt beiseite. Sie senkte den Kopf und die Tränen liefen ihr über das Gesicht, während sie die Hände über ihr armes, zuckendes Herz preßte, das in Anklage, Schuld und wilder Verzweiflung zu vergehen drohte. Sie hatte den Sturm heraufbeschworen, sie war stolz und unnahbar durch diese wilde Liebe gegangen, die sich vor ihren Augen abspielte und sie kannte jetzt auch den Kampf, den Doris und ihr Mann mit sich führten, um sich aus dieser Leidenschaft zu lösen. Sprach dieses Gedicht nicht von dem Widerstand, den Doris seit Wochen gegenüber einem immer unerträglicher gewordenen Zustand leistete?

Konstanze hob den Kopf, starrte vor sich hin. Sie waren beide nicht schlecht, weder ihr Mann noch Doris. Sie wußte, wie diese beiden Menschen sich quälten. Mit einer hastigen Bewegung erhob sie sich, ging hinüber in das Gartenzimmer zu ihrem Mann.

Storm sah auf, als Konstanze eintrat. Unbeweglich wartete er, bis sie ihm gegenüber Platz genommen hatte.

„Ich habe das Gedicht gelesen", sagte sie leise. „Du hast es für Doris geschrieben.
Er sah an ihr vorüber.
„Ja", sagte er hart.

Sie dachte zurück an die wilde Versöhnungsnacht, in der er ihr versprochen hatte, sich endgültig von Doris zu trennen. Sie erschauerte plötzlich. In dieser Nacht, die eine Unwahrhaftigkeit gewesen war, die erste Unwahrhaftigkeit, die sie sich beide je gegeben hatten, lag alle Schuld beschlossen, für die sie jetzt zu büßen hatten.

„Vielleicht war ich zu jung, um wirklich zu lieben", sagte sie ruhig. Sie wies ihr Herz zur Ruhe, das in ihr zuckte und schrie, sie sprach ruhig weiter: „Aber, wenn ich dich jemals geliebt habe, so liebe ich dich jetzt. Vielleicht mußten erst die Dinge um Doris kommen, um mich erkennen zu lassen, wie sehr ich dich liebe."

Sie beugte sich vor, ihre Hand zitterte, als sie ihm mit einer unendlich behutsamen und liebevollen Bewegung über das Haar strich.

„Und weil ich dich liebe, mehr als mich selbst und mein eigenes Leben, darum gebe ich dich jetzt frei. Weil ich von dir geliebt werden will und du mir diese Liebe nicht geben kannst, darum trenne ich mich von dir. Vielleicht habe ich dich früher zu wenig geliebt, um diesen Stolz zu haben."

Sie hatte sich erhoben, sie stand vor ihm, ruhig und gefaßt, aber ihr blasses Gesicht sprach von dem Kummer und den Tränen, die sie um ihn geweint hatte.

„Ich werde nicht allein auf diesem Wege bleiben, das ist mein ganzer Trost. Ich trage ein Kind von dir."

Er fuhr empor, er starrte sie an. Er stand mit zwei großen Schritten vor ihr und packte sie an den Schultern, so hart, daß sie sich unter seinem schmerzhaften Griff zusammenzog.

„Herrgott, Dange ...!"

Sie erwartete ein Kind von ihm und sie wollte gehen! Sie hatte noch nie so mit ihm gesprochen, wie heute, er hatte zum erstenmal den Klang ihrer übergroßen Liebe gehört, den er bisher nur geahnt hatte.

Er riß sie an sich, er küßte sie. Und unter ihrem wilden Kuß, der ihn aufrüttelte, wie eine Flamme, die der Sturm davontrug und zu wildem Brand entfachte, wußte er unerbittlich, daß Doris auf dem Wege, den er jetzt zu gehen hatte, geopfert werden mußte.

*

Doris Jensen brach nicht zusammen unter dem wilden Schlag, den das Schicksal ihr versetzte. Starr und tränenlos nahm sie die Entscheidung entgegen, starrte Storm an.

„Ich werde einmal alt werden. Und dann werde ich zu dir und Konstanze kommen, was das Leben mir zu geben hatte, hat es mir gegeben."

Sie führte aus, was sie versprochen hatte. Sie kam manchmal, von Konstanze selbst geholt, in das Haus der Neustadt-Gasse, sie betrachtete den kleinen Sohn Storms, dem er in übergroßer Freude und Vaterliebe das später überall berühmte Märchen „Der kleine Hävelmann" geschrieben hatte, sie sah Konstanzes zweiten Sohn auf die Welt kommen. Sie sah keinen anderen Mann an, sie ging in keine Gesellschaft. Sie suchte kein Vergessen, das ihre Schönheit und ihre Jugend ihr vielleicht hätten schenken können. Ihre Liebe und ihre Leidenschaft kannten auch jetzt nur den einen, dem sie auf dieser Welt nicht mehr gehören durfte.

*

Die Dänen brachen in Schleswig-Holstein ein.

Im November 1853 verließ Theodor Storm die Heimatstadt, das Land, aus dem sein ganzes Schaffen und Wirken Kraft und Gläubigkeit gezogen hatte, um aus wohlhabenden Verhältnissen heraus in Potsdam eine kleine, für die ersten Monate unbezahlte Assessorenstelle am Kreisgericht anzunehmen. Einer der letzten Menschen unter den Hunderten, die sich von ihm verabschiedeten, war Doris.

Sie gab ihm die Hand, sie sah ihn an.

„Ich liebe dich", sagte sie leise. Er sah erschüttert in ihr schmales, blasses Gesicht, aus dem die Hoffnungslosigkeit einer ganzen Welt sprach.

Sie legte einen Augenblick ihre Stirn gegen seine Hand.

„Vielleicht sehen wir uns nie wieder, ich war bisher wenigstens in deiner Nähe." Sie schloß die Augen, und aus Leid und Hoffnungslosigkeit heraus blühte ein schwaches Lächeln in ihren Zügen auf. „Aber ich werde immer an dich denken, nur an dich allein. Es ist der letzte Trost, der mir bleibt."

Sie sah dem Wagen nach, sie wandte sich langsam ab. Drei Menschen begannen ihren schweren Weg zu gehen, Doris Jensen in die Einsamkeit und Verlassenheit und Storm und Konstanze der zehnjährigen Verbannung und dem Hunger entgegen.

*

1865! — Es wurde still in dem Zimmer des Hauses in der Süderstraße zu Husum, in dem Storm an dem Krankenbett Konstanzes saß, die ihm nach dem in der Verbannung geborenen dritten Sohn und vier Töchtern vor zwei Wochen, am 4. Mai, noch ein Töchterchen geschenkt hatte. Den Kopf in die Hand gestützt, sah Storm auf Konstanze nieder, die in wilden Fieberträumen und heftig atmend in den Kissen lag.

Wie sehr er sie in diesen ganzen Jahren der Not und der Verbannung lieben gelernt hatte, wie sehr sie zueinander gehörten! Das Schicksal hatte ihrer Liebe zuerst die Kämpfe und dann die Erfüllung gegeben. Nur durch das Glück dieser Ehe hatte er die Not, das Elend, die täglichen Sorgen und den Hunger überstehen können, die auf sie hereinbrachen. Und nun, nachdem die Dänen vertrieben waren, nachdem die Heimat ihnen wieder gehörte, gab das Schicksal ihm und Konstanze ein armseliges und knappes Jahr. — Er erhob sich, die Verzweiflung trieb ihn an das Fenster, hinter dem eine sternenklare Frühlingsnacht stand. Warum war das Schicksal so grausam und unerbittlich mit ihm?

Konstanze war schon fast gesund gewesen, als sie die Wärterin wechselten. Die neue Pflegerin kam von dem Krankenlager einer an Kindbettfieber gestorbenen Frau und steckte Konstanze an.

Ein schwaches Stöhnen Konstanzes riß ihn herum. Er ging zu ihr, kniete neben ihrem Bett nieder. — Sie versuchte sich aufzurichten, bis er sie sanft zurückhielt.

„Die Kinder", flüsterte sie. „Ich möchte sie noch einmal sehen."

Die Kinder kamen herein, um der Mutter „Gute Nacht" zu wünschen. Sie sah sie an, drückte ihnen still die Hand. Nur den ältesten Sohn Ernst behielt sie noch einen Augenblick bei sich.

„Gute Nacht, mein Sohn, ich sterbe!" sagte sie leise. Sie sah dem weinenden Jungen nach, sie nahm ihr vierzehn Tage altes Töchterlein zu sich. Die eine Hand in der Hand ihres Mannes, schlief sie wieder ein.

Die ganze Nacht saß Storm an dem Bett Konstanzes, unbeweglich, starr und tränenlos, bis der Todeskampf einsetzte. Um sechs Uhr morgens schlief Konstanze, die Hand noch immer in der seinen und ihr Töchterchen im Arm, in jene andere Welt hinüber, auf die sie sich schon vor den hilflosen Worten der Aerzte seit Tagen vorbereitet hatte. — Am 24. Mai, mit Sonnenaufgang, trugen Storm und wenig Freunde Konstanze durch einen wunderbaren Frühlingsmor-

gen zu Grabe. Er selbst hatte der toten Geliebten die ersten Rosen, die sie so sehr liebte, in das Haar gesteckt, ihren Sarg damit geschmückt. Kein Glockengeläute begleitete den stillen Zug, der an den Lieblingsplätzen Konstanzes vorbei zu der Familiengruft bei den Linden von St. Jürgens führte.

Stunden um Stunden saß Storm nach der Heimkehr, allein und in sich gekehrt, vor dem Klavier, bis Schmerz und Trauer ihm zu erster Erlösung die Feder wieder in die Hand drückten.

*

1866! — Durch den Garten des Hauses in der Süderstraße kam eine schmale, schlanke Frau, die sich kaum dem Ansturm der Kinder erwehren konnte, die auf sie zustürmten. — „Tante Doris!"

Storm öffnete das Fenster der Terrasse, sah Doris Jensen entgegen. Er hatte den Sommer des vorigen Jahres in Baden-Baden verbracht. Turgenjeff, der berühmte russische Dichter, hatte ihn eingeladen, in den Gesprächen mit ihm hatte er die erste Ruhe nach dem Tod Konstanzes gefunden. Und dann war das Wiedersehen mit Doris gekommen!

Sie hatte noch immer auf ihn gewartet, hatte einer hoffnungslosen Liebe ihr Leben geopfert. Mit einer seltsamen Erschütterung hatte er gesehen, wie sie in den Wochen nach ihrem Wiedersehen aufgeblüht war, wieder jene tapfere, leidenschaftliche und starke Doris Jensen wurde, die er einmal so geliebt hatte. Sie war noch immer jung, jung für ihn geblieben! Daß Gott einem Menschen solche Kraft verleihen konnte!

Und nun war sie bei ihm und hatte die Aufsicht über die Kinder übernommen, die nicht ohne Mutter bleiben konnten und bald in zärtlicher Liebe an ihr hingen. Erfüllt von einem schwingenden, tiefen Gefühl ging Storm Doris Jensen entgegen und nahm sie in die Arme.

Mit einer unendlich rührenden und hingebenden Bewegung legte sie den Kopf an seine Schulter.

„Ich hatte nie mehr an ein Glück geglaubt. Und nun bist du bei mir."

„Willst du jetzt für immer bei mir bleiben, Doris?"

„Ich hatte ja immer auf dich gewartet", sagte sie leise.

Mit geschlossenen Augen überließ sie sich seinem Kuß, der ersten Zärtlichkeit, die er ihr seit ihrem Wiedersehen gab. Sie wußte, daß er erst die Dinge seines ersten Lebens zu ordnen gehabt hatte, ehe er jetzt ganz zu ihr fand.

Am 13. Juni 1866 wurden Theodor Storm und Doris Jensen in dem Pastorat zu Hattstett bei Husum getraut. Eine kurze Hochzeitsreise führte die beiden Liebenden nach Westermühlen, das so viel Erinnerungen für sie beide barg, dann verlangten die Kinder in Husum nach der neuen Mutter.

„Seit vierzehn Tagen waltet die kleine Do in meinem Hause wie ein kleiner, guter Hausgeist", schrieb bald darauf Storm an seinen Freund Brinkmann. Zwei Jahre später, als ihm Doris ihr erstes und einziges Kind schenkte, fand er dann auch wieder zu seiner Dichtung zurück, deren Strom solange versiegt gewesen war. Von neuem begann Doris, der die Welt schon früher den schönsten und größten Teil seiner Dichtungen verdankte, sein Schaffen zu beeinflussen.

*

1888! — Ein kurzer, qualvoller Ruf rief Doris an das Bett ihres kranken Mannes.

„Do!" — Sie setzte sich neben ihm nieder, strich ihm das Haar aus der Stirn. Sie wußte, daß er sterben würde, sie wußte es bereits seit einigen Jahren, als der Arzt ihr mitteilte, daß Storm an Magenkrebs litte. Er hatte es damals erfahren, aber dann hatten Freunde eine Scheinuntersuchung vorgenommen, um ihm den Lebensmut zurückzugeben, hatten ihm erklärt, daß es sich doch nur um eine harmlose Geschwulst handelte.

Sie hatte Jahre hindurch ihr schweres Geheimnis mit sich herumgetragen, und nun war die Stunde gekommen, in der es Abschied zu nehmen galt.

Draußen am Himmel über Hademarschen und dem Meer zog ein Gewitter auf. Ein Gewitter hatte einmal auch seine Geburt begleitet.

Storm richtete sich auf. Vor wenigen Monaten noch, im Februar, hatte er sein unsterbliches Werk, den „Schimmelreiter" beendet, nachdem die Welt ihm schon vorher zu seinem siebzigsten Geburtstag für seine Gedichte, die zu den schönsten der deutschen Lyrik gehörten, und für seine meisterhaften Novellen eine triumphale Feier und zahllose Ehrungen bereitet hatte. Jetzt galt es, mit dem Tod fertig zu werden, den er selbst so oft in seinen Dichtungen gerufen hatte.

Er versuchte zu sprechen, aber die Schmerzen ließen es nicht zu. Mit zusammengepreßten Lippen starrte er durch das Fenster in den verhangenen Sommerhimmel, aus dem von Zeit zu Zeit ein Feuerschlag fuhr.

Er nahm die Hand von Doris, legte mit einer schwachen Bewegung seinen Kopf dagegen. Er sah die Tränen in ihren Augen, flüsterte noch einmal ihren Namen. — „Do!"

Sein Leben hatte in ihr seine Erfüllung gefunden. War es nicht so, daß ihr unerschütterlicher Glaube an ein Wiedersehen, der jetzt aus ihrem Gesicht zu ihm sprach, auch ihn über diese schwere Stunde hinweg tragen mußte?

Mit einem Lächeln schloß Theodor Storm am 4. Juli 1888 unter dem Grollen des Sommergewitters nach qualvollem Todeskampf für immer die Augen. Am 7. Juli wurde der tote Dichter nach Husum, seiner „Grauen Stadt", überführt, um dort die letzte Ruhe zu finden.

ZEITBRIEF AUS DEUTSCHLAND:

ZURÜCK ZUR KULTUR!

VON PROF. HERBERT FREUDENTHAL

Ich besaß zwei Taschenuhren. Die eine nahm mir die erste russische Radfahrerpatrouille ab, der ich nach dem Waffenstillstand begegnete. Der Führer entblößte den Arm, als er sie umband; es war die fünfte oder sechste, die ihn vom Handgelenk bis zum Ellbogen hinauf also zierte. Wie Armbänder die Haut einer Schönen. Wie fremder Flitter die Nacktheit eines Wilden. Wie Skalpe am Gürtel eines Indianers, der mit der behaarten Kopfhaut des erlegten Feindes als dem Sitz der Körper- und Verstandeskräfte sein eigenes Vermögen um die Macht des andern sinnfällig bereichert. So erhöhte der Russe mit den Armbanduhren die zivilisatorische Norm seines Daseins um einen durchgängigen Kulturbesitz des Besiegten. Die zweite Uhr, den goldenen Chronometer aus dem väterlichen Nachlaß, rettete ich vor seinem Zugriff im letzten Augenblick noch in den Stiefelschaft. Aber als ich dann gefangen genommen war, zog man mir die Stiefel aus; dabei fiel die Uhr zu Boden, wie reifes Obst in Hände, die des Nachbarn Bäume schütteln. — Die Armbanduhr meines Sohnes ging vor Monaten den gleichen Weg, als er in einsamer Dunkelheit auf eine englische Streife traf, die — zwei Jahre nach dem Waffenstillstand — offenbar von ähnlicher Leidenschaft besessen war. — Trotzdem lebt die Familie nicht zeitlos. Frau und Tochter sind noch im Besitz ihrer Uhren, legen sie aber nach diesen Erfahrungen nur zu Hause und bei ganz sicheren Gemeinschaftsgängen an. Und außerdem hat sich noch ein Wecker bei uns erhalten. Achtlos fast taten wir ihn aus unserem heimischen Uhrenbesitz, der uns in der Rückschau wie ein Museum anmutet, in unser Flüchtlingsgepäck, als wir vertrieben wurden. Wir können also unser bedrängtes Leben weiterhin am Stundenschlag auspendeln. Immer noch.

Wozu diese persönliche Uhrenbilanz? Sie mag am schlichten Einzelbeispiel das Kulturgefälle aufzeigen, das der deutsche Zusammenbruch auslöste. Wehrlos einer Massenplünderung preisgegeben, zerrann aus dem Privatbesitz der deutschen Haushalte in den zahllosen Begegnungen mit den Siegern ein ungeheures Volksvermögen, das auf keinem Reparationskonto erscheint. Wie manches andere auch nicht.

Es hat kaum einen deutschen Soldaten gegeben, der in Kampf und Marsch nicht eine Uhr bei sich führte. Mit den Millionen Kriegsgefangener sind also Millionen von Uhren in die Hand der andern gefallen, und die Soldaten unserer östlichen Gegner werden sie als Kulturtrophäen restlos ihrem persöhnlichen Gut einverleibt haben. Jeder zweite oder dritte oder vierte deutsche Soldat hatte eine Kamera in seinem Gepäck und einen Füllfederhalter in seiner Tasche, und auch diese zivilisatorischen Landläufigkeiten werden mit der Kapitulation, wenn auch nicht den Eigentümer, so doch den Besitzer gewechselt haben.

Die Vertriebenen aus dem deutschen Osten haben sich diese und andere Ausstattungsstücke ihres Daseins, die ihnen selbstverständlich waren wie die Luft, die sie atmeten, als eines begehrten Luxus entledigen müssen. Wie die reichen Schätze der deutschen Sammlungen aus Gemeinbesitz unwiederbringlich zerflatterten, so griffen gierige Hände in Millionen Einzelhaushalte, und selbst die Koffer, in die sie die gerafften Güter verpackten, gehörten den Beraubten.

Und im gevierteilten Restdeutschland schließlich haben die Bomben den größten Teil der Zivilisation zertrümmert und verbrannt, und da Rohstoffmangel und Demontagen den Wiederaufbau sabotieren, ist die Kultureinbuße unersetzbar.

Weiß man überall, daß wir nicht nur durch den Verlust von erworbenen und ersparten Kostbarkeiten in privater, genossenschaftlicher und öffentlicher Hand unsagbar arm geworden sind, sondern auch im Gebrauchsbereich des Alltags zivilisatorisch völlig aus den Angeln gehoben wurden? Weiß man, daß wir mit der Hergabe der umgänglichen Ausrüstung moderner Lebensführung in einen Urstand der Primitiven zurückgefallen sind?

So haben wir unsere Wohnkultur zum Einzimmer eingeschränkt, wo gekocht, gegessen, gewaschen, gearbeitet, geschlafen wird und mit der Abstandslosigkeit sich hart im

Raume weniger die kümmerlichen Sachen als die vielen Menschen stoßen. Früher hatte jede Betätigung ihr eigenes Gemach und ihre eigene Atmosphäre. Jetzt wird des Winters auch die verbrauchteste Luft ängstlich gehütet; denn sie ist warm und daher nützlicher als kaltes Ozon. Wärme und Licht, die einfachsten Vorbedingungen der Kultur, sind durch Stromsperre, Glühbirnenschwund und Feuerungsmangel entscheidend in Frage gestellt. Nicht wenige werken bei irgend einer Notbeleuchtung in Mantel und Decke am Tisch, oder sie gehen nach durchfrorenem Tag mit der Dunkelheit ins Bett und gewinnen dabei wieder ein Verhältnis zum Winterschlaf der Natur.

Wieviele deutsche Menschen haben seit der Bombennacht, die ihre Habe zerschlug, oder seit dem Tage, da sie vertrieben wurden, nicht gebadet, und jede Einladung durch den glücklichen Inhaber eines richtigen Badezimmers ist ein vollgültiges Weihnachtsgeschenk, wenngleich die Seife knapp und schlecht ist und sonstige Mittel überlieferter Körperpflege, vom Kölnisch Wasser bis zum Toilettepapier, nicht zur Verfügung stehen, von Haartrockner, Zahnpasta, Hautcreme, Mundwasser und anderen derzeitigen Selbstverständlichkeiten ganz zu schweigen.

Nicht nur das unentwegte Schlangestehen verlängert die Arbeitszeit und beschleunigt die Ermüdung, sondern beispielsweise auch die fehlende Nähmaschine und das mangelnde Handwerks- und Wirtschaftsgerät für die gewöhnlichsten häuslichen Verrichtungen.

Und nicht nur die kalorienarme Ernährung entschleiert das Essen seiner erholsamen Würze und Würde, sondern auch das abgewetzte Tischtuch — sofern überhaupt noch eines greifbar ist —, die Blechteller und das eiserne Besteck.

Kleiderschränke alter Art sind selten geworden, und so verstauben die Anzüge in einer Zimmerecke oder saugen sich muffig an den Kochdünsten. Falls wir überhaupt noch eine zweite Garnitur unser eigen nennen. Wir leben nicht mehr in der Reichweite sinngemäß aufbewahrter Brautausstattungen und Herren- und Damengarderoben für alle vorkommenden gesellschaftlichen Gelegenheiten, sondern wechseln in großen Abständen die zerschlissene Wäsche aus Bündeln und Pappkasten, lieblos unter die Bettstatt geschoben oder in eine Abseite verbannt, und daß es einmal ein elektrisches Bügeleisen gegeben hat, will uns unwahrscheinlich dünken.

Früher, ja, da hatte doch auch fast jede Familie ein Rundfunkgerät. Es verfiel bei den meisten dem gleichen Schicksal der Zerstörung oder Beschlagnahme. Daß wir nun nicht mehr unmittelbar an den Nachrichtendienst angeschlossen sind, macht uns zwar weniger aus — was erfahren wir denn schon Erfreuliches! —; aber die Möglichkeit, an einem Knopf zu drehen und jederzeit Unterhaltung herbeizuzaubern, vergrößerte doch die Spannweite des Lebens.

Hatten wir nicht vor undenklichen Zeiten sogar einmal ein Auto, und war nicht der „Volkswagen" jedem fleißigen Arbeiter und Sparer erreichbar? Jetzt freuen wir uns, wenn wir über eine Kinderkarre oder einen Blockwagen verfügen und schwerere Lasten unseres Alltags in Zug und Schub fortbewegen können.

Und unsere Aktentaschen, Hand- und Stadtkoffer in allen Größen, Hutschachteln, Nähkästen und andere Behälter für jede bewahrende Obhut? War das ein Wunschtraum, oder haben wir sie tatsächlich besessen? Jetzt sind wir glücklich, wenn wir mit einem zwar selbstgefertigten, aber handfesten Rucksack auf die Reise gehen können. Einmal enthält er Brot und Nährmittel, das andere Mal Kartoffeln, einmal Altpapier und Salzheringe, das andere Mal Brennholz oder Steckrüben.

Auf die Reise gehen — ach, das war ehedem für die meisten ein Vergnügen, zu dem man sich daheim mit Sportanzug, Sonderproviant, Genußmitteln, Lektüre und anderen Zerstreuungen ausgiebig vorbereitete, und was man vergaß, boten Speisewagen, Zeitungsstand und Wartesaal in bunter Fülle. Jetzt ist der verwahrloste Bahnhof mit seinen unfrohen Insassen nur ein Abbild unserer Not wie die klappernden Eisenbahnwagen, in denen es auch dann zieht und leckt, wenn einmal ein Fenster nicht schadhaft oder scheibenlos ist. Dazu werden in der Ostzone weiterhin lustig Schienen demontiert. So wird das schuhkranke Volk immer mehr auf die Straße gewiesen, und wir messen wieder wie in alten Zeiten unser Leben selbstverantwortlich zu Fuß, zumal die überalterten Fahrräder aussterben, die Post unsicher, die Zensur wachsam und das Briefpapier rar ist.

So könnte man unbegrenzt fortfahren, den völligen Zerfall unserer zivilisatorischen Umwelt zu beschreiben, in der wir standfest verwurzelten und Annehmlichkeit und Freude zurückempfingen.

Gewiß, man könnte sagen: Es ist ganz heilsam, wenn der Mensch sich einmal trennt von seiner Zivilisation, in die er sich zu seinem Schaden ausgelagert hat; er kehrt wieder zu sich selbst zurück, wird unmittelbar zu allen Widerständen, besinnt sich auf den gradlinigen Weg seiner gottgegebenen Kräfte, auf

seine maschinenlose Handfertigkeit, auf den jahres- und tageszeitlichen Umgang mit der Natur.

Aber das ist nur ein magerer Trost. Viel größer ist die Gefahr, daß wir uns dem Zivilisationsschwund innerlich anpassen und mit verkommen. Hauptsache bleibt, daß wir Abstand halten zu den Trümmern, daß wir uns nicht eingleichen lassen, daß wir sie verstehen wie Herkulanum und Pompeji, das heißt als Zeugen einer eigenwüchsigen Kultur, die in uns als Geist über den Steinen schwebt, daß wir das Bewußtsein des Verlustes schärfen und uns diesen Stachel immer wieder ins Fleisch drücken.

Kleine Anzeichen des Verfalls sollten uns wachsam halten: Da haben sich manche an das Leben in Erdhöhlen bereits so gewöhnt, daß sie die Vorzüge dieses einfachen Daseins preisen. Wir wundern uns nicht mehr über Bettler, die an einer verkehrsreichen Stelle in Wind und Wetter auf dem Straßenpflaster sitzen und den Vorübergehenden die Mütze hinhalten. Das Kaninchen auf dem Balkon zur Erhöhung der Fleischration da, wo ehedem Blumen gezogen oder gar eine Stehlampe ihren traulichen Schein verbreitete, ist keine Seltenheit mehr. Die „zeitgemäßen" Tauschangebote entwickeln sich zu der Grundformel: Schubert-Album gegen Regenschirm. Und noch etwas: Wenn sich die russischen Kriegsgefangenen Zigarrenstummel und Zigarettenreste aus dem Dreck klaubten und diesen zweifelhaften Tabak in einem Zeitungsfetzen zur Papierossa drehten, dann dachten wir kopfschüttelnd: wie's auch kommen mag, so weit werden wir uns nie vergessen. Und wie rasch ist das Kippensammeln und -verwerten in der Nachkriegszeit auch eine deutsche Erscheinung geworden!

Um so ernster sollte unsere Sorge sein, daß mit der Zivilisation nicht auch die Kultur verloren geht. Zwar macht Reichtum noch nicht glücklich, aber mit Geld lebt sich leichter. So ist auch Zivilisation noch keineswegs Kultur, aber doch ihr zeitgemäßer Nährgrund. Wir sind wissend und können nicht zurückkehren zu Steinaxt, Feuerbohrer und Bastschuh, ohne Schaden an Geist und Seele zu nehmen. Es gibt ein zivilisatorisches Existenzminimum für die Kultur.

Um dieses haben wir mit allen äußeren und inneren Mitteln zu kämpfen. Es gilt, das große deutsche Kulturvermächtnis durch den Engpaß unserer zivilisationsarmen Gegenwart zu retten. Deshalb muß der Raub am restlichen Sachgut des deutschen Privatvermögens aufhören und die Voraussetzung gegeben werden, es bald und gründlich wieder zu ergänzen. Mit jedem Stück, das wir bewahren oder erzeugen, bauen wir nicht nur die Wirtschaft neu, sondern auch die Zivilisation und erhalten damit die Kultur. Und zwar nicht nur die des deutschen Volkes, sondern auf Grund unserer geschichtlichen Sendung auch die der Welt.

Umbau im Empire

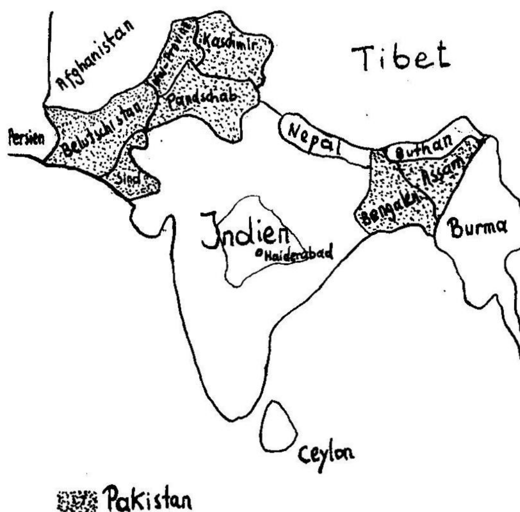
Von Juan Pictor

Die Commonwealth-Konferenz in London machte die Weltöffentlichkeit erneut auf die Wandlungen im Empire aufmerksam. Die wirtschaftliche und politische Macht des englischen Weltreiches hatte im Verlaufe des zweiten Weltkrieges infolge der starken Kräfteanspannung Einbußen erlitten. Viele bislang ungenützte Kräfte aber lagen andererseits noch brach in dieser großen politischen Einheit, die das Vereinigte Königreich, die Kronkolonien, Protektorate und Dominion unter der Krone Englands bilden. Sofort nach Abschluß der Waffenhandlungen begann daher das Committee of Imperial Defence, der Reichsverteidigungsrat, parallel mit einer regen Tätigkeit des Board of Trade, die veränderte Lage des Empire zu überprüfen und seinen Zusammenhalt, den Verlauf seiner inneren Kraftlinien, neu zu organisieren.

Auch vor diesem Kriege hatte England niemals das gesunde politische Verhältnis zwischen militärischer Macht und wirtschaftlichem Erfolgsstreben verleugnet. Hinter dem imposanten Gebäude des Sterlingblockes stand eine — auch nach dem Washingtoner Abkommen immer noch — schlagkräftige Flotte und eine tüchtige Diplomatie verstand es, trotz allersparsamsten Gebrauchs dieser Macht die erfolgreiche Verteidigung englischer Interessen nahezu in der ganzen Welt zur Selbstverständlichkeit zu machen. So viele Möglichkeiten fühlte dieses Weltreich in sich, daß es 1932 den wachsenden Widerstand an seiner Peripherie mit dem noch verhältnismäßig leichten Gegendruckmittel der Ottawa-Präferenzen beantworten konnte und 1939 fast ungerüstet in den Krieg gegen Deutschland eintrat.

In erster Linie war es jetzt die veränderte Stellung I n d i e n s, die zu einer Neuorientierung nötigte. Hier war im Laufe des 2. Weltkrieges die Lage immer unhaltbarer geworden. Während noch gegen Ende des 1. Krieges das 1917 gegebene Versprechen der Selbstregierung verfassungsmäßig bagatellisiert werden konnte, war diesmal der Druck der indischen öffentlichen Meinung so stark geworden, daß eine Loslösung aus dem Empire unvermeidbar erschien. Von Indien aus aber begann seinerzeit England seine Machtstellung im Nahen, Mittleren und Fernen Osten auszubauen. Die 2 Millionen Pfund, die ein Warren Hastings aus dem Lande holte, ermöglichten die Finanzierung der Industrial Revolution und legten den Grundstock zum weltweiten englischen Handel. Von Indien aus wurde Burma erobert, wurden Somaliland und Belutschistan im vorigen Jahrhundert besetzt und Aden seit 1839 als Flottenstützpunkt und Kohlenstation ausgebaut; von hier kamen die Truppen, die 1882 in Aegypten intervenierten, die 1917 Palästina, Transjordanien und den Irak besetzten, die im 1. Weltkrieg General v. Lettow-Vorbeck in Deutsch-Ostafrika entgegentraten und bei El Alamein im 2. Weltkrieg Generalfeldmarschall Rommel ein Halt geboten. Aus Triest fuhren im Sommer 1945 die letzten burmesischen Regimenter heim, die gegen einen Kesselring ins Feld geführt worden waren. Von Indien aus wurde das eben erst erstandene zukunftsreiche Italienisch-Ost-Afrika erobert und noch 1945 die indonesische Republik bekämpft. Neudelhi war der Ausgangspunkt der vielfachen Interventionen in Persien, Turkestan, Afghanistan, Tibet und China gewesen. Indische Soldaten waren es so, die dem englischen Export den Markt von Alexandrien bis Changhai geöffnet hatten und bis heute offen hielten, nachdem indisches Gold seinerzeit die britische Industrie hatte aufbauen helfen. Das Gesicht Englands war wesentlich verändert, fiel diese mächtige Unterstützung in Hinkunft fort. 1945 war kein einziger maßgeblicher indischer Politiker bereit gewesen, weiterhin unter der Krone Englands zu verbleiben. Als ein Meisterstück englischer Diplomatie ist es daher zu werten, daß das bisherige Kaiserreich dann doch in der Form von zwei Königreichen — nämlich als die Dominion Indien und Pakistan — einstweilen im Reichsverband blieb.

Im Sommer 1946 erschien eine britische Mission in Indien, um die Lage an Ort und Stelle zu überprüfen und die Unabhängigkeit des Landes, wie es hieß, vorzubereiten. Die besten Namen gehörten ihr an: Lord Pethick als Indienminister, Sir Stafford Cripps als Handelsminister und Alexander, First Lord of the Admiralty. Vizekönig Lord Wavell unterstützte sie. Gegen den Willen der Allindischen Moslem-Liga, die seit 1914 ein Pakistan, bestehend aus den überwiegend mohamedanischen Teilen des Landes forderte, kam es endlich zur Bildung einer gesamtindischen Interimsregierung, anerkannt von den drei von den Engländern in der Vergangenheit geformten politischen Faktoren Fürstenkammer, All-Indischer Kongreß Partei und Moslem-Liga. Der mohamedanische Plan wurde abgelehnt, da er unlösbare



Minderheitenprobleme aufwerfen würde — von 90 Millionen Mohamedanern lebte 1/3 außerhalb der beabsichtigten Pakistangrenzen, insbesondere in Haiderabad, und andererseits gab es Hindu-Majoritäten im südlichen Pundjab, in Assam und West-Bengalen.

In die also geschaffene gemeinsame indische Interimsregierung traten sowohl Engländer wie Inder ein. Ihre vornehmste Aufgabe sollte die Ermöglichung der Ausarbeitung einer endgültigen Verfassung Gesamtindiens sein. Im Juli 1946 fanden daher unter ihrer Aufsicht in ganz Indien Wahlen zu einer Verfassunggebenden Versammlung statt, der England dann seine Vorschläge unterbreiten wollte. Gandhi und alle anderen indischen Nationalisten richteten ihr ganzes Augenmerk auf diese Pläne. England selbst baute seine Verbindungen zu dem neuen Staat entsprechend um: wie bei den anderen Dominion üblich, wurde ein Hochkommissar Indiens in London ernannt, die Stellung des Vizekönigs sollte der eines britischen Generalgouverneurs in einem Dominion angeglichen werden. Die Verwaltung wurde in indische Hände übergeleitet und das India Office in London aufgelöst.

Dann fuhr die genannte Kommission nach London zurück. Alles schien geregelt, die Freiheit winkte Indien. Doch jetzt erst begann die eigentliche englische Regierungskunst zu spielen. Die Schwierigkeiten der Kongreß-Partei mit den Moslems nahmen erneut zu, die Fürsten forderten eine Regelung ihrer Stellung. So wurde die Interimsregierung arbeitsunfähig. Das staatliche Zusammenleben weniger Wochen von Hindus und Moslems genügte, um den unsichtbareren Engländer weniger unangenehm erscheinen zu lassen als den anwesenden Andersgläubigen. So schien die Moslemliga geneigt, eine weitere kurzbefristete Abhängigkeit von der englischen Krone in Kauf zu nehmen, könnte sie nur ein von Hindus unbeeinflußtes Regime in einem eigenen Pakistan errichten. Damit aber war die Zeit bereits reif für den nächsten englischen Schritt. Genau so wie Balfour 1935 durch Oktroyieren des Indiengesetzes die endlosen Round-Table-Konferenzen im Anschluß an den Ungehorsamkeitsfeldzug kurzerhand beendete — immer erst dann, wenn Volksstimmungen sich durch Aktivierung, hier in der Form des „passiven Widerstandes", zu einer Belastung des Haushalts auswirken, ist der Moment gekommen, da England von Versprechungen zu tatsächlichen Veränderungen überzugehen pflegt —, erstand jetzt in London der Plan einer Teilung Indiens und noch bevor die Betroffenen selbst zur Besinnung kamen, war er durch die Maschinerie Unterhaus-Oberhaus-König durchgepeitscht und Gesetz geworden. Was vorher Jahrzehnte lang nicht erreicht werden konnte, eine Neuregelung der indischen Verhältnisse, ging jetzt in kaum zwei Monaten vor sich. Nach zwei Jahren sollte jedes des beiden Dominion entscheiden können, ob es weiterhin im Empire verbleiben wolle oder nicht. Das war der Preis, den England zahlen mußte. Doch auch hier hoffte es auf ein Minimum eigentlichen Verlustes. So hieß es: wird einer der beiden Rivalen den Austritt beantragen, so wird der andere um so fester weiterhin zur Krone halten. Das nationale Indien war geschlagen. Gandhi protestierte vergeblich.

Die erwarteten Folgen traten unverzüglich ein: in Assam und Bengalen metzelten die Mohamedaner Zehntausende von Hindus nieder und während der jungen, unerfahrenen und machtlosen indischen Verwaltung die Probleme über den Kopf stiegen, Gandhi mit dem Ziel der Beendigung des Brudermordes in den Hungerstreik trat, tausende von Flüchtlingen per Bahn und Auto noch Kalkutta strömten, erklärte der Vizekönig, „daß eine wirksame Bekämpfung der Unruhen mangels Transportschwierigkeiten nicht möglich sei."

Indisches Blut war geflossen und bis heute kommen die Gemüter nicht zur Ruhe. Gandhi endete unter den Schüssen eines nationalistischen Hindus, mehrfach standen sich bereits die Truppen der beiden Bruderstaaten gegenüber. Bezüglich Kaschmir kam es endlich zu einer Einigung dahin, daß eine Volksabstimmung entscheiden soll. Das mohamedanische Haiderabad wurde in Indien eingegliedert und Nehru, dessen Ministerpräsident, forderte zum Abschluß erneut die waffenlose Beilegung aller Schwierigkeiten, die die Schaffung der beiden Staaten mit sich gebracht habe.

In wirtschaftlicher Hinsicht bedeutet die Neuregelung im bisherigen Vizekönigreich Indien, daß die beiden Dominion nunmehr über ihre Produktion selbständig verfügen und eine nationale Außenhandelspolitik — mit allerdings weiterhin enger Anlehnung an die übrigen Sterlingblockländer — betreiben können, heißt militärisch, daß England nicht mehr sicher mit dem indischen Menschenpotential rechnen kann. Mit der Besetzung des italienischen Somalilandes und Abessiniens, der Zerschlagung Japans und der Unterstützung bei Schaffung eines modus vivendi zwischen Holländern und Indonesiern in der Sundasee, zwischen Viet-Nam und Franzosen in Indochina wurden die militärischen Unternehmen dieser Art im Indischen Ozean somit abgeschlossen. Nehru sagte unmißverständlich bei seinem Regierungsantritt: „Indien wird in auswärtigen Angelegenheiten eine unabhängige Politik verfolgen mit dem Ziele der Beendigung jeglicher Kolonien in ganz Asien, Afrika und anderswo."

Dennoch verblieben englische Truppen in Indien. An der großen indischen Völkerpforte, dem Khaiberpaß im Nordwesten, stehen weiterhin Infanterie- und Panzereinheiten im Einvernehmen mit der Regierung Pakistans und in beiden Dominion gibt es britische Ausbildungskaders.

Indien, die bisherige Angriffsbasis Englands für Asien und Nordafrika wurde also in einem Zustand der Unausgeglichenheit belassen; kaum mehr als eine formale Unabhängigkeit wurde erreicht. Aus dem Kräfteverhältnis von Kongreß, Moslemliga und Fürstenkammer schuf die englische Diplomatie staatliche Körper, die noch Jahre brauchen werden, um in der Weltpolitik eine Rolle spielen zu können, wie sie ihrem biologischen und wirtschaftlichen Potential entspricht. Die Ankündigung, daß das Dominion Indien nach Ablauf der verfassungsmäßigen Frist endgültig aus dem Reichsverband auszuscheiden gedenke, beunruhigte daher nicht mehr wesentlich die britischen Pläne.

Zu der Zeit, als die genannte britische Kommission unter Sir Stafford Cripps gerade die Lage in Indien überprüfte, waren im Hofe der Zitadelle

von Kairo britische und ägyptische Einheiten angetreten, um der feierlichen Niederholung der britischen Flagge beizuwohnen. Nur die Kanalzone blieb unter britischer Militärhoheit. Die Ersetzung des angloägyptischen Vertrages durch ein neues Uebereinkommen scheiterte jedoch an dem englischen Willen, seine Stellung im Sudan zu behaupten.

Dieser steht seit Ende des vorigen Jahrhunderts unter englisch-ägyptischem Kondominium. Als Durchflußland des Oberen Nils ist sein Besitz Grundfrage aller Macht in Nordost-Afrika. England beantwortet die ägyptischen Bemühungen mit stärkster Förderung der sudanesischen Selbständigkeit und ist bestrebt, vor der Welt aus diesem Fellachenlande einen Staat zu schaffen, dem annähernd die Stellung eines Dominion gewährt wird und der dann in der Lage ist, gegenüber Aegypten eigene nationale Rechte zu verteidigen. In den Hintergrund wurde dann diese sudanesische Frage geschickt dadurch geschoben, daß man inzwischen den ägyptischen Nationalismus auf Palästina lenkte. Die Truppen im Negev kämpfen in Fortsetzung einer jahrtausendealten militärgeographischen Tradition des Nahen Ostens, wonach ein freies Aegypten immer nur bestand, solange die Flanke des Großsyrischen Raumes in Abhängigkeit vom Niltal stand. Entgegen den britischen Absichten aber dürften die Verwicklungen mit Israel angesichts der bislang sehr geringen Erfolge kaum zu einer Milderung der ägyptischen Haltung gegenüber England führen.[1])

Nach Abzug der Engländer bemühte sich Aegypten, seine Wirtschaft nunmehr nach nationalen Gesichtspunkten auszurichten. Blieb es auch angesichts der großen in London eingefrorenen Guthaben von über 400 Millionen Pfund weiterhin im Sterlingblock, so schränkte es doch seine Baumwollmonokultur zugunsten des vermehrten Anbaus von Mais und Weizen ein und setzte so an die Stelle englischer Weltmarktpläne die Forderungen des eigenen Magens. Im Zuge dieser Entwicklung wurde in Alexandria eine nationale, freie Baumwollbörse wieder eröffnet. Daneben ist beabsichtigt, durch Schaffung größerer Energiequellen — Erweiterung des Assuandammes — die Errichtung großer Kunstdüngerfabriken, eigener Hüttenwerke und Eisengießereien und die Betreibung größerer Bewässerungsanlagen, nicht zuletzt in den weiträumigen Wüstengebieten der Katarrasenke, zu ermöglichen. Durch eigene Handelsmissionen, insbesondere nach den USA, sucht der junge Staat Anschluß an die Weltwirtschaft.

Dabei waren diese ersten eigenen Schritte Aegyptens auch auf politischem Gebiet von Extratouren begleitet, die nicht in das angelsächsische Konzept paßten. König Fuad traf sich nicht nur mit Ibn Saud und gewährte politischen Gegnern des Occidents wie Abd el Krim und Amin el Hussein, dem Großmufti von Jerusalem, Asyl, sondern er traf sich auch unerwartet mit dem Präsidenten der abseits der arabischen Welt stehenden Türkei. Es war der — bislang nicht zu sichtbaren Ergebnissen führende — Versuch, einer Gruppe von Staaten den Weg in eine neutrale Zukunft zu ermöglichen.

Aegypten aber hat nicht nur zwei von Großbritanniens Politik beeinflußte Flanken, Palästina und den Sudan, es liegt überdies zu sehr an exponierter Stelle, am Schnittpunkt wichtigster Verbindungslinien, als daß es sich von der Politik der Großen hätte fernhalten können. Abgesehen vom Suez-Kanal ist es Landeplatz der lebenswichtigen Fluglinien des Empire von London nach Neudelhi und Australien und nach Nairobi-Pretoria-Kapstadt. Nur, daß Aegypten im Laufe dieser letzten Jahre sich weiterhin bereit erklärte, die damit verbundenen Funktionen zu garantieren, ermöglichte ihm den weiteren Ausbau seiner wirtschaftlichen Position mit der dazu benötigten englischen und amerikanischen Hilfe.

Sowohl in Indien wie in Aegypten gelang es also, eine Situation zu schaffen, innerhalb welcher Großbritannien weiterhin mitzusprechen hat. Das trifft zunächst nicht zu für Palästina. Hier stießen die jüdischen Schritte auf Verwirklichung des 1916 in der Balfour-Declaration zugesagten Nationalheimes auf stärksten Widerstand der Mandatsmacht. Die Erkenntnis, daß in diesem Fall die neue Lage in jeder Beziehung einen Fremdkörper im britischen Tätigkeitsfeld des Nahen Ostens schaffen würde, forderte Albion zum stärksten Widerstand heraus. Zeigte der kleinliche Haß, mit dem es die japanische Generalität „strafte", wie sehr es der Fall Singapores getroffen hatte, so zeigten hier die Käfigschiffe, Internierungslager und Beschießungen von Flüchtlingstransporten die Weltmacht am Rande ihrer Möglichkeiten. Noch immer ist dieser Kampf nicht beendet. Doch scheint es auch hier unter Anerkennung des einmal geschaffenen status quo zu einer Zusammenarbeit zu kommen.

Deutlich zeigt sich dies auf finanzpolitischem Gebiet. Linksgerichtete Kreise des neuen Staates Israel gedachten ursprünglich alle Bindungen an die westliche Welt abzubrechen und eine völlig neue Währung, den „shekel" zu schaffen. Dieser Plan wurde jedoch fallen gelassen und die Anglo-Palestine-Bank blieb das Noteninstitut des Landes. In Verhandlungen mit dem Schatzamt verzichtete England ohne Schwierigkeiten auf jede weitere staatliche Einflußnahme auf die Politik jener Bank und erkannte damit Palästinas Münzhoheit an. Die Bank aber liegt in den Händen einer Gruppe jüdischer und englischer Finanzleute. Es fragt sich also, ob das nunmehr dem jüdischen Staat obliegende Recht der Ausgabe von Banknoten, der Festsetzung der Währungssicherheit, bestehend aus Gold, Devisen und Schatzanweisungen Israels, und die nominelle Trennung vom Sterling-Block eine wirkliche Lösung von der City bedeutet. Die Linksopposition in Israel weist jedenfalls daraufhin, daß die Beibehaltung dieser wichtigen Verbindung zur ehemaligen Mandatsmacht Ursache einer ausgesprochen kapitalistischen Finanz- und Steuerpolitik des neuen Staates sei.

Vorderhand verlor diese Opposition jedoch an Einfluß. Die Tatsache, daß es möglich war, den derzeitig Einwandernden durch Sonderbestimmungen als D. P's. in Deutschland bei der Konversion der Reichsmark größere Beträge in D. M. zu be-

1) Bezeichnenderweise brachen in dem Augenblick, da Aegypten im Negev große Schlappen erlitt, jetzt erneut schwerste proägyptische Unruhen in den Städten des Sudan aus.

lassen, die dann sogar dank entsprechendem Entgegenkommen der zuständigen deutschen Behördenvertreter vor der Uebersiedlung in das „yishuv“ in wertvolle Maschinen umgesetzt werden konnten, berechtigt zu der Hoffnung, daß durch diese Einwanderung — im Gegensatz zu allen anderen Menschenverschiebungen dieser Jahre — unmittelbar eine wesentliche Erhöhung des Lebensstandards und damit der Ablehnung linksextremistischer Weltanschauungen eintreten kann.

Während also England auf der politischen Ebene noch mit allen Mitteln die palästinensische Entwicklung bekämpft — und angesichts der russischen Waffenlieferungen wohl Grund genug hat —, schaltet es sich bereits über den rechten Flügel der sehr bunten israelitischen Innenpolitik in die Verhältnisse ein. Der gleicherweise bei jenen jüdischen Kreisen wie in Amerika sehr beachtete Hinweis auf vermehrte kommunistische Tätigkeit in hebräischen Kreisen Jerusalems zeigt dabei, wie sich letzten Endes die Haltung Großbritanniens mit gleichen Worten hier wie dort vertreten läßt, zeigt aber auch, in welcher Richtung England bemüht ist, auch dieses enfant terrible doch noch zu einem tragbaren Glied der Staatenfamilie zu machen.

„England hat sein Gesicht verloren“, so sagte man in der chinesischen und malayischen Welt, als Singapore fiel. Inzwischen wurde es wieder britisch und auch Ost-Burma, Hongkong, Weiheiwei, Nordborneo und die anderen kleineren Besitzungen leben wieder unter dem Union Jack. Nord-Borneo wurde nunmehr sogar als Kronkolonie in Ablösung des bisherigen Protektorats dem Reiche eingegliedert. Siam trat dem Sterling-Block bei.

Ueberall aber wurden die Völker infiziert von dem japanischen Begriff der Ostasiatischen Wohlstandsphäre und die erste Nachkriegsaufgabe war daher die Unterdrückung oder zumindest Einschränkung der nationalen Aufstandsbewegungen in Burma, den Malaienstaaten, Indonesien und Indochina. Dabei übernahm England zunächst auch Aufgaben anderer Kolonialmächte und ließ sich erst 1946 und 1947 von den wiedergeschaffenen holländischen und französischen Streitkräften — SS-Divisionen in der Fremdenlegion — auf Sumatra/Java bezw. Cochinchina ablösen. So konnte es sich seitdem auf die eigenen Besitzungen konzentrieren.

In Burma gelang es, Politiker zu finden, die eine nationale Regierung auch unter der Bedingung bildeten, daß die Grenzgebiete weiterhin unter englischer Verwaltung ständen. Erschwert wurde diese Arbeit allerdings dadurch, daß die nationale Opposition mehrfach Regierungsmitglieder kurzerhand erschoß, in einem Falle sogar die gesamte Regierung. Daß es England gelang, dennoch die richtigen Männer zu finden, zeigt die Meldung, daß der Generalgouverneur von Indien, Lord Wavell — also lediglich englischer Diplomat in Indien — „mit den Ehren eines fremden Staatsoberhauptes“ in Rangun empfangen wurde.

So, wie es gelang, Burma von Indien politisch zu trennen und auf besonderen Wegen in noch langsamerem Tempo den nun einmal notwendigen Pfad zur Unabhängigkeit zu führen — divide et impera hieß es bereits im Imperium Romanum — so konnte auch die ehemalige Kronkolonie Ceylon durch konstitutionelle Zugeständnisse gehindert werden, aus der Front auszubrechen. Die Donoughmore-Constitution von 1930 hatte bereits ein Zweikammersystem gewährt. Jetzt erfolgte die Erhebung zum Dominion und damit die vorläufige Befriedigung der singhalesischen Unabhängigkeitswünsche. Die großen Verdienste der Kriegsjahre in Gummi, Tee und Kopra hatten jene nationalistischen Kreise auch finanziell gestärkt. Innerpolitisch aber werden ihre Kräfte weitgehend in Anspruch genommen von den Forderungen der tamulischen Plantagenarbeiter, die auf dem hohen Lohnstand der Kriegsjahre verbleiben möchten. Die Kommunisten versuchen, diese Spannungen auszunutzen und werden dabei von Rußland insofern unterstützt, als dieses durch den Bau großer Teefabriken in Transkaukasien die Gefahr einer Zerrüttung des für Ceylons Wirtschaft lebenswichtigen Welt-Tee-Marktes an die Wand malt.

In dieser Lage hat sich Ceylon den an sich naheliegenden Anschluß an Indien durch eine 1930 erfolgte Vertreibung tamulischer Plantagenarbeiter stark erschwert. Diese Ressentiments waren sogar der Grund dafür, daß weder Rangun noch Delhi in den Hungermonaten 1945/46 mit Reis auszuhelfen gedachten. Bleibt also wieder nur England als Helfer in der Not. Der weise Staatsmann Konfucius rät einmal seinem fürstlichen Schüler, „niemals in der Politik die Dinge erzwingen zu wollen, sie vielmehr behutsam zu lenken.“

Aehnlich schwierig gestaltete sich die Lage in den Malayen-Staaten. Durch Heranziehen der Fürsten einerseits, der chinesischen Händler und tamulischen Plantagenarbeiter andererseits hofft man hier dem unbequemen Malayischen Kongreß der Nationalisten aus der Bevölkerung heraus politische Kräfte entgegenstellen zu können, die einer weiterhin unter englischem Einfluß stehenden Malayischen Union ein inneres Gleichgewicht geben könnten. Seit April 1946 besteht wieder britische Zivilverwaltung, deren Bestreben es zunächst war, neben den genannten Verfassungsplänen das Land als Zinn- und Kautschuckproduzent so schnell wie möglich wieder in den Weltmarkt einzuschalten. Seit Anfang 1947 kann diese Aufgabe als im wesentlichen gelöst bezeichnet werden.

Als Ueberbleibsel aus einer Zeit imperialistischer Kolonisierungsmethoden fristen auch in der Neuen Welt noch verschiedene Gebiete ihr Dasein als englische Besitzungen. Im Zuge der Erstarkung der lateinamerikanischen Staaten lag es daher, daß man diese Lage als anachronistisch bezeichnete. So fordert Guatemala das von England völlig ungenutzte und fast vergessene Britisch-Honduras, Venezuela erhebt Ansprüche auf Guyana und Argentinien auf die Malvinen, den britischen Walfang- und Flottenstützpunkt im Südatlantik. Die britische Regierung stimmte Guatemala gegenüber zu, sich einer Regelung durch den Internationalen Schiedsgerichtshof zu unterwerfen, schloß sich Argentinien gegenüber dem US-amerikanischen Plan einer Internationalisierung der Antarktis an und betonte im übrigen, daß es in allen diesen Fällen seiner Meinung nach möglich sei, die Probleme auf friedlichem Wege zu lösen. Angesichts der großen

Guthaben, die Argentinien in London hat und angesichts der wenn auch noch so geringen Möglichkeiten, sie durch Industrielieferungen abzutragen, erscheint gegenüber diesem notwendigen Beitrag zur Erfüllung des für Argentiniens Wirtschaft und Innenpolitik zentralen 5-Jahresplans eine Zwangslösung im gegenwärtigen Zeitpunkt als unklug. So kehrte der britische Botschafter dieser Tage nach Buenos Aires mit dem Bemerken zurück: „Ich wüßte nicht, daß brennende Probleme derzeit die britisch-argentinischen Beziehungen belasteten.“ Es gelang also auch in der iberoamerikanischen Welt, Verluste, zumindest vorerst, zu vermeiden.

II.

Das Streben zu Eigenstaatlichkeit bleibt naturgemäß nicht auf diese „Emporkömmlinge“ im Empire beschränkt. Auch in seinen konstitutionell selbständigsten Gliedern, den Dominion, gehen Veränderungen vor sich, die London zu stets neuen Dispositionen zwingt.

Irland machte einen erneuten Vorstoß in Richtung der völligen Loslösung vom Vereinigten Königreich. Dieses hat nicht nur Ulster als Pfand in seinen Händen, sondern die Möglichkeit, im Falle eines entscheidenden irischen Schrittes den vielen Iren im Empire die immer noch nicht gerade gering anzusetzende staatliche Gleichstellung mit den Engländern abzusprechen. Irland antwortete auf diese Hinweise, daß es nur im Falle einer Eingliederung des Nordteils der Grünen Insel weiterhin im Commonwealth bleiben könne und daß es im Falle einer Loslösung bereit wäre, bei entsprechendem Verhalten Englands, seinerseits den in Irland lebenden Engländern die bisherigen Rechte weiterhin zu garantieren. Die englischen Bemühungen, eine unwiderrufliche Entscheidung aufzuschieben, führten jedoch nicht zum Ziel: das irische Parlament beschloß die Inkraftsetzung des Republikgesetzes. Wesentlich gemildert in seinen Auswirkungen wird dieser Schritt allerdings durch den gleichzeitigen Vorschlag des irischen Landwirtschaftsministers, wonach Irland in eine „westlich“ orientierte Wirtschaftsunion mit Groß Britannien, dessen Dominion und den Vereinigten Staaten eintreten möchte. Inwieweit dabei dieser Vorschlag von der englischen Diplomatie inspiriert sein dürfte, kann erst in den späteren Ausführungen erklärt werden. So bahnt sich jedenfalls in unseren Tagen ein neues, vielleicht letztes Kapitel der mit so viel Brutalität gezeichneten Geschichte Englands auf der Nachbarinsel an.

Der Sieg der Nationalisten in Südafrika brachte Malan an die Regierung. Damit wurde der sehr aktive und bedeutendste lebende Vertreter britischer Weltpolitik im Sinne der Formung eines Britisch Commonwealth of Nations, General Smuts, ausgeschaltet. Malans Ziel ist die Schaffung einer Südafrikanischen Republik, also die Herauslösung Südafrikas — mit Einschluß der britischen Protektorate Betschuana-, Griqua- und Basutoland und des bisherigen Mandatsgebietes Deutsch-Süd-West — aus dem Reichsverband.

Südafrika gehört dem Sterling-Block an. Als solches ist es in allen Außenhandelsgeschäften — mit Ausnahme der zu diesem Zwecke neu geschaffenen Kompensationsabkommen — auf London als Bankier und Verwalter seiner Dollar-Guthaben angewiesen. Sogleich nach der Wahl Malans hörte man daher deutliche Londoner Pressestimmen, die darauf hinwiesen, daß eine derzeitige Herauslösung der Union aus dem Empire mit schweren wirtschaftlichen Störungen für das Land verbunden sein würde.

Auf politischem Gebiet machte man sodann die als lästig empfundene Bürde der Bindung an die englische Krone dadurch leichter, daß nach einem neu aufgestellten Bürgerrechtsgesetz nunmehr ein Dominionbewohner in erster Linie die Staatsangehörigkeit dieses Dominion besitzen und erst in zweiter Linie, daraus ex lege erwachsend, Untertan seiner britischen Majestät sein wird.

Kanada war Englands stärkste finanzielle Stütze während und nach dem Kriege. Nicht nur eine Reihe beträchtlicher Anleihen — 7,6 Md. Dollar bis 1945 und 1946 weitere 1,25 Md. —, und Vorzugspreise in mehrjährigen Weizenabkommen — die gemäß US-Protest gegen die internationalen Abmachungen verstießen —, sondern die mehrfache Umstellung der kanadischen Wirtschaft — während des Krieges Rohstofförderung und Industrieproduktion, seitdem wieder zunächst Lebensmittel und seit neuestem wieder Förderung der Kriegsindustrie — gemäß den Bedürfnissen des Mutterlandes, stärkte dessen Lebensfähigkeit wesentlich.

Dennoch geht eine Annäherung an die USA vor sich. Es gehört bereits seit Vorkriegszeiten nicht mehr zum Sterlingblock. Durch Aufwertung glich es 1946 den kadanischen an den USA-Dollar an. Eine vollständige Zollunion mit den USA ist Gesprächsthema. Der stärkste Widerstand gegen diese Entwicklung kommt aus den Kreisen der französischen katholischen Kanadier, die mit dem angelsächsischen Uebergewicht ihre Eigenart einzubüßen fürchten.

Neuseeland blieb auch im letzten Kriege mehr oder weniger „weit vom Schuß“. Mit seinen 1,6 Million Weißen füllt es weitgehend die 260.000 qkm der beiden Inseln aus und kommt nicht in die Gefahr biologischer Ueberfremdung durch gelbe Einwanderung. Unabänderlich blieb seine Haltung gegenüber dem Mutterlande, einer der wenigen stabilen Faktoren in der Empirebilanz des letzten Jahrzehnts.

Ganz hart aber entging Australien dem Schicksal japanischer Besetzung. Dieses leere, bisher so einwanderungsfeindliche Land, das nicht aus sich selbst heraus die Kräfte zur Entwicklung seines tropischen Gürtels im Norden findet, wandte sich nach der Vernichtung der englischen Ostasienflotte daher immer mehr nach Amerika. Von dorther erwartet es heute die Industrieprodukte, die es benötigt zum Aufbau einer eigenen Industrie für den Fall einer neuen Periode zerschnittener Seeverbindungen. Dorthin liefert es vermehrt seine Wolle, protestiert aber im Einvernehmen mit England gegen die erneute Zulassung Japans zum Walfang und gegen die anderen amerikanischen Maßnahmen zur Förderung des japanischen Exports und der japanischen Seeschiffahrt. Menschen aber wünscht dieses jetzt erwachte Land von England, baut eine eigene Flotte zum Zwecke ihres kostenlosen Transports und bemüht sich, die Freigabe von Auswanderern in der Heimat zu erreichen.

Denn das ist die große Schwierigkeit. England braucht heute selbst jeden Einzelnen. Der Ausfall so vieler Positionen im Weltreich, verbunden mit den schweren finanziellen Verpflichtungen, die das Land den Vereinigten Staaten gegenüber einging, zwingt zur Aktivierung aller Reserven. War der Krieg auch bezüglich der nichteingetretenen Schwächung Rußlands zu einer fast katastrophalen Fehlrechnung geworden, so gab der Sieg über Deutschland doch glücklicherweise wieder tausend ausgleichende Möglichkeiten. Nicht nur, daß auf wichtigen Weltmärkten die unter Schachts finanzstrategischer Führung gefährlich gewordene Konkurrenz beseitigt werden konnte. Es standen jetzt für die britische Industrie ungeahnte Ausbaumöglichkeiten durch Verwendung der deutschen Patente und deutscher Wissenschaftler zur Verfügung. Eine Störung dieser langfristigen Entwicklung durch Wiedererstarken der deutschen Wirtschaft aber wurde verhindert durch Demontagen. Obwohl noch kein vertragsmäßiger Zustand den Krieg beendete, baute man in der eigenen und in anderen Besatzungszonen unter der Bezeichnung „Reparationsleistungen“ in Verletzung des Völkerrechts die Spitzenindustrien des deutschen Exports ab. Als Rohstofflieferant diente das besetzte Land an Stelle des teuergewordenen Finnland für Holz und in Ergänzung des infolge technischer Rückständigkeit und Sozialisierungsexperimenten ausfallenden eigenen Kohlenexports als Kohlelieferant für fast ganz Europa. Deutsche Kriegsgefangene wurden nach Saukel'schem Vorbild zum Ausbau der Suez-Kanal-Zone und in der heimatlichen Industrie und Landwirtschaft verwandt. Ging die Labourregierung zunächst aus ideellen Gründen an längst fällige Sozialmaßnahmen heran, so stand bereits 1946 im Vordergrunde jeder Regierungsmaßnahme die Frage: „Wird sie sich exportfördernd auswirken oder nicht?“ Der „Export-drive“ in Verbindung mit einer scharfen Devisengesetzgebung, Förderung des Fremdenverkehrs und sparsamster Importlenkung, Zahlungsmoratorien gegenüber den vielen Schuldnern in der Welt und Förderung der Auslandsaufträge für die Industrie, das alles soll dazu beitragen, die Zahlungsbilanz wieder aktiv zu gestalten.

Die Erkenntnis, daß jede Mehrleistung der Kolonien als finanziell unselbständigen Anhängsein des Mutterlandes unmittelbar zu dessen wirtschaftlicher Stärkung führen muß, brachte eine Aktivierung der gesamten britischen Kolonialpolitik mit sich. Handelte es sich bei den bislang dargestellten größeren Gebieten darum, die Neuorientierung mit Mitteln der Diplomatie zu lenken, so geht es hier um Formung einer neuen Beamtenschaft als Vertreter der hilfeheischenden Heimat.

Bereits während des Krieges wurde diese Entwicklung durch die Colonial Welfare and Development Acts von 1940 und 1945 eingeleitet. Ein „process of emergent evolution“ durchbricht das bisherige Verfassungsmoratorium. Ein Kolonialbeamtentum wurde geschaffen, die vermehrte Heranziehung eingeborener Kräfte und ihre Ausbildung in London ist geplant. Von einem neugebildeten Kolonialrat ist ein 10-Jahresplan zur Entwicklung der Kolonien ausgearbeitet worden. 120 Millionen Pfund wurden ihm hierfür zur Verfügung gestellt. Das Kolonialamt selbst erfuhr eine völlige Neugestaltung. Es erhielt eine eigene Wirtschaftsabteilung, die Verwaltungsabteilung wurde umgebaut und vor allem eine besondere Abteilung für Wirtschaftsplanung geschaffen.

Das Mandatsgebiet Deutsch-Ost/Tanganyika wurde so angewiesen, den Ausfall indischer Fettlieferungen durch Anbau von Erdnüssen zu kompensieren; ein Bahnbau — der erste seit 1919 — ist im gleichen Lande vorgesehen zur Erschließung von Blei- und Goldminen. Subventionen des Colonial Office machten die Gummiplantagen Malakkas wieder international konkurrenzfähig. Durch Steigerung der Verbrauchsgütereinfuhr sollen die westafrikanischen farbigen Farmer zur Vermehrung ihrer Produktion von Palmkernen und Palmöl angehalten werden.

Die zahlreichen westindischen Besitzungen wurden und sind der Schauplatz verschiedenartiger Verfassungsänderungen und Wirtschaftsplanungen, sodaß auch hier eine völlig neue Epoche für die teilweise recht verkommenen und vergessenen Inseln mit den so klingenden Namen wie Jamaika, Bahamas, Barbados, Trinidad u. a. anbricht.

Kommissionen prüfen laufend an Ort und Stelle die Entwicklungsmöglichkeiten, um nunmehr eine tatsächliche wirtschaftliche Erschließung und Aufschließung des gesamten Kolonialbesitzes zu erreichen.

III.

Auf halbem Wege würden wir stehen bleiben, skizzierten wir nur die Neuformung des Empire, soweit sie aus dem Willen geboren wird, sich trotz großer Verluste die wirtschaftliche Selbständigkeit zu bewahren. Vielmehr ist ein weiterer Faktor seit zwei Jahren immer bestimmender geworden für alle Londoner Maßnahmen: der Expansionsdrang Sowjetrußlands und die Präventivmaßnahmen für einen neuen etwaigen weltumfassenden Krieg.

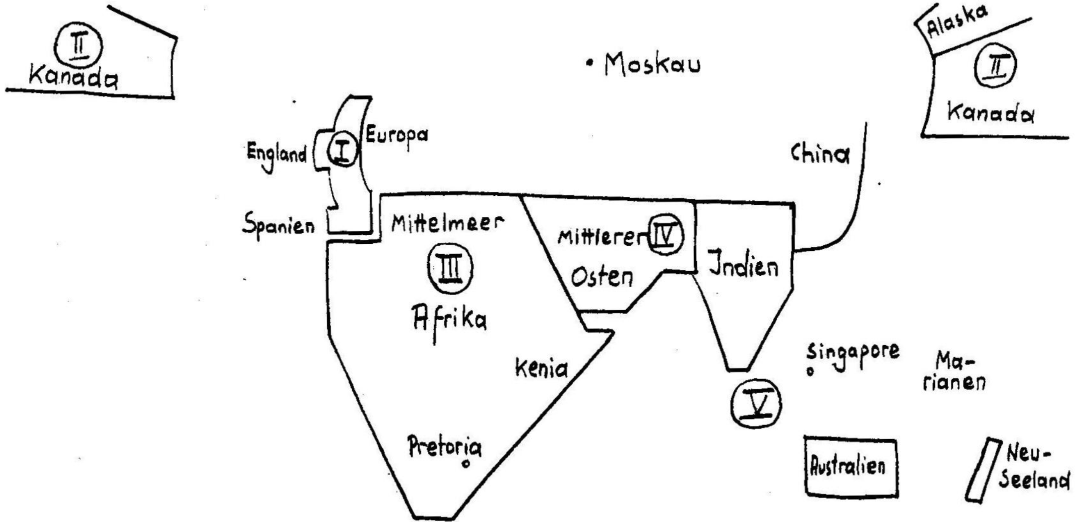
Lange hatte sich England gesträubt, über gewisse militärische Pläne hinaus aus diesen neuen politischen Gründen merkliche Eingriffe in die aufs äußerste angespannte Wirtschaftsmachinerie vorzunehmen. Immer wieder lenkte jedoch die Opposition unter Churchills Führung den Blick auf Moskau und erreichte so tatsächlich schon seit Jahren, daß manche Vorkehrungen getroffen werden konnten. In diesen Wochen ist nun aber der Punkt gekommen, an welchem — nicht zuletzt angesichts der unsicheren Haltung der Vereinigten Staaten — wirklich entscheidende Maßnahmen für die Landesverteidigung notwendig werden.

Die Koordinierung mit den bisherigen Plänen ist außerordentlich schwierig. Die Rede Robertsons an die Ruhrarbeiter, „man möge sich klar machen, daß man die Kohle letzten Endes für Deutschland fördere“, erinnert auffallend an die Reden deutscher Kommissare an Russen und Polen im letzten Kriege, die Angebote an die deutschen Gefangenen, in England zu arbeiten und die Liste der in England aus technischen Gründen

vom Militärdienst freizustellenden Berufe erinnern gleichfalls an ähnliche deutsche Maßnahmen in einer Zeit allerhöchster Anspannung. Die RAF sucht Freiwillige und baut ihre Düsenflugzeuge aus und die Flotte sperrt einen Teil der an sich mit devisenbringenden Auslandsaufträgen überhäuften Werften für ihre eigenen Zwecke.

Alle aber diese Soldaten, Flugzeuge und Schiffe werden in einen inzwischen von Diplomatie und Empiregeneralstab fertiggestellten Organisationsplan gestellt.

von der Entwicklung überholt. Europäische Zusammenarbeit, wie sie sie, auf Jalta und Potsdam aufbauend, vorschlug, erwies sich als unmöglich. Der Marschallplan ging vielmehr seinerseits kurzerhand — wenigstens vorübergehend — zur Tat über und versuchte nunmehr, dem todkranken Kontinent neues Leben einzuflößen durch große Warensendungen. Für mehr als 2 Md. Dollar wurde in kaum Jahresfrist geliefert. Bei wachsendem Wohlstand sollte es leichter sein, die Schranken zwischen den europäischen Staaten



Demnach ist das Hoheitsgebiet der Crown of England in fünf militärisch-wirtschaftliche Regionen eingeteilt. Sie sollen in der Lage sein, sich selbst zu versorgen und zu ergänzen, werden aber ihre Aufträge von der Führung des Empire erhalten. Die Kernstücke dieser Regionen sind die Länder des Empire. Ihnen zugeordnet sind durch diplomatische Maßnahmen der Nachkriegszeit die angrenzenden Länder fremder Souveränität.

W e s t - E u r o p a ist als solches gerade im Entstehen begriffen. Der Pakt von Brüssel schuf in diesem Jahre das militärische Pendant zu dem im Vorjahre in Paris gegründeten Ausschuß wirtschaftlicher europäischer Zusammenarbeit, CEEC. England selbst gehört der Region als westlichster Staat an. Die militärische Führung aber hat einer seiner bekanntesten Marschälle übernommen. Der anfängliche, auf der geschichtlichen Erfahrung von Mountbatton bis Dünkirchen fußende Widerstand Frankreichs gegen diese Ernennung wurde überwunden. Andererseits erlaubt die Aktivität der USA, die Spanien als Nachschubbasis dieser Region in eigener Regie ausbauen wollen, daß man diesem Lande gegenüber zunächst seine Haltung keiner Revision zu unterziehen braucht.

Die CEEC war nicht der erste Versuch, Europa nach der Zerstörung des Großdeutschen Reiches und der Vernichtung seiner Mitarbeiter auf dem ganzen Kontinent ohne und gegen sie wieder aufzurichten. Eine via mala entlang führt die Geschichte seit 1945 die Staaten Europas und auch die CEEC wurde mit ihren Vorschlägen bereits

niederzureißen. So meinte man noch zu Beginn dieses Jahres. Heute soll die gemeinsame „Gefahr im Osten" das einende Band sein. Wirtschaftliche Not und politische Kurzsichtigkeit drängte die westeuropäischen Staaten so in die Arme der USA.

Von dort kommt das Material. Die Probleme der Praxis aber muß das beharrlichere und zuverlässigere England lösen. Zahlreich sind seine Versuche, in der europäischen Nachkriegswirtschaft eine führende Rolle zu erlangen. Zunächst sollte die Kriegsbeute in Mitteleuropa die notwendigen Mittel liefern, dann versuchte Dalton, die Besatzungskosten auf die Neutralen abzuwälzen, denn der Krieg sei ja auch in deren Interesse geführt worden. Aber man wieß in Schweden und in der Schweiz darauf hin, daß die Version, England habe nur die Lasten dieses Krieges getragen, gerade angesichts der Praktiken seiner Besatzungspolitik nicht ganz den Tatsachen entspräche. Als Marshall dann die ersten Vorschläge machte, begab sich Bevin nach Paris, um sich sofort als Vermittler der angebotenen Hilfe zwischen die USA und Europa einzuschalten. Auch dieser Plan kam jedoch nicht zur Durchführung. Vorübergehend nur regnete es bevorzugt Marshallgelder auf England. Jetzt unterbreitete Cripps den europäischen Nationen erneut einen Plan für die wirtschaftliche Zusammenarbeit, bietet zur Erleichterung der englischen Exporte in diese Länder einen neuen Pfund-Kurs an und stellt 125 Millionen Pfund im laufenden Fiskaljahr für das

Europageschäft zur Verfügung. Wieder stößt aber die Durchführung auf Schwierigkeiten bei den europäischen Kabinetten. Langsam nur und sehr zäh geht so die Formung der europäischen Region im Rahmen der britischen Pläne vor sich. Allein in Nordwestdeutschland scheint man nach der geschichtlich einmaligen Verhaftung und „Bestrafung" der von Neutralen und Kriegführenden de jure und de facto anerkannten Regierung Personen gefunden zu haben, die bereit sind, auf wesentliche Merkmale der Souveränität zugunsten der englischen Pläne zu verzichten.

N o r d - A m e r i k a mit Kanada, Neufundland und Alaska spielt bezüglich seiner Ostseite die Rolle der Nachschubbasis für Europa, verbunden mit der Pflicht, eine Geleitzugbrücke gleich derjenigen des letzten Krieges vorzubereiten. Dabei soll die Erweiterung des Paktes von Brüssel durch Beitritt der Anrainer des Atlantik, Kanada und die USA auf der einen Seite, Norwegen und Portugal ihnen gegenüber, bereits zu der notwendigen praktischen Zusammenarbeit in Friedenszeiten führen. In seinem Westen kann Nordamerika dagegen Bereitstellungsraum und gar vorderste Front werden.

A f r i k a und M i t t e l m e e r ist die strategisch bedeutendste, weil breiteste und am besten in die Tiefe fundierte Region. An die Stelle von Kairo trat Zypern als Hauptquartier. Während riesige Luftschutzbunker dort die Unterbringung der Stäbe sicherstellen sollen, wird durch Zulassung einer eigenen Verwaltung versucht, einen Verlust dieser wichtigen Position an die zur Vereinigung mit Griechenland strebenden Zyprioten zu verhindern. Zum Kampfbereich dieser Region gehören Gibraltar, Malta, die Kanalzone und Nordafrika. Dort sind die italienischen Besitzungen in englischer Hand und vergeblich bemüht sich Rußland um Rückgabe der Kolonien an Italien. Nachschubbasis ist Kenia. Große Materiallager wurden angelegt, Flugplatz- und Straßenbauten bereits seit Jahresfrist durchgeführt. Weiter aber noch im Süden liegt als Produktionsbasis und Verwaltungszentrum dieser weltweiten Pläne Südafrika. Besichtigte das englische Königspaar mit Pretoria im Vorjahre seine vorübergehende Residenz im nächsten Kriege? 1939 war man ja bereit, notfalls nach Ottawa hinüberzugehen. Malan hat jedenfalls geäußert, daß Südafrikas Stellung in einem kommenden Kriege auf Seiten der antikommunistischen Mächte sein werde. So stellt der von Churchill erkannte Gegensatz zu Moskau das separatistische Südafrika wieder an die Seite des Mutterlandes.[1])

Die Region M i t t l e r e r O s t e n ist heute dem direkten verwaltungsmäßigen Zugriff Englands mehr oder weniger entglitten. Ja, es bildet sich auf seinem Boden ein Staat, dessen aktivste militärische Formationen von russischen Offizieren ausgebildet wurden und dessen Bevölkerung mehr oder weniger aus Ländern von jenseits des eisernen Vorhangs kommt.

Sahen wir, wie England seinen Grundsatz der balance of powers versucht, auf den jüdischen Staat anzuwenden, indem es auf die wesentliche finanzielle Position in seiner Innenpolitik Einfluß zu nehmen trachtet und indem es ihm außenpolitisch gleichwertige Gegner wie das von ihm selbst ausgerüstete und ausgebildete Transjordanien einerseits und das nationalistische Aegypten andererseits gegenüberstellt, so fragt es sich, ob nicht das dem gegenüberstehende Weltspiel der Juden über Truman, Trygve Lie, Lilienthal, Morgenthau und andere Exponenten Letzteren doch noch die Möglichkeit gibt, die vom nationalbewußten Amerika angestrebte und von England einkalkulierte waffenmäßige Auseinandersetzung zwischen Ost und West zugunsten einer gesicherten Entwicklung des jungen Israel hintanzuhalten und so selbst in der großen Politik das Zünglein an der Waage zu bilden.[2])

In der gesamten mohamedanischen Welt jedoch ist Englands Einfluß weiterhin recht stark. Alle Selbständigkeitsbestrebungen von Pakistan bis Marokko sind verbunden mit einer klaren Ablehnung des atheistischen Rußland und manche regierende Persönlichkeit dieser Region ist ausgesprochen anglophil eingestellt. Gerade im Iran spielte sich ja das erste Nachkriegsduell zwischen Rußland und dem Westen ab. Letzterer verlor Taebris, behielt aber Teheran und damit alles Oel zwischen Kaspi und dem Roten Meer. Die verkehrsfeindliche Türkei und der Kaukasus im Westen, der Hindukusch im Osten schützen hier die reichen turkestanischen Steppengebiete der Sowjetunion. Dazwischen aber liegt das alte natürliche Tor von Merw und — seit 5 Jahren — der Highway of Persia, seinerzeit eine von Rußlands Nachschublinien, morgen vielleicht Vormarschstraße vom Golf nach Baku und Stalingrad.

Weiter fort von der Peripherie möglicher Auseinandersetzungen liegt die f ü n f t e R e g i o n. Vom Roten Meer reicht sie über Südost-Asien bis zum Südpazifik. An die Stelle von Singapore soll auf den Marianen ihr zukünftiges strategisches Zentrum liegen. War es die Arbeit der britischen Diplomatie im Mittelmeer, enge Beziehungen zu Griechenland, Italien und der Türkei zu schaffen und ihnen in ihrer ersten Nachkriegsschwäche den Rahmen ihrer zukünftigen wirtschaftspolitischen Betätigung im Sinne dieser schon damals im Umriß vorliegenden Pläne abzustecken, so steht sie

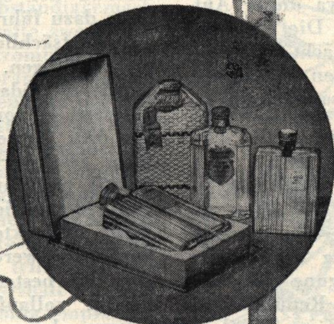
---

1) Es ist dieselbe Begründung, die auch in den verschiedenen d e u t s c h e n Waffenstillstandsverhandlungen mit den Westmächten bis zum April 1945 immer wieder vorgebracht wurde. Für eine geschichtsvergleichende Betrachtung wird es sicher einmal interessant sein, die Frage zu beantworten, ob das seinerzeitige Großdeutschland mit seinem erfahrenen und disziplinierten Heer oder das englische Weltreich mit seiner hervorragenden Diplomatie in der Tiefe seiner antikommunistischen, sozialen Haltung und in seinen Erfolgsmöglichkeiten für einen Kampf gegen Sowjetrußland kompetenter war.

2) Nachdenklich stimmt es jedenfalls, wenn man bedenkt, daß der Papst eine neue Schlacht von Lepanto fordert und dagegen Truman seine Wiederwahl mit dem Gelöbnis verbindet, er wolle sich für den Weltfrieden einsetzen. Wer findet sich da noch zurecht? Oder ist am Ende ein in Unfrieden schwelender Friede doch ein schwereres Los für die Menschheit als ein Krieg, der das Leben wieder sinnvoll macht? Welches sind denn in Wahrheit die höchsten Werte auf dieser Erde? Leben wir für einen „Frieden um jeden Preis", einen „Frieden" mit Namen wie Potsdam, Nürnberg, Landsberg und so vielem Anderen in der ganzen weiten Welt?

Weihnachten und Schenken eine Tradition!





„Frohe Weihnachten" mit Gaben aus „Harpe's Perfumeria" wünschen, zeugt immer von gutem Geschmack und gediegener Wahl des traditionellen Geschenkes.

Aus unserer Auswahl:

COLONIA, LAVANDA
und LOCION COLONIA
"EL ESCORIAL"
und
"TRADICION"

✦

Die KLASSISCHEN LOTIONEN
Chipre - Origan - Cuero de Rusia
Narciso - Madreselva - Jazmin
Tulipan - Heliotropo - Gardenia

und die SCHÖPFUNGEN
Achalay - Efluvios - Escote
Fandango und Minueto

✦

LOTION und EXTRAKT
"KOH - I - NOOR"

✦

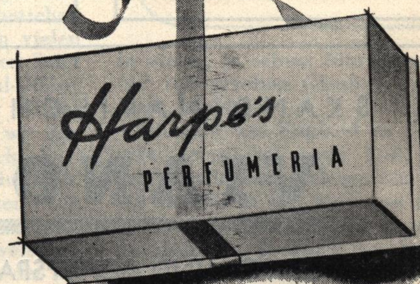
COLONIA CLASICA und
LAVANDA EXTRA AÑEJA
"DOMO DE COLONIA"

✦

Sämtliche Artikel in gediegener Aufmachung: Originalflaschen, hübsche Geschenkpackungen und reizende Korbflaschen.







Eine grosse Auswahl in allen einschlägigen Geschäften

hier im engsten Gedankenaustausch mit den Kolonialmächten Holland und Frankreich. Geschützt durch den Himalaya und die mehr oder weniger neutrale Landmasse Indiens wird es sich hier um die große Rohstoffbasis, verbunden mit dem zu erweiternden Industriepotential Australiens und Neuseelands, handeln. Angriffsobjekte werden weit im Norden, in der zukunftsreichen Mandschurei und in China erwartet. Allergrößte Unruhe ruft bei diesen Plänen die Aktivität der Kommunisten in allen Japan entrissenen Gebieten hervor. Wie im Falle Israel, im Falle der Mandschurei und China beginnt Moskau den Krieg in Gebiete der Westhemisphäre vorzutragen. Mit Einsatz stärkerer militärischer Kräfte nur gelang es, in den Malayenstaaten, auf den — amerikanischen — Philippinen und auf Java dieser Aufstandsbewegungen Herr zu werden. Die Differenzen zwischen bisheriger Kolonialmacht und den jungen nationalistischen Regierungen vermehren dabei die kommunistischen Erfolgsaussichten.

IV. SCHLUSS

Ein stark angespanntes England stellt sich so dem erwarteten Gegner gegenüber. In diese gemeinsame Front sollen alle eingereiht werden. Selbst Indien wurde — mit Erfolg — auf der eben beendeten Commonwealth-Tagung aufgefordert, obschon in einigen Monaten Republik, als solche dennoch im Reichsverband zu bleiben. Wird so also mancher Spalt im weltumspannenden Gefüge angesichts der gemeinsam erscheinenden Gefahr wieder geschlossen, so ist der mit ihrer Begegnung verbundene zusätzliche Aufgabenkreis doch so umfangreich, daß er ohne amerikanische Unterstützung kaum gemeistert werden dürfte. Diese gilt es daher unter allen Umständen aufrechtzuerhalten. Nicht nur die Lieferung von Waffen und Ausrüstung von dorther ist wünschenswert, sondern es taucht die Frage eines viel allgemeineren Lastenausgleichs auf, der sich sodann auch auf die Aufbaupläne des Empire auswirken könnte.

Angetrieben werden dabei englische Vorstellungen in Washington wohl noch durch die Tatsache — und das ist der Gipfel in dem kunstvollen Gebäude sich ausgleichender Kräfte, das die britische Diplomatie mit gekonnter Hand allem bisher Genannten (honni soit qui mal y pense) gegenüberstellt —, daß es nämlich in der Lage ist, durch einen weiterhin forzierten Handel mit Rußland insbesondere auf dem Getreidemarkt den USA zu zeigen, daß nur wirklich wesentliche Unterstützung zwecks Erhaltung und verstärktem Ausbau der englischen Wirtschaftsposition Letzteres dazu führen könnte, die westliche Welt eines Tages tatsächlich auch mit der Waffe in der Hand zu verteidigen. Vorläufig spricht man — und man würde in Südafrika und Indien auch kaum mehr zulassen — von reinen Defensivmaßnahmen. Man hat dem Westen doch beileibe nicht Nibelungentreue geschworen! Wenn man sich in der großen Politik nicht auf Gedeih und Verderb mit Ideologien identifiziert, so ist man doch noch lange nicht „charakterlos"? Man wird doch nicht unvernünftig werden und diese Welt auf eigene Kosten zur besten aller Welten machen wollen. Es genügt vollauf, wenn sie eine britische wird. Darum aber: Abstand vom „foreigner" in jeder Lage! Diese Reserve war es, die den großen Lawrence an Downing Street irre werden ließ und die Kipling zu dem Satz veranlaßte: „Sie sagen Gott und meinen Reis." Aber John Bull verdankt dieser Unbeirrbarkeit, Tatkraft und harten Sachlichkeit seine Erfolge. Sie lieben ihn weiß Gott nicht, und doch nehmen sie alle im entscheidenden Augenblick seine Ratschläge an, denn sie passen in die Welt.

Englands Spanienpolitik bleibt unverändert, seine Wirtschaftsbeziehungen mit den Oststaaten verdichten sich mehr und mehr. Jugoslawien, der gute Freund aus der Zeit der Partisanenkriege (right or wrong: my country!), war Gegenstand ganz besonderer Aufmerksamkeit auf der letzten Reichskonferenz in London, die Auslieferung von sogenannten „Kriegsverbrechern“ (Kultursubstanz, erniedrigt zu „Kleingeld“ der großen Politik) hält die Liebe auch in kühlen Momenten warm, Fühler werden ausgestreckt, um Chinas Kommunisten mit der Kuomintang zu versöhnen, und die britische Flagge führt in allen Häfen jenseits des Eisernen Vorhangs. Denn auch das gehört zum Gesamtbild der englischen Weltorganisation: in den Kolonialgebieten Aktivierung bislang ungenutzter Möglichkeiten, in den jungen selbständiggemachten Gebieten ein Auswägen der Kräfte zwecks Immunisierung der gefährlichen Strömungen und Abschöpfung des verbleibenden brauchbaren Restes, die Fortführung des Zusammenhalts der großen Teile der Pyramide unter Hinweis auf eine gemeinsame Gefahr — wobei das Vertrauen in England angesichts des schwankenden amerikanischen Barometers wesentlich gestärkt wurde —, die Bindung aber dieses angeblichen Gegners an sich, bis gar zum Angebot der Interessenvertretung in der übrigen Welt. Dann erst trifft sich die ganze Welt wieder in London. Marshall fährt zu Bevin, Dr. Bramuglia wird vom König empfangen und Wischinsky wird morgen kommen. Dann erst ist Albion ganz dort, wo es stehen muß, um die Welt zu führen. Dann aber auch erst wird es eine Entscheidung treffen. Niemals vorher.

Eigener Wiederaufbauwille geht so im Empire Hand in Hand mit den weltweiten Vorbereitungen der Verteidigung der westlichen Welt und alles dieses letzten Endes zum Zwecke der Erhaltung der balance of powers zwischen Ost und West. Soweit ist man dabei rücksichtslos in der Wahl der Mittel, daß jetzt selbst der Name „British“ als Bezeichnung des Commonwealth of Nations und die letzte konstitutionell verpflichtende Bindung, nämlich an die Person des Königs, aufgegeben werden wird, um den tatsächlichen Fortbestand dieser materiellen Grundlage aller Pläne zur Erhaltung der Pax Britannica zu gewährleisten. Oberflächliche Beobachter und die ewigen Feinde aller Tradition und Autorität frohlocken und sprechen von Zerfall, von „Republikanisierung“. Und dennoch: die ganze Welt sendet Freudenbotschaften zur Geburt des Thronfolgers. „Weil in vielen Gebieten keine Kanonen für den königlichen Salut zur Verfügung stehen“, sagt das Colonial-Office, „und Flaggen allein nicht der Freude der Völker genügend Ausdruck geben können, werden wir den heutigen Tag zum Feiertag erheben.“ Nicht Verfassungsausdrücke nämlich beherrschen die Welt. Die Würde der Menschheit, überkommen von Griechen und Römern, durch die Jahrtausende in den geistigen Führerschichten Europas weitergegeben, soll bewahrt werden von dem, nach der oft widerwärtigen Zerstörung des deutschen Offizierkorps neben dem christlichen Priestertum wohl letzten Orden dieser bisher größten aller menschlichen Kulturen, von Englands Diplomatie. Die ganze Welt ist zutiefst erschüttert. Viele sehen die Gefahren. England, selbst stark erschöpft, will sie in einem, in seinen führenden Schichten bis heute fest verwurzelten Glauben an seine göttliche Sendung, meistern.

Die Art, wie England an diese Aufgaben herangeht, zeigt, daß jenes Volk noch nicht den gesunden Glauben verloren hat, daß auf dieser Welt nur das Recht des Stärkeren gilt. Nur mit solcher Haltung aber läßt sich auch eine verlorene Runde durchstehen. Bestand hat in der Welt nur, wer die Kraft aufbringt, sich täglich neu mit nimmermüder Energie gegen seine Umwelt durchzusetzen. Der benötigte Kraftaufwand aber bemißt sich an der Art, wie diese Aufgabe angepackt wird. Unser zeitgenössisches England beweist es: „Mas vale la maña que la fuerza“, „der Kunstgriff gilt mehr als die Kraft“.

USA und Sowjet-Russland

Von G. v. A.

Die heutigen Verhältnisse der Welt werden trotz der Organisation der UNO und trotz des Sicherheitsrates, der zum friedlichen Ausgleich angeblich die fünf Großmächte vereinigt, nur noch von zwei wirklichen Weltmächten bestimmt: USA und Sowjet-Rußland. Die eine Macht besitzt die größte Flotten- und Luftstreitmacht und verfügt noch über das Monopol der Atombombe, die andere über die größte Landstreitmacht der Erde. England und Frankreich, ganz zu schweigen von China, haben ihr inneres Kraft- und Machtpotential eingebüßt, ja, der letztere Staat hat es nie besessen. Der zweite Weltkrieg hat die europäischen Großmächte zerrieben. Machtmäßig gesehen sind auch England und Frankreich Verlierer des Krieges. Alle Siegesfanfaren ändern an der praktischen und harten Wirklichkeit nicht das Geringste. Der britische Auflösungsprozeß, den Hitler durch sein Garantieangebot aufhalten wollte, geht weiter. Die Dominien haben ihre Hauptlebensinteressen außerhalb Europas liegen und neigen heute schon deshalb mehr zu USA als zu England. Der britische König sprach in seiner Thronrede nicht mehr vom britischen Commenwealth, sondern einfach von Commonwealth, der Gemeinschaft der Nationen.

Ob es die Welt nun wahrhaben will oder nicht, ihr Aufbau, heute wie früher, wird immer noch von der MACHT her bestimmt. Selbst Herr Bevin, der vor zwei Jahren noch im überschwenglichen Labour-Optimismus die Hoffnung aussprach, zu seinen Lebzeiten friedlich mit seinem Paß durch die ganze Welt reisen zu können, ist ruhig und still geworden und stellt nun den Kommunismus als den Hauptstörenfried der heutigen Welt hin. Die Beugung vor dem nordamerikanischen Einfluß läuft durch die ganze westlich orientierte Welt. Nord- und Südamerika gehören dazu, Europa, soweit es nicht der russischen Einflußphäre unterliegt, Afrika, Australien, und dieser Einfluß bricht sich erst an den Grenzen Asiens und in Asien selbst. Dieser Machtbereich schließt die beiden größten Weltmeere ein, verfügt über ein ungeheures Kräfte- und Materialreservoir, hat aber den Nachteil, zu sehr zergliedert und auseinandergezogen zu sein, besitzt keine einheitliche ideologische Auffassung und weist in seinen vielfältigen geistigen Strömungen in den verschiedenen Völkern, Rassen und Kulturen zentrifugale Tendenzen auf.

Der andere Machtbereich, Rußland, ist geschlossener, kompakter, lebt unter einer gemeinsamen politischen Idee, der des Kommunismus, braucht in der einheitlichen Führung die Maßnahmen nicht so groß abzustimmen, wie es Washington mit London, Paris und anderen stets vornehmen muß, und wird eisern von einer beinahe bürokratischen Diktatur des Kremls zusammengehalten, die keine nationalen Sonderinteressen — das gilt trotz Tito — duldet. Dieser Bereich hat den Nachteil der Abdrosselung der individuellen geistigen Kräfte und der Langsamkeit und Schwerfälligkeit des östlichen russisch-asiatischen Menschen.

Da die Grenzen dieser beiden Machtfaktoren nicht klar abgesteckt sind, es überhaupt nicht sein können, ergeben sich trotz aller Vereinbarungen von Teheran, Yalta und Potsdam Reibungsflächen und schmerzliche Brennpunkte, die den Frieden der heutigen Welt illusorisch machen. Beide Machtgruppen sind im ständigen Kampf um die strittigen Punkte, im diplomatischen Krieg, im „kalten Krieg", im Wirtschaftskrieg und gleichsam, wie zur Probe, hier und dort mit den Waffen, und durchdringen sich an manchen Stellen. USA verwendet vorwiegend wirtschaftliche Mittel in Gestalt des Marshallplanes und Rußland seine angriffsfreudige Ideologie in Gestalt der politischen kommunistischen Parteien in den vorwiegend westlichen Ländern, in China, Korea und Südasien. Es lohnt sich, einen kurzen Blick auf die Haupt- und Brennpunkte des heutigen Machtkampfes zu werfen.

Der größte und härteste Kampfplatz liegt augenblicklich im Fernen Osten in China. Die Regierung Chiang-Kai-Cheks ist nicht in der Lage, das Vordringen des Kommunismus und das Ueberhandnehmen der kommunistischen Machtpositionen aufzuhalten, geschweige denn zu verhüten. Die innere Korruption dieses Riesenreiches, die auch in der Kuomintang-Partei eine Rolle spielt, hat auch ein Mann von den unzweifelhaften Fähigkeiten Chiang-Kai-Cheks nicht verhindern können. Die inneren Reformen eines Sun-Yatsen sind in

den Familien und Cliquen, im chinesischen Staatsklüngel und in der Bürokratie stecken geblieben. Die kluge und vielfach gewaltlose Art und Weise des kommunistischen Kampfes in China gewinnt ihm die Herzen der Landbevölkerung, und hinzu kommt noch, daß der Kommunismus, das Hauptgewicht Sun-Yatsens auf die sozialen Reformen legt. Die Japaner haben diese dauernden inneren Kämpfe zu ihrem Vorteil auszunutzen versucht, sind aber an dem nationalen Unabhängigkeitswillen, auch einer der Hauptpunkte Sun-Yatsens, gescheitert, gescheitert auch an der Unmöglichkeit mit 100 Millionen ein Volk von 450 Millionen, das sich seiner Kultur bewußt ist, dauernd zu beherrschen.

Die inneren Machtkämpfe Chinas werden gleicherweise von Nordamerikanern, wie von Russen benutzt. Der Kommunistische Norden ist hart im Vormarsch, wenn es überhaupt noch bei der heutigen Lage in China angebracht erscheint, von einem kommunistischen Norden zu sprechen, da er militärisch und machtmäßig vor den Toren Nankings steht und die Lage so bedrohlich erscheint, daß eine Verlegung des Regierungssitzes Chiang-Kai-Cheks in den Bereich der Möglichkeit gerückt ist. Ohne Hilfe der USA ist heute seine Regierung nicht mehr zu halten. Das ist wohl augenblicklich die größte Sorge, die die Männer im Weißen Haus in Washington bewegt. Ein Block von 200 Millionen Russen, verbunden mit 450 Millionen Chinesen unter der strengen und eisernen Doktrin des Kommunismus, griffe sofort nach Indien über, und im Zusammenhang mit 350 Millionen Indern würde ihm die übrige Welt beinahe kampflos zufallen. Wie hoch Indien Rußland bewertet geht allein aus der Tatsache hervor, daß Pandit-Nehru seine Schwester zur Vertretung der indischen Interessen nach Moskau als Botschafter entsandt hat.

Das wäre Demokratie in vorexerzierter Form, wo die Mehrheit der Welt zum Kommunismus bekehrt wäre, und die andern, aus dem demokratischen Prinzip heraus, ihr zu folgen hätten. - „Untergang des Abendlandes!" - Eine solche Umwandlung und ein solcher Zustand würde eine „Reform des weißen Denkens" vom demokratischen zum Führungsprinzip der Elite notwendig machen, wie sie Spengler in seinen „Jahren der Entscheidung" vertritt. Die Perspektiven sind dabei gar nicht abzusehen. Das wäre innere Revision gegenüber den noch heute verhaßten Gedankengängen eines Nationalsozialismus.

In China stehen neben reinen Macht- auch ungeheure Wirtschaftsinteressen der USA auf dem Spiel. Die Anlage nordamerikanischen Kapitals beläuft sich nach vorsichtiger Schätzung auf einige tausend Millionen Dollar. China ist auch der ungeheure Konsument, dessen Warenhunger noch gar nicht abzusehen ist, der für eine zukünftige russische kommunistische Industrie als Abnehmer eine gewaltige Rolle spielen würde. Der alte Rockefeller behauptete schon: „Wenn jeder Chinese ein Taschentuch gebraucht, wird die Baumwollindustrie der USA einen ungeahnten Aufschwung nehmen."

Die USA-Politik hat nicht immer in China mit gutem Erfolg und Geschick operiert. Man muß dabei an den Vorgänger Marshalls in China erinnern — bevor Marshall Außenminister wurde, war er Sonderbotschafter in China — der sein Amt

zur Verfügung stellte, weil nach seiner Ansicht die USA-Politik unbedingt zum Kriege in China führen müßte, zum Kriege der USA, selbstverständlich mit Rußland und China.

Bei einem Uebernehmen der chinesischen Regierung durch den Kommunismus würde sich selbst die russische Position in der UNO erheblich verstärken, da durch das Einschwenken Chinas auf die russische Linie ein politischer Erdrutschentstünde und vor allem eine gemeinsame Front Asiens gegen Amerika-Europa Tatsache würde.

Der Gewinn Rußlands auf diesem Kriegsschauplatz ist beträchtlich. Mukden ist gefallen. Die kommunistischen Truppen sind im weiteren Vormarsch zum Süden. Das Eingreifen der Nordamerikaner wird nicht auf sich warten lassen, wie es ja auch zuerst im japanisch-chinesischen Krieg in der Form von Freiwilligen-Formationen geschah, die sich nach den neusten Nachrichten in der Luftwaffe schon heute Chiang-Kai-Chek zur Verfügung stellen.

Die Niederwerfung des koreanischen Aufstandes hat die kommunistische Position nicht geschwächt, der Vorteil in China ist dem gegenüber zu groß, außerdem ist die „nordkoreanische Volksrepublik" ein kommunistisches Kind.

USA hat den russischen Einfluß ferner durch eine Befriedigungspolitik in Japan weiter zurückzudämmen gesucht. Mac Arthur ließ, soweit es nur möglich war, das japanische Staatsgefüge in seiner ursprünglichen Form bestehen, ganz im Gegensatz zu Deutschland, wo in erster Linie die reine Haßpolitik Morgenthaus ausschlaggebend war, die nach Eisenhowers eigenen Worten beabsichtigte, die Kohlenminen der Ruhr zu überschwemmen, um das ganze Gebiet wirtschaftlich zu zerstören. Die Person des Kaisers Hirohito blieb vom Tokioer Prozeß ausgeschlossen, den der australische Gerichtspräsident moralisch als den verantwortlichen Führer bezeichnet. Man kann zwar hier wie in Nürnberg fragen: „Wo liegt die Moral, wenn ein Volk um sein Leben kämpft, das ihm andere abzuschneiden versuchen?" Diese persönliche Aeußerung ist den Amerikanern politisch unbequem und auch die zum Tode Verurteilten, die jede Eingabe zu einer Begnadigung ablehnen, machen es den Amerikanern nicht leicht, großmütig Milde walten zu lassen, die politisch notwendig wäre.

Durch diesen großen kommunistischen Erfolg im Fernen Osten kann es sich Rußland gestatten, in der Berliner Frage nachgiebiger zu sein. Allgemein auffallend ist die schnelle Beantwortung der durch den argentinischen Außenminister Bramuglia versandten Fragebogen über die Berliner Währung durch die Russen. Die russische Taktik, in belanglosen Dingen entgegenzukommen, fällt in die Augen. Möglicherweise hängt auch der Versuch eines Einlenkens — wenigstens zeitweise — mit der verstärkten Herbeischaffung der Lebensmittelrationen zusammen. Die Westmächte erreichen z. Zt. die erforderliche Menge von täglich 4500 T, mit der die Basis von 1550 Kalorien sichergestellt wird, ja, zum Teil wurde diese Menge schon überschritten. Jedes russische Zugeständnis würde vom Kreml als Friedensliebe und Friedensbereitschaft propagandistisch ausgenutzt, und

vom Westen als übergroßer Erfolg gewertet werden, wobei sich die wirklichen Machtpositionen kaum verschoben hätten. Berlin liegt immer noch als Enklave in der russischen Zone.

Stärke und Schwäche beider Mächte liegen in Deutschland in dem „Schnitt" durch den deutschen Volkskörper, der die Bevölkerung der West- wie der Ostzone zum begehrten Objekt der „kommunistischen" und der „demokratischen" Welt macht. Von der Drangsalierung der Einzelnen abgesehen — Konzentrationslager gibt es im Osten wie im Westen — nimmt die russische Politik mehr Rücksicht auf deutsche Auffassungen als die Westmächte. Hier versucht Amerika, vor allem Paul Hoffmann, der Verwalter des Marshallplanes, das Steuer herumzureißen. Er ist aber nicht in der Lage, die sich sperrende und jeder gemeinsamen Zusammenarbeit entgegenstrebende französische Haltung zu ändern. Frankreich stellt seine sterile Politik mit Bezug auf den europäischen Aufbau immer wieder unter Beweis. Selbst de Gaulle macht keine Ausnahme davon. Die Ruhrbeschlüsse der USA und Englands, um praktisch nun endlich mit der Wahnsinnspolitik eines Morgenthaus aufzuhören, werden von den Franzosen abgelehnt. Der Stein Westdeutschland bleibt in diesem gewaltigen Schachspiel der Kräfte weiter in unsicherer Position, weil die wirtschaftliche Niederhaltung und Verelendung nicht aufhört. Die Währungsreform hat sich als ganz großes Auspowerungsmanöver der Westmächte gezeigt, bei der die Westmächte die letzten und wieder angesammelten Waren billig aufgekauft haben. Bei dem ungeheuren Warenmangel war das gewaltige Ansteigen der Preise vorauszusehen, die dann auch zu großen Proteststreiks führten, den letzten mit 8—10 Millionen Werktätiger, und sogar zu Zusammenstößen zwischen der Bevölkerung und der US-Militärpolizei in Stuttgart. Der letzte große Proteststreik richtete sich in erster Linie gegen die alliierte Wirtschaftspolitik in Deutschland, wie es aus der Unterredung der deutschen Gewerkschaftsführer mit den Generälen Clay und Robertson in Düsseldorf hervorging. Es ist sehr billig von Herrn Robertson, die „Deutschen für ihre Wirtschaftspolitik" verantwortlich machen zu wollen, wo sie in keiner Weise maßgebenden Einfluß haben. (Es scheint wirklich eine „Generals"-Krankheit zu sein, sich politisch besonders täppisch zu benehmen.)

Die Einführung einer internationalen Verwaltung und Kontrolle des Ruhrgebiets würde die Aufhebung der deutschen Souveränität für die Zukunft bedeuten, mit der sich das deutsche Volk und keine Deutsche Regierung, gleich welcher politischen Richtung, zufrieden geben würde. Es wäre auch der Präzedenzfall für die Internationalisierung sämtlicher Industriegebiete der Welt. Man muß dabei an das Wort des deutschen sozialdemokratischen Führers, Dr. Schumacher erinnern, der mit Bezug auf diese Absichten dann gleichfalls

die Forderung für die internationale Kontrolle *a l l e r   e u r o p ä i s c h e n   I n d u s t r i e n* erhob. Die vorgesehene Art ist das sicherste Mittel, den kommunistischen Einfluß im Ruhrgebiet zu verstärken. Es ist auch abwegig, die Hunger- und Teuerungs-Protestaktionen als kommunistische Maßnahme zu bezeichnen, denn in Wirklichkeit bedeuten sie eine gewaltige Demonstration gegen die wirtschaftliche Niederhaltungs- und Verelendungspolitik und die damit verbundenen Demontagen. Zu allem kommen noch die ungeheuren Ausgaben für die Besatzungen, die rund die Hälfte aller Gesamteinnahmen verschlingen, die Regierung Nordrhein-Westfalen gibt sie nach der Währungsreform mit 40% an. Da bisher die wirtschaftlichen Schlüsselpositionen, auch der untergeordneten Organe der Besatzungsmächte, weiterlaufen, hat sich bisher wenig geändert, und die kommunistische Infiltration gewinnt weiter Boden. Die Forderung auf Räumung der deutschen Gebiete und den Abschluß von Friedensverträgen durch die Russen und die kommunistischen Länderregierungen der Ostzone nehmen politisch den Westmächten den letzten Wind aus den Segeln. Würde der Kommunismus die Revision der Ostgrenze zusagen und das deutsche Volk die bestialischen Schandtaten im Osten vergessen können, dann wäre Deutschland morgen kommunistisch.

Im hohen Norden geht das Werben um die skandinavischen Staaten. USA versucht sie über den Marshallplan für den „West-Pakt" zu gewinnen, findet aber noch wenig Gegenliebe, weil die Nähe Rußlands eine solche einseitige Parteinahme zu gewagt und zu gefährlich erscheinen läßt. Die Begnadigung finnischer Staatsmänner des zweiten Weltkrieges muß nicht nur als selbständige finnische Regung, sondern auch als Ermunterungszeichen der Westmächte gedeutet werden.

Der hohe Norden hat eine eminente Bedeutung, weil von hier aus, und auch über den Pol hinweg, mit großen technischen Mitteln durchaus eine Invasion in die offene Flanke Rußlands durchgeführt werden kann, die beinahe nur vom „General Winter" verteidigt wird. Die Vorbereitungen des nordamerikanischen Heeres mit Kälteversuchen und Uebungen in Alaska deuten auf eine Möglichkeit eines Angriffes von dieser Seite hin. Berlin wird hier zum praktischen Schul- und Exerzierbeispiel der Versorgung einer nach vielen Tausenden zählenden Truppe. Von hier aus gesehen gewinnen die Flugstützpunkte in Island und Grönland nicht nur als Angriffsbasen der Flugwaffe, sondern auch für kommende Heeresoperationen ihre gewaltige Bedeutung.

Im Süden, in Griechenland, hat sich Markos noch immer halten können und jetzt „Winterquartiere" bezogen. Sein letzter „Ausflug nach Saloniki" ist gleichsam eine Unterstreichung der russischen Aspirationen auf den Zugang zum Mittelmeer, und wenn auch Tito eine recht eigenwillige Politik in Jugoslawien betreibt, aus der gesamt-kommunistischen Linie in der Außenpolitik hat er bisher in keiner Weise auszuscheeren versucht, trotz aller Lockungen von Seiten der USA.

Die mohammedanische Welt steht eindeutig dem Einfluß Rußlands entgegen. Es ist deshalb natürlich, daß der Kreml über Prag und Skoda hinweg durch illegale Waffensendungen nach Israel sich nicht nur die Freundschaft der Juden in Palästina,

sondern in der ganzen Welt sichern will. Die USA und besonders England müssen infolge des persischen und arabischen Oels eine Politik der weichen Hand gegenüber dem Islam betreiben, wobei sich die Engländer noch stark von ihren Rücksichten auf das mohammedanische Pakistan bestimmen lassen müssen.

Wie auch der Westen einen vorgeschobenen Stützpunkt in Berlin besitzt, so Rußland seine vorgeschobenen Außenposten durch die Stärke der kommunistischen Parteien in Frankreich und Italien. Der französische Streik hat wieder einmal gezeigt, wie groß der russische Einfluß infolge der Beherrschung der französischen Gewerkschaften durch die Kommunisten, auf die französische Innenpolitik ist. Selbst der Goldstrom des Kremls floß über östliche diplomatische Kanäle als Unterstützungsgelder „russischer Gewerkschaften" für ihre französischen Kameraden und zur Lahmlegung des innerpolitischen französischen Lebens. In einem kommenden Konflikt genügt es, wenn Moskau auf den Hebel drückt, um praktisch das Wirtschaftsleben und dadurch die nationale Verteidigung dieser Staaten auszuschalten.

Die innere Lage Frankreichs und Italiens zwingt die USA zu einer Annäherung in Spanien. Die Versuche, praktische Ergebnisse zustande zu bringen, sind durch die nordamerikanischen Besuche bekannt.

Gleichfalls zwingt die französische Unsicherheit die USA stärker als bisher, auf Deutschland selbst zu bauen und eine Revision der Rooseveltschen Haß- und Niederhaltungspolitik einzuleiten. Es wird aber auch hier noch einige Zeit dauern, bis sich praktische Anzeichen in den untergeordneten Besatzungsorganen bemerkbar machen werden. Freilich, Urteile, wie in dem Prozeß gegen deutsche Generäle und Industrielle und dauernde Hinrichtungen in Landsberg und Dachau, zumeist gegen Soldaten und Politiker aus Haßmotiven gegen den Nationalsozialismus, sind nach den ungeheuren Enthüllungen des amerikanischen Chefverteidigers Oberst Everett im Malmedy-Prozeß nicht nur falsch, sondern auch politisch unklug und finden innerhalb des deutschen Volkes nur eine Erklärung aus dem Haß und Vernichtungswillen der „A m y s." Gegen Besiegte und politisch Unterlegene vorzugehen mit nachträglich konstruierten und erlassenen „Weltschuldgesetzen", dagegen erheben immer mehr Rechtslehrer der Welt Einspruch. In diesem Zusammenhang darf auch auf die gewaltige Abfuhr des US-Anklägers in Nürnberg, Kempner, der als ehemaliger Regierungsrat aus dem deutschen Reichsinnenministerium aus rassischen Gründen ausscheiden mußte und nun die Hauptanklage in Nürnberg vertritt, durch den Schweizer Robert Ingrim hingewiesen werden.

Wir sehen bei diesem Ueberblick in allem, daß der Friede der Welt heute noch eine Illusion ist, eine Illusion solange bleiben wird, wenn nicht die Gegensätze zwischen USA und Rußland ausgeglichen werden. Und das dürfte über die Staatskunst des Weißen Hauses wie des Kremls hinausgehen. Wie mag schon die Welt nach zehn Jahren aussehen? Sollte Oswald Spengler mit seiner Voraussage in den „Jahren der Entscheidung" recht behalten, wenn er den Zusammenbruch der heute bestehenden großen Reiche voraussagt?



Das Jahr neigt sich bereits dem Ende zu — doch über die politische Bühne schleppt sich noch immer das Trauerspiel „Berlin“, müde und ohne neue Einfälle, vor allem aber ohne Anzeichen, die auf eine befreiende Lösung der gordisch verknüpften Knoten hindeuten. Vor einem halben Jahr schlug die Krise flammend empor, jetzt verglimmen im schwelenden Feuer Hoffnungen und heiße Wünsche eines Kontinentes, der Frieden und Arbeit braucht, aber nicht die Kraft besitzt, den Brand zu löschen, der jeden Wiederaufstieg verhindert.

Es irrt, wer heute noch annimmt, daß die Julikrise glücklich vorüberging, weil es nicht zum offenen Ausbruch von Feindseligkeiten kam: sie wird gepflegt und gehütet wie ein kostbares Gut, und wenn die Delegierten der Großmächte sich um etwas bemühen, so kann es nur das Mühen darum sein, einer Einigung aus dem Wege zu gehen. Die Befreiung vom Druck ersehnen nur die Völker, die Leid und Lasten tragen, doch in stummer Ohnmacht dem Treiben der hohen Politik zusehen müssen. Was nutzt es den Verdammten, wenn sie in freier Wahl Vertreter in Parlamente. Kongresse und Gewerkschaften entsenden dürfen, wenn aber Entscheidungen über die letzten Fragen, wie Krieg und Frieden, da getroffen werden, wo keine Volkesstimme jemals Eingang fand? Und wie soll man wohl die Lage in den großen Demokratien auffassen, deren Regierungen am nicht endenden Chaos und der Friedlosigkeit auf der ganzen Welt die Verantwortung, ja, die Schuld tragen? Soll man annehmen, daß diese demokratischen Völker, deren Regierungen doch die ideale Form zur Durchführung des Volkswillens sein sollen, mit den verderblichen Wegen der hohen Politik einverstanden sind und glücklich über die Aussichten, die heute die Zukunft bietet? Hier liegen unaufgeklärte Widersprüche, an denen die Welt noch stillschweigend vorüber geht.

Das groteske Schauspiel um Berlin nimmt Ausmaße an, die keine Hoffnungen zulassen. Wer möchte glauben, daß die anglo-amerikanische Militärregierung mit Flugzeugen das Notdürftigste an Lebensunterhalt für eine Millionenstadt heranschafft um der Berliner Bevölkerung willen?

Wenn man keine Bedenken getragen hat, ganz Ostdeutschland dem Bolschewismus auszuliefern, warum klammert man sich nun an Berlin? Es werden Schwierigkeiten auf Schwierigkeiten gehäuft, statt sie abzubauen. Nirgends besser als an diesem verantwortungslosen Spiel wird offenbar, daß die deutsche Reichshauptstadt nur die schwärende Wunde, das sichtbare Symptom einer tiefer gehenden Krankheit ist. Und diese Krankheit bedroht mit tödlicher Gefahr Leben und Kulturgüter der europäischen Menschheit.

Als entscheidender Drehpunkt spielt diese Gefahr ihre Rolle im titanischen Ringen der Mächte, das auf europäischem Boden und auf europäische Kosten abrollt: „Die russische Drohung gegen den Bau der abendländischen Gesellschaftsordnung ist die gefährlichste, von der die moderne Geschichte Kenntnis hat“ —

so heißt es in einem Bericht des Auswärtigen Ausschusses des nordamerikanischen Repräsentantenhauses. Doch ob das Leitmotiv der USA-Politik die Rettung Europas vor der asiatischen Drohung oder die Notwendigkeit eines Machtkampfes gegen den Rivalen im Herrschaftsstreben ist, wollen wir füglich dem Urteil des Lesers überlassen. Beides ist nicht dasselbe, wenn sich auch die unmittelbaren Ziele decken mögen.

Dieses Zusammenfallen des nur zu schwachen Abwehrkampfes der europäischen Restwelt gegen den Ansturm Asiens, dem die slawische Welt bereits botmäßig geworden ist, mit dem weit darüber hinaus gehenden Ziel der jungen Weltmacht USA in ihrer unausweichlichen Auseinandersetzung mit der Macht der Sowjetbünde, läßt die Bestrebungen um die Schaffung des Atlantikpaktes in einem besonderen Licht erscheinen. Die Verhandlungen in dieser Richtung, von denen nur dürftige und nichtssagende Meldungen an die Oeffentlichkeit kommen, sind über die unruhigen Wellen der Tagespolitik und des Tagesstreites hinweg das entscheidende Geschehen für die Gestaltung der Zukunft. Und wenn es sich um politisches Geschehen von großer Tragweite handelt, tut man gut daran, auch weiter in die Vergangenheit zurückzugehen, um die Wurzeln zu finden, aus denen weitschattende Aeste gewachsen sind.

In der Uebersicht des vorigen Monats hatten wir die im Werden befindliche Atlantik-Union als ein Kind der nordamerikanischen Politik erklärt, nicht als eine Weiterentwicklung einer europäischen Union. Der Kern dieser Bündnisentwicklung, die sich auf der Leinwand der kommunistischen Bedrohung Europas vollzieht, liegt in dem Gedanken einer Wiedervereinigung Englands und Nordamerikas (seit ihrer Trennung durch den Unabhängigkeitskrieg gegen Ende des 18. Jahrhunderts), der in recht klarer Form auf Andrew Carnegie (den amerikanischen Stahlkönig) und Cecil Rhodes, den großen Baumeister des südafrikanischen Angloreiches zurückgeht, ja von diesen beiden Tatmenschen aus dem Reich der Gedanken auf das Gebiet praktischer Vorbereitung und Durchführung geleitet wurde. Unermeßliche Geldmittel standen für diesen Zweck zur Verfügung: die Carnegie-Stiftung (Carnegie Endow-

ment for International Peace) und der Cecil Rhodes Scholarship Fund. Das Ziel der Cecil-Rhodes-Stiftung wird in einem der Testamentsentwürfe Rhodes' folgendermaßen umrissen:

„Die Ausbreitung der britischen Herrschaft über die ganze Welt; die Kolonisierung durch britische Untertanen in allen Ländern, wo der Lebensunterhalt durch Energie, Arbeit und Unternehmung gewährleistet ist, insbesondere die Besetzung durch britische Siedler des ganzen afrikanischen Kontinentes, des Heiligen Landes, des Euphrattales, der Inseln Zypern und Candia (Kreta), ganz Südamerikas, der Pazifikinseln, soweit sie noch nicht englischer Besitz sind, des ganzen malaiischen Archipels, der Küsten von China und Japan, und schließlich die endgültige Wiedererlangung der Vereinigten Staaten von Nordamerika als integrierender Bestandteil des Englischen Weltreiches."

Man mag gern einwenden, daß diese phantastischen Blütenträume nicht zur Reife gelangt sind, noch können, wie sie sich im Kopfe eines der maßgeblichen Vertreter der friedlich-humanitären und selbstlosen Demokratie England ausmalten, doch bleibt der Kern der Sache: Vereinigung von England und Nordamerika mit dem offenen Ziel der Weltbeherrschung. Geht Cecil Rhodes dem Problem der Weltbeglückung unter englischer Fahne zuleibe, so trifft sich sein Endziel durchaus mit dem Planen des Amerikaners Carnegie, der am Schluß seines 1893 erschienenen Buches „Triumphant Democracy" (Triumphierende Demokratie) schreibt: „So sicher wie die Sonne am Himmel einst über ein vereintes England und Amerika schien, so sicher wird sie eines Morgens sich erheben und mit ihrem Glanz wieder die vereinten Staaten, die Britisch-Amerikanische Union grüßen."

Wer da vermeint, die Geschichte beginne immer erst mit seiner eigenen Geburt, und es durchaus ablehnt anzuerkennen, daß die Entwicklung eine ewige Kette ist, in der ein Glied ins andere greift, und daß über Generationen hinweg politische Ziele konsequent verfolgt werden, der mag in unserer Gegenwart schöpfen, und an die Stelle von Carnegie und Rhodes die Herren Roosevelt und Churchill setzen. Churchill telegrafierte zu Beginn des Krieges, als er noch nicht Premierminister war, an Roo-

sevelt: „Wir beide als Führer unserer Länder können zusammen die Welt kontrollieren.“ (Sollen wir hinzusetzen, daß man beherrscht, was man kontrolliert?) In seiner Rede in Fulton (Missouri) am 5. März 1946 forderte Churchill die anglo-amerikanische Allianz gegen Rußland; er erhielt eine kalte Dusche, weil der Augenblick noch nicht da war, die Karten offen auf den Tisch zu legen. Dann forderte er nach halbjährigem Schweigen in Zürich am 19. September 1946 die „Vereinigten Staaten von Europa“, am 17. März 1948 kam es zum Zusammenschluß von England, Frankreich, Belgien, Holland und Luxemburg in der Brüsseler Union, und im unmittelbaren Anschluß daran tauchte dann die Atlantische Union auf — sie steht am Anfang und am Ende der Entwicklung, ihr formelles Zustandekommen ist eine Frage kurzer Zeit; währenddessen ist in Berlin und im Schosse der UN auf der Stelle zu treten. Die Welt mag abwarten, was die angelsächsische Küche ihr eines Tages vorzusetzen hat.

Im Sinne der Carnegie- und Rhodes-Stiftungen arbeitete gleichzeitig, bereits auf dem Gebiete praktischer Diplomatie, die Pilgrim's Society, in London am 24. Juli 1902 gegründet, vier Monate nach dem Tode Cecil Rhodes'. Es war die von diesem vorgeschlagene „Geheime Gesellschaft“, die die englische Weltherrschaft auf die Beine zu bringen hatte. So bildet diese Gesellschaft der Pilger eine finanzielle und politische Machtballung, der schlechthin kein politisch erstrebenswertes Ziel unerreichbar war. Einer der ersten Erfolge war der Kriegseintritt der Vereinigten Staaten im ersten Weltkriege, „jener wunderbare Tag in der anglo-amerikanischen Geschichte, der Pilger Traum seit fünfzehn Jahren“ — wie Harry Britain in einem 1942 erschienenen Buch über die Pilgrim's Society schrieb. Der gleiche Verfasser weist darauf hin, daß die Mitglieder der Pilger-Gesellschaft einen Ehrenplatz gleich hinter dem englischen Königspaar einnahmen, als dies große Ereignis durch einen Gottesdienst in der St. Paul's Cathedrale in London gefeiert wurde.

So ist die politische Verbundenheit Englands und Nordamerikas in den beiden vergangenen Weltkriegen mit aller Deutlichkeit in Erscheinung getreten, und sind die Ziele der Carnegie- und Rhodes-Stiftungen kein Geheimnis gewesen, so sind doch diese beiden Vorläufer Roosevelts und Churchills nicht diejenigen gewesen, die ursprünglich das Kind der anglo-amerikanischen Union aus der Taufe gehoben haben. Die Anfänge gehen zurück bis in das letzte Jahrzehnt des vorigen Jahrhunderts, sehr

wahrscheinlich liegen ihre ersten Wurzeln bereits in der durch den Ausgang des Sezessionskrieges geschaffenen neuen Lage, die England zu einer Revision seiner Politik zwang. Hatte es im Sezessionskrieg in der Schwächung der Vereinigten Staaten (durch Trennung in zwei selbständige Staatengebilde) seinen Vorteil gesehen, so mußte es angesichts des Sieges der Nordstaaten sich damit abfinden, daß die ehemalige Kolonie nicht durch Zerschlagung wieder botmäßig gemacht werden konnte. Die finanzielle Verflechtung begann und die politische Einigung bezw. Wiederversöhnung nach den Krisen von 1812 und im Sezessionskriege wurde in die Wege geleitet. Der Amerikaner Prof. Usher vermutet in seinem Werk „Pan-Germanism“ S. 139/40 (1913), daß ein militärisches Abkommen wahrscheinlich noch vor dem Sommer 1897 zwischen England und Nordamerika erzielt wurde, das nichts weiter bedeutete als eine militärische Allianz. Tatsache ist jedenfalls, daß im spanisch-amerikanischen Kriege 1898 die anglo-amerikanische Verständigung bereits in Wirksamkeit trat. Amerikanische Kriegsschiffe versenkten die spanische Flotte vor Manila am 1. Mai 1898. Europäische Flotten erschienen daraufhin vor Manila, darunter auch eine deutsche unter Vice-Admiral von Diederichs. Das Verhalten des amerikanischen Admirals gegenüber den deutschen Vorstellungen war herausfordernd — aber er hatte die englische Flotte hinter sich, und dem englischen Flottenführer vor Manila werden von Historikern die Worte in den Mund gelegt: „Nur zwei Personen wissen, welches meine Instruktionen sind. Die eine bin ich, die andere Admiral Dewey (amerikanischer Flottenführer).“ Mit dem Zwischenfall von Manila war klar, daß das europäische Mächtekonzert, das seit dem Wiener Kongreß bestanden hatte, erledigt war, daß eine neue Zeit mit einer neuen Mächtekonstellation heraufzog, die unter dem anglo-amerikanischen Banner stand — „The Day of the Saxon“ Homer Lea's brach an. Kein Zufall ist, daß diese Epoche zusammenfällt mit dem Aufstehen des amerikanischen Imperialismus unter McKinley und Theodore Roosevelt — der Erfinder des „big stick“, des großen Stockes, mit dem die Weltpolizeigewalt ausgeübt werden sollte. Kein Zufall ist es auch, daß bald in den europäischen Streitfragen — den verschiedenen Marokkokrisen — Nord-

amerika eine entscheidende Rolle spielte: an der Seite Englands trat USA in die Weltpolitik ein. Und an der Seite Englands nimmt es nun als Retter Europa unter die Fittiche seiner Fluggeschwader, seiner Atombomben und seiner Riesenflotte.

Die politische Ohnmacht Europas ist heute eine Tatsache, und um sie zu erklären, bleibt man gewöhnlich beim vergangenen Weltkrieg und dem Triumph der Sowjetunion über Europa stehen. Doch aus dem Vorhergegangenen haben wir gesehen, daß die Wurzeln dieser jüngsten Entwicklung weiter zurückliegen als das Heraufkommen des Kommunismus und seiner Roten Armee. Trotz der doppelten Bedrohung macht sich in Europa noch keine Stimme der Vernunft geltend, es scheint entschlossen zu sein, sich selbst zu vernichten. Seine Staatsmänner schwimmen im Fahrwasser von Machtinteressen, die keinen europäischen Stempel tragen.

*

Der große Kampf umfaßt — was dem kleinräumigen Europäer noch immer unfaßbar scheint — den gesamten Erdball. Wenn beide großen Gegner von Berlin und der Entwirrung des Zahlungschaos in der unglücklichen Hauptstadt sprechen, so meint Washington den Ausbau seines Atlantikwalles, Moskau denkt an China. Im Reiche der Mitte brechen die Dämme unter Riesengetöse, und die rote Flut wälzt sich unaufhaltsam vor. Unter Marshall wurde China vernachlässigt — ist er verstimmt, weil er die politische Lage und die Notwendigkeiten nicht begriff, so lange er beratend den gelben Söhnen des Himmels die weiße Demokratie aufzwingen wollte? —, jetzt pfeifen es die Spatzen von den Dächern, daß Chinas Lage verzweifelt ist. Die Verhältnisse lassen sich gleichwohl genauer umschreiben: verzweifelt ist heute die Lage der Regierung Tschiang Kai-scheks, Chinas Lage ist verzweifelt seit 38 Jahren, da mit dem Sturz der Mandschudynastie das alte Reich auseinanderfiel und sich seither in Krämpfen windet.

Wenn in Europa Stalins Heere noch zur Untätigkeit gezwungen sind und der Marsch der Weltrevolution an dieser Front ins Stocken geraten ist, so führen in Asien die Heere der Kulis die rote Fahne von Sieg zu Sieg, und ungeheuer ist die Ernte, die Moskau hält. Ist es Ironie des Schicksals oder Hohn auf alles Geschehen, das sichtbar vor unseren Augen abrollt, wenn in dem Augenblick des bolsche-

wistischen Siegeszuges durch China zur Küste des Pazifik in Japan die Männer vom Leben zum Tode gebracht werden, deren Kampf gegen die Weltverproletarisierung durch den Einbruch des Kommunismus in Asien geführt wurde, dessen Gegner ja auch ihre Henker zu sein vorgeben? Zur Unvernunft in Europa, wo etwa Frankreich seine Raubgelüste auf das Ruhrgebiet auch angesichts des drohenden Untergangs der ganzen europäischen Welt nicht zügeln kann, gesellt sich in Asien das Gegenstück, und der blinde Wahnwitz wütet wie eine Geißel über der Menschheit.

Mit kühler Reserve nimmt Washington die Hilferufe der chinesischen Regierung auf. Spielt man vielleicht mit dem Gedanken, auch das Vielhundert-Millionenvolk der Chinesen einstmals zu befreien? Sicher ist, daß wohl das Schicksal des chinesischen Volkes den Herren des Staatsdepartements keine Kopfschmerzen bereitet, umsomehr aber die Aufrichtung und Festigung einer Sowjetherrschaft in China, die ihre Spur über die restliche Welt des Fernen Ostens zeichnen muß, wie einst Ruhm und Einfluß chinesischer Kultur bis zum Irawaddy und an die Grenzen Indiens drang. Wenn sich die rote Fahne im Pazifik spiegelt, muß das Sternenbanner in Unruhe geraten, denn Meere trennen nicht, sondern locken in die Ferne, wie die Steppe einmal vorwärts trieb und an das Ufer des Meeres führte. Es ist nicht damit zu rechnen, daß der schweifende Steppenbewohner vor der Brandung der Küste Halt macht; erst im Jahre 1867 zog Rußland seinen Fuß vom amerikanischen Kontinent in Alaska zurück — aber das war elf Jahre nachdem eine Koalition im Krimkriege die Macht des Zarenreiches in die Knie zwang, so daß in der Londoner City das Wort fiel, Rußlands Entwicklung sei nun um hundert Jahre zurückgeworfen. Doch es vergingen nur zwei Jahrzehnte, bis man Petersburg wiederum auf dem Balkan (Frieden von San Stefano, Berliner Kongreß 1878) in die Arme fallen mußte. Und wieder etwas später, als der Angriff auf Mitteleuropa einsetzte, reichte man Petersburg brüderlich die Hand, nicht ohne ihm einige Jahre zuvor noch durch Japan einen Stoß versetzt zu haben, um es von Asien nach Europa zu lenken. Als die nicht sehr energisch geführten Versuche fehlschlugen, die neue rote Macht Moskau im ersten Werden zu ersticken, führte auch diese Lage zu einer Revision der Anschauungen in der angelsächsischen Politik (vor allem in London), die nur den einen Grundsatz kennt, das eigene Interesse wahrzunehmen und durch keine ideologische

Grundlage je in der Durchführung ihrer Ziele gehemmt wird: das einst bekämpfte Regime von Moskau wurde gegen Europa herangeführt, wie vorher das Zarentum.

Nun ist Europa ein Trümmerhaufen: jetzt steht der Feind im Kreml. In Asien war das nationale China der störende Gegner (Boxerkrieg), nun ist es Verbündeter, seit Tschiang Kai-schek in die chinesische Hochfinanz hineinheiratete (Dezember 1927). Berlin versank in Schutt und Asche, nun ist es heroisches Bollwerk gegen die kommunistische Weltgefahr. Das Tragische für Berlin, wie für ganz Europa, ist allerdings, daß der Kommunismus in der Tat eine tödliche Drohung für die abendländische Welt bedeutet, tragisch insofern, als die armen Reste Europas sich dem Schutz amerikanischer Bomber nicht entziehen können, die Entstehung der Atlantik-Union nach Lage der Dinge nicht verhindert werden kann, sondern diese Entwicklung abläuft wie ein Uhrwerk, das von mächtiger Hand vor Zeiten aufgezogen wurde. Wie wenig Europa selbst im Mittelpunkt des Interesses steht, ist erkennbar an der Tatsache, daß der französische politisch-geistige Starrkrampf sich nun auf das wirtschaftliche Leben des nur noch als Stumpf vorhandenen Deutschland auswirken soll. Es gelang in der Tat Frankreich, seinem Standpunkt auf der Londoner Ruhrkonferenz zum Siege zu verhelfen, daß es wichtiger ist, Deutschland zu schwächen als Europa zu stärken. Europa bleibt immer das, was die Kräfte am Hebelwerk der Politik darin zu sehen wünschen. Moskau hat also sehr wohl die Hände frei, Ostasien zu erobern, Frankreich als sein Sachwalter vertritt indes seine europäischen Interessen in zufriedenstellender Weise.

Hatten wir an gleicher Stelle letzthin Gelegenheit, uns mit Gedanken eines mohammedanischen Staatenblockes vom Nil bis zum Ganges im Gefolge der Einkreisung der Sowjetbünde zu befassen, so haben die überwältigenden Erfolge des Kreml in China auf gleicher Ebene, aber mit umgekehrter Frontrichtung, sich auszuwirken begonnen. In Ankara nahm der sowjetrussische Botschafter Fäden wieder auf, die man für durchschnitten hielt. und in der iranischen Hauptstadt erklärte der Ministerpräsident vor dem Parlament, daß „die neue

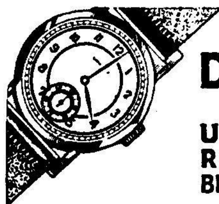
Regierung dem sowjetischen Rußland die Freundschaftshand hinstrecke" im Wunsch, die Mißverständnisse der Vergangenheit zu klären. Bei allem schuldigen Respekt gegenüber England und USA wünsche Iran, daß diese Mächte seine im Kriege gebrachten Opfer würdigen und kompensieren. Dieser Wunsch Teherans gegenüber den angelsächsischen Mächten kann wohl mit Leichtigkeit in innere Verbindung gebracht werden mit dem Fiasko, das der Chinese Tschiang Kai-schek mit seinen amerikanischen Freunden und Helfern erleben muß. Wenn man ferner königlichen Ehescheidungen nicht immer eine interne Familientragödie unterstellen kann, so muß die am gleichen Tage (19. November) bekanntgegebene Scheidung des Schahs von Persien von der schönen Schwester des ägyptischen Königs Faruk, und die Trennung des Souveräns am Nil von seiner Gattin, der Schwester des Herrschers von Teheran, politische Kombinationen zum Ausdruck bringen, denn die Duplizität ist allzu auffällig gerade in einem Augenblick, in dem der Kampf zwischen Moskau und Washington in den Grenzländern der beiderseitigen Machtgebiete Bewegungen auslöst. Während Aegypten näher an England liegt, steht Teheran im Schatten Moskaus, und wie sehr die politische Entschließungsfreiheit der „gleichberechtigten" Staaten in der Völkergemeinschaft von den großen Nachbarn abhängt, läßt sich auch an diesem Beispiel des Kräftespiels ablesen, das überzeugendere politische Lehren enthält als die in Paris im Rahmen der UN vorgetragenen doktrinären Erläuterungen und oratorischen Paraden, die nur dazu dienen, den beteiligten Völkern Sand in die Augen zu streuen. Es ist sehr zu bedauern, daß die mit so großem Eifer für die Freiheit der Berichterstattung kämpfende Weltpresse weit davon entfernt ist, gerade die Fäden von Hauptstadt zu Hauptstadt und von Kabinett zu Kabinett zu entwirren, die dazu gesponnen wer-

den, um Netze herzustellen für den Fischzug derjenigen Kräfte, die nie in sichtbare Erscheinung treten. Wenn jemand etwas von den Geheimnissen der großen Politik wußte, so war es sicher der englische Premierminister Benjamin Disraeli, der der Königin Victoria die indische Kaiserkrone aufs Haupt setzte, und der im Jahre 1844 in seinem „Coningsby" schrieb: „Die Welt, mein lieber Coningsby, wird von ganz anderen Persönlichkeiten regiert als die sich vorstellen, die keinen Blick hinter die Bühne werfen können." Ist dies aber so, wo bleibt dann die Demokratie? Im System eines Disraeli, eines Roosevelt, der selbst ähnliche Feststellungen traf, hat sie ganz gewiß keinen Platz, so wenig wie im Weltbild des lungengewaltigen Trompeters der europäischen Union, Winston Churchill.

Haben so die europäischen Völker von den Früchten der Atlantik-Union, die bereits (oder zunächst?) im Stadium militärischer Absprachen und Verhandlungen steht — eine siebenköpfige Kommission von Vertretern des USA-Repräsentantenhauses ist soeben wieder in Madrid eingetroffen! —, nur einen bitteren Trank zu erwarten, so bleibt auf der anderen Seite die geschichtliche Erfahrung bestehen, daß auch der Traum und das Streben eines Cecil Rhodes nicht in dem Maße und nicht in der Farbe reiften, in die er den Samen tauchte. Es kann, wenn nicht die letzte Spur europäischen Wesens und Denkens in Blut und Feuer untergeht, durch das Erwachen von Kräften, die heute unter Schutt und Sud, unter Ueberfremdung und Ratlosigkeit begraben liegen, aus der für fremde Machtinteressen vorangetriebenen Einigung einstmals eine Völkervereinigung aus dem mißbrauchten Boden Europas erwachsen, über der eine europäische Flagge weht, in der auch der deutsche Stern an der ihm gehörigen Stelle strahlt.

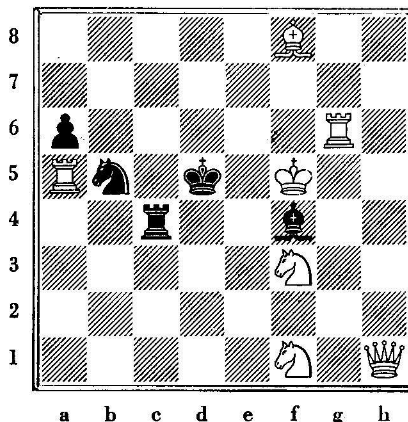
OBSERVATOR.





Schachecke

18. AUFGABE.
Von Dr. Tasso Motta
(„Xadrez Brasilien", 1945)



Weiß zieht an und setzt in zwei Zügen matt.

Lösung der 17. Aufgabe: 1. *La3-f8*. Abspiele: 1 ... *Lxb2*. 2. *Lxh6* matt; 1 ... *Kxb2*. 2. *Da3* matt; 1 ... *Sc2*. 2. *Dxc2* matt; 1 ... anders. 2. *Da1* matt.

Richtig gelöst von den Herren: Werner Everts, Buenos Aires; K. Hofmann, Florida; Gerd von Schütz, Guerrico (Río Negro); F. Walter, Buenos (alle Nr. 17); Erhardt und Heinz Bollmann, Sao Bento do Sul; Jos. Grisar, Río do Sul; Alfred Kunstmann, Valdivia; Oskar Rikli, Río do Sul; Eduard Thomsen, Cunco, Chile (alle Nr. 16).

Zur Aufgabe Nr. 13 erhielten wir eine Lösung aus der Heimat: Franz Mollenhauer, Honnef am Rhein, Hauptstraße 18. Nach einer ergreifenden Schilderung der Lebensverhältnisse findet er sehr anerkennende Worte für den „Weg" und bittet um Zusendung gelesener Nummern unserer Zeitschrift. Am liebsten würde er mit einem Schachfreund in Südamerika Fernpartien spielen. Wer ist hierzu bereit?

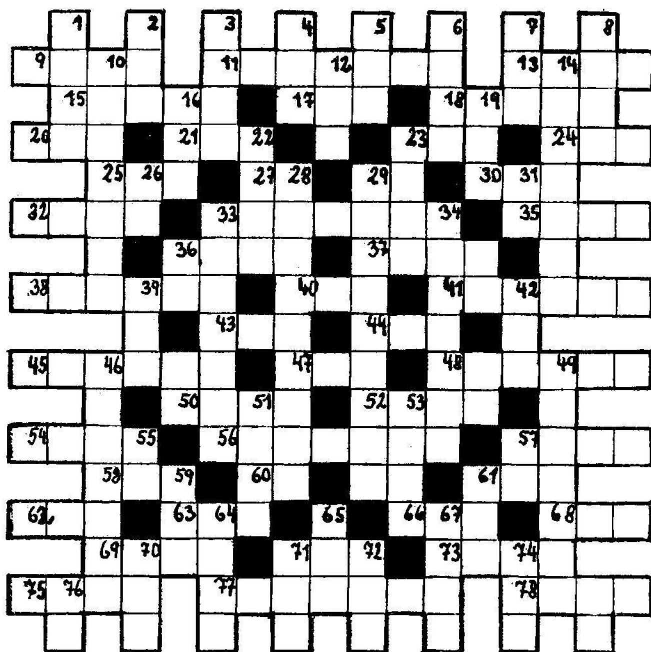
Unser Weihnachts-Kreuzworträtsel

Ein Leser (J. Grisar aus Río do Sul, Brasilien) schreibt uns:

„Von dem Willen beseelt, auch etwas für den „Weg“ zu tun, habe ich ein größeres Kreuzworträtsel mit über 90 Worten ausgearbeitet. — Was mich veranlaßt hat, dieses Rätsel „Der Weg“ zu nennen, das ist die Tatsache, daß, wenn die Zacken der Figur, in der linken oberen Ecke angefangen und in Uhrzeigerrichtung gelesen werden, einen Ausspruch ergeben, der allen Deutschen und Deutschstämmigen ans Herz gelegt werden sollte.“

Wir danken unserem einsatzfreudigen Leser und freuen uns, nachstehend das von ihm ausgearbeitete Rätsel unseren Lesern zum Knacken aufzugeben:

Waagrecht: 9 Chinesische Münze; 11 Staat in Nordamerika; 13 Ort im Dongebiet; 15 mittelalterliches Wurfgeschütz; 17 Nachtvogel; 18 Steinwerk; 20 Märchengestalt; 21 Stadt an der Donau; 23 Ort im Rheinland, Kampfort im 2. Weltkrieg; 24 Abschiedsgruß; 25 Gebirgsschlucht; 27 Fürwort; 29 Tonsilbe; 30 Vorschlag; 32 Rechnung; 33 Produkt aus Pflanzensamen; 35 Bachübergang; 36 geographischer Begriff; 37 kleiner Wald; 38 britische Kolonie; 40 Heldengedicht; 41 griechische Göttin; 43 afrikanischer Strom; 44 Nebenfluß der Donau; 45 Tonerde; 47 schmal; 48 sportliches Wasserfahrzeug; 50 Meerenge; 52 Turngerät; 54 deutscher Kampfflieger; 56 eßbare Wurzel; 57 irischer Dramatiker; 58 nordische Göttin; 60 Abkürzung für „Dito“; 61 englisches Bier; 62 Herrschertitel; 63 griechischer Buchstabe; 66 skandinavisch: Fluß; 68 irischer See; 69; biblischer Männername; 71 Pöbel; 73 Gebirge in Griechenland; 75 See in Nordamerika; 76 deutscher Maler des 16. Jahrhunderts; 77 griechisch: Gegen.



Senkrecht: 1 Erquickung; 2 Hohepriester; 3 kleine Deichschleuse; 4 gekürzter Männername; 5 Niederschlag; 6 Brettspiel; 7 Franz. Wasser; 8 Departement in Frankreich; 10 Oper von Richard Strauß; 12 Fürwort Mehrzahl; 14 nordamerik. Universitätsstadt; 16 Tonart; 19 Grafschaft in Schottland; 22 Gewässer; 23 griechische Göttin; 26 Fluß in Kurland; 28 Oper von Verdi; 29 Wagner-Oper; 31 Spielkarte; 33 Geliebter der Heros; 34 Stadt in Jugoslavien; 39 ungebraucht; 42 Tierlaut; 46 Eierspeise; 49 asiatische Hauptstadt; 51 Gattin des Zeus; 53 Teil des Zimmers; 55 chemisches Zeichen für Tellur; 59 jüdischer Frauenname; 61 Gruß (kirchlich); 64 Gewebe; 65 kieselsaure Erde; 67 Gerbmittel; 70 Partei Deutschlands; 71 englischer Vorname; 72 Tierwohnung; 74 Handlung; 76 Rex Imperator.

Hauptschriftleiter: Eberhard Fritsch. **Schriftleiter:** Gustav Friedl. — **Verlag vom Dürer-Haus in Buenos Aires. Schriftleitung:** Casilla de correo 2398, Sarmiento 542, T. A. 34-1687. — **Anzeigen-Annahme:** H. Müller. T. A. 32-1690. — **Druck:** Imprenta Mercur, Rioja 674. Sämtliche in Buenos Aires.

Der Weg erscheint am 5. jeden Monats. — **Preise: Argentinien, Amerika und Spanien:** Einzelheft m$n 2.—, ½ Jahr m$n 12.—, 1 Jahr m$n 22.—; **Europa und übriges Ausland:** Einzelheft m$n 2.50, ½ Jahr m$n 15.—, 1 Jahr m$n 27.50. **Preise in Chile:** in chil. $: Einzelheft 25.—, ½ Jahr 145.—, 1 Jahr 270.— **Preise in Brasilien** in Cr. $: Einzelheft 11.—, ½ Jahr 66.—, 1 Jahr 120.—.

Alle Geldüberweisungen auf Order "**Dürer S. R. L.**" — Für unverlangt eingesandte Manuskripte wird keine Gewähr übernommen.

Impreso en Argentina — Printed in Argentine.